

3V 3V

BANCOS DE NIEBLA



ARIEL ZORION



Copyright

© Ariel Zorion

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes y sucesos son producto de la imaginación de la escritora o han sido usados de manera ficticia y no deben considerarse reales. Cualquier semejanza a personas, vivas o muertas, así como a sucesos reales, locales u organizaciones son pura coincidencia o se han usado exclusivamente de forma figurada para construir la trama, sin guardar relación alguna con la realidad.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser usada o reproducida en forma alguna sin permiso expreso del autor.

Sinopsis

¿Te imaginas como sería la vida sufriendo de fobia social? Enfrentarte cada día a situaciones incómodas, difíciles, de esas que te llevan al límite y te hacen sentir como estando al borde de una crisis de ansiedad cada vez que sales de casa para enfrentarte a un sinfín de situaciones sociales que nos esperan ahí fuera. Querrías esconderte en tu guarida, no enfrentarte a ellos, pero estás obligado a salir porque necesitas trabajar y quieres superarte a ti mismo, convencerte de que eres como los demás. Tú no eres ningún bicho raro.

Jeffrey es un joven de veinticinco años un tanto singular. De pequeño, le costaba mucho relacionarse con sus iguales y estos se divertían metiéndose con él. Para que luego digan que los niños no son crueles. Si le preguntaran a él, no podría hablar de bondad precisamente. Fue diagnosticado erróneamente de síndrome de Asperger, o lo que es lo mismo, un trastorno de espectro autista de alto funcionamiento. Ese diagnóstico cambió su vida para siempre, la cual ha sido la mayor parte un infierno para él. Le gusta ceñirse a rutinas y rituales que le proporcionan seguridad y que él supone que se deben en parte a un trastorno obsesivo compulsivo. Sí, has leído bien, lo supone, porque, después de su periplo por distintos especialistas cuando era un niño, se niega a ver a un psiquiatra o cualquier otro especialista de la salud mental.

No tiene muchos amigos, la mayoría de los cuales sólo ha conocido a través de internet porque comparte con ellos el amor por la tecnología. Sospecha que, de un modo u otro, tiene muchas cosas en común con ellos. Sin embargo, desde que empezó a acudir a un cafetería que hay cerca de su trabajo, ha descubierto que hay otra persona con la que le gustaría hablar y

compartir su tiempo. Alice trabaja de camarera allí y le trata bien. Es amable con él y siempre le resulta agradable hablar con ella, aunque sea sólo unos minutos. Pero Alice tiene una vida bastante complicada, más de lo que él podía imaginar.

Sin apenas saber cómo, se ve envuelto en una aventura plena de intrigas para la que ni mucho menos se siente preparado.

Prólogo

Salió a correr como cada mañana. Supuso que, después de la inesperada noche que había pasado con la joven de pelo rizado, mirada perspicaz y labios sugerentes que aún permanecía tumbada junto a él, no le quedarían fuerzas para más. No era habitual en su ordenada vida diaria correrse una juerga entre semana, pero, ¡qué demonios! había salido con unos colegas a celebrar su reciente ascenso y se les había acabado yendo de las manos. No obstante, conocía a la perfección el efecto vigorizante y purificador que la carrera matutina ejercía sobre él, así que acabó por tirarse de la cama para ponerse en marcha.

Comenzó su ruta en el puente de Westminster tal y como era habitual en él. Después, avanzó a través de Belvedere Road hasta llegar al puente de Londres, el cual solía cruzarlo y volver. Un recorrido perfecto que le cargaba las pilas de buena mañana para iniciar una jornada más. Una leve y pícaro sonrisa se había instalado en su rostro sin que se diera cuenta de ello. Tal vez era el orgullo por el ascenso, o quizás, el recuerdo de una noche un tanto extraña y, sin dudas, excitante. El hecho de salir tan temprano tenía un mérito fuera de lo corriente, pues las madrugadas del otoño londinense eran clásicamente frías y nebulosas. Tu cuerpo te pide cama, manta y un café o un té caliente, no exponerse a la intemperie con unas finas mallas de lycra y un forro polar que permite a la humedad colarse entre tus huesos, mezclándose con un sudor que al principio es cálido pero termina por ser frío como el hielo y se clava en tu cuerpo como si fueran miles de agujas hipodérmicas.

Aquel noviembre estaba siendo más crudo de lo habitual. Las temperaturas estaban batiendo récords por lo bajas que estaban siendo y los bancos de niebla que aquel día envolvían la ciudad impedían la visibilidad

hasta el punto de temer tropezarse con algo que escapara a sus ojos, puesto que apenas podía ver lo que se encontraba a pocos metros de él.

Su cabeza era un torbellino. Había bebido demás y empezó a sentir un martilleo casi constante en las sienes, lo que terminó por borrarle aquella sonrisa soberbia con la que había salido del portal. Además, iba un tanto distraído debido a la discusión que había tenido la mañana anterior con su novia. Las cosas se habían puesto bastante feas y la discusión subió los decibelios después de que ella se enterara de que había estado tonteando con una compañera del trabajo. La realidad era que no había nada entre ellos y él no tenía el menor interés en aquella chica, pero ella no le había creído. Curiosamente, ahora sí que tenía motivos para estar celosa y enfadada, aunque no fuera precisamente su compañera la que hubiera acabado en su cama la noche anterior. El hecho de que le hubiera ocultado el flirteo, le parecía que confirmaba sus sospechas. No estaba seguro de poder convencerla de su inocencia y recuperar su confianza, menos ahora que sí era culpable de una infidelidad. Su incapacidad para centrar su atención y la espesa bruma, le hicieron trastabillar en alguna ocasión.

Cuando corres entre la niebla, todo parecen sombras, figuras indefinidas y perturbadoras que aclaman a tu sugestión para que te zambullas en la oscuridad tenebrosa de tus miedos. Un árbol no parece un árbol, sino una figura acechante y poco confiable. Los bancos de niebla hacen que nada parezca real y tu mente viaja a la velocidad de la luz por los laberintos de tu imaginación, incapaz de hallar una salida satisfactoria a aquel embrollo. Hasta que tu cabeza dice basta y se niega a seguir sumergiéndose en tamaña insensatez. Entonces recobras la calma y únicamente te centras en el ritmo de tu respiración, lo único a lo que aferrarte, al tiempo que cedes una mínima atención a comprobar que tus músculos responden tal y como esperabas y que la carrera un día más te vigoriza.

Por ello, porque ya había conseguido salir del atolladero en el que su mente trataba de meterle, se preguntó qué diablos era aquello que flotaba en el agua tan cerca del pilar del puente. No se había puesto las lentillas, así que lo único que veía era un poco más de un borrón, aunque algo le decía que eso no debía estar ahí. Trataba de convencerse de que lo que parecía una masa ingente y deforme no podía ser en realidad lo que su imaginación y las incontables películas de misterio y suspense que había visto durante su vida sugerían que era. Sin embargo, sus ojos se negaban a dejar de mirar y a escrutar con detalle lo que tenían delante, hasta que tropezó y dio con sus huesos en el suelo. Entonces ya no hubo más remedio que pararse a observar con detenimiento qué era aquello. Forzó la mirada para agudiza la vista hasta que empezó a dolerle levemente la cabeza del esfuerzo.

Definitivamente parecía ser un cuerpo, en la medida en que esa masa algo hinchada sugería que un día fue alguno. Se levantó del suelo, con la malla rota a la altura de la rodilla y la sangre de una herida abierta corriendo por su espinilla. Apenas se percató de que le dolía. Avanzó con paso irregular en dirección al puente y, cuando estuvo lo suficientemente cerca, ya no tuvo dudas. Era el cuerpo de una chica.

Aterrado, llamó a la policía. Después, vomitó junto a la orilla del río.

CAPÍTULO 1: El joven de la mesa junto a la ventana

Como cada mañana, se sentó en la misma mesa junto a la ventana y tomó lo mismo de siempre, un cortado con dos manchas de espuma. Le gustaban sus rutinas, hacer cada día las cosas exactamente igual que el anterior, porque eso le proporcionaba una seguridad que no tenía precio para él. Cada pequeña cosa que se salía de su esquema, le ponía nervioso. Cada cambio inesperado, hacía que el vello se le pusiera de punta y se le acelerara el pulso. El mundo parecía venirse abajo ante la menor nimiedad que hubiera sido fruto del azar y no estuviera planeada. Necesitaba esa sensación de control. No era ningún capricho. Simple y llanamente, era una pura y genuina necesidad.

Su vida no había sido fácil. De pequeño había sido diagnosticado erróneamente de síndrome de Asperger y eso había marcado su infancia de manera definitiva. Era cierto que no era un niño como el resto. De hecho, desde muy pequeño se había acostumbrado a oír como otros lo definían como un niño raro, extraño o, como mínimo, extravagante. No tenía los mismos intereses que los demás y siempre le había costado mucho relacionarse con sus iguales. Le fascinaban temas como las máquinas y la astronomía hasta el punto de obsesionarse y no poder dejar de hablar del tema. Su mente se evadía constantemente pensando en todas aquellas cosas que le mantenían tan hechizado. Tanto era así, que parecía sufrir algún tipo de crisis de ausencia. Los profesores desde muy pronto creyeron que tenía algún problema, así que el diagnóstico no tardó en llegar. Y desde que tenían una etiqueta a la que agarrarse, ya no le trataban como a un niño, sino de acuerdo a las características de su supuesto trastorno. Le había caído como una losa que bloquea cualquier oportunidad de salir de un lugar en el que te sientes

atrapado.

A pesar de que empezó a hablar muy pronto, cuando empezó a ir a la escuela tuvo problemas de disfemia, es decir, de lo que comúnmente se conoce como tartamudez, y tardó mucho tiempo en superarlo. Se ponía muy nervioso cuando le preguntaban y tenía que hablar delante de los demás. Muchos niños se reían de eso y se burlaban de él, por mucho que sus profesores trataran de evitarlo. Todas esas mofas le habían hecho mucho daño a un niño como él, pues habían incrementado su inseguridad a la hora de hablar delante de otros. Esa falta de confianza se había extendido a diferentes facetas de su personalidad, por lo que se había acostumbrado a evitar el contacto con otros y aislarse en su mundo, un mundo imaginario lleno de fantasía en el que se sentía mucho más feliz y comprendido.

Sus padres siempre habían sido muy protectores con él, hasta el punto de que, cuando era muy pequeño, apenas salían de casa para evitar que pudiera enfermar o pasarle cualquier otra cosa. Por lo tanto, cuando se incorporó a la escuela, no estaba acostumbrado a relacionarse con otros niños de su edad. Era evidente que lo adoraban, más que a nada en este mundo. De hecho, había nacido cuando ya habían perdido la esperanza de ser padres, así que para ellos significó algo así como un regalo divino. Una familia anglicana ultraconservadora y de fe incorruptible entendió su nacimiento casi como si de una revelación se tratara. Todo ello afectó de forma singular al desarrollo de Jeffrey como ser humano, en todas y cada una de sus facetas y dimensiones. Y aún en el presente, seguía arrastrando esa rémora.

El Jeffrey adulto, seguía ciñéndose a esquemas inflexibles y al rigor de una estricta rutina que le ayudaba a navegar por el día a día sin tanto temor a naufragar o, al menos, a no sentirse tan perdido entre esa ingente marea humana de la gran ciudad. Acudía todos los días a la misma cafetería justo a la hora precisa de abrir, para asegurarse de que esa mesa junto a la ventana

estaría disponible, donde sabía que Alice le serviría el café justo como a él le gustaba.

Alice era una chica especial, no sólo porque parecía un ángel con esos rizos dorados, su tez pálida y sus ojos azules, sino porque le trataba de forma amable y considerada. Era una de las pocas personas con las que se sentía cómodo y con la que experimentaba que su ansiedad social se retiraba a un lugar recóndito, casi permitiéndole por un instante sentirse una persona absolutamente normal. Cuando pensaba en ello, siempre acudía a su mente una pregunta: ¿qué es ser normal? ¿Qué es lo que entiende el resto de la gente por normalidad? Porque él no sentía que fuera ningún bicho raro, aunque los demás parecieran pensar lo contrario.

Cada día, Jeffrey pasaba allí exactamente cuarenta y ocho minutos antes de irse a trabajar, los cuales los dedicaba a charlar unos minutos con Alice y a observar a los viandantes que pasaban delante de la ventana. Le encantaba imaginarse sus historias, lo que escondían detrás de sus máscaras, y, cuando alguien captaba su atención porque algo en él o ella le parecía especialmente interesante, escribía lo que surcaba su imaginación. Para una mente tan analítica como la suya, era casi una contradicción ese tiempo que dedicaba diariamente a imaginar historias basadas en hechos tan inconsistentes como los que le proporcionaba ver pasar a una persona por unos segundos tan sólo.

Claro que lo de escribir en su cuaderno no era un hecho aislado, sino que era algo muy habitual en él. De hecho, hacía ya tiempo que se había acostumbrado a anotar en un bloc todo cuanto pasara cada día y era algo que le agradaba. Registraba fecha y hora de los acontecimientos que le parecían más importantes e intentaba escribir y describir con precisión lo que había sucedido. Incluso tomaba nota literal de lo que decían algunas personas. ¿El motivo? Ninguno en particular. Otro rasgo singular de su personalidad. O tal vez sí hubiera un motivo poderoso, como emplearlo como un modo de

escapar sin moverse del sitio.

Hacía mucho tiempo ya desde que había empezado a portar siempre con él ese cuaderno. Exactamente, nueve años, tres meses y diecisiete días, desde que el orientador de su instituto se lo había recomendado como una forma de controlar aquello que escapaba de su control. La idea original era que escribiera qué sucedía cuando algo no salía tal y como él esperaba, es decir, que anotara si acontecía alguna catástrofe o algún hecho que transformara su vida a peor. Por supuesto, que eso no solía suceder. No era tan estúpido como para estar convencido de ello y no le gustaba que le trataran con esa condescendencia. Sin embargo, entender que no ocurría una debacle cuando sucedía algo que no había planeado, no significaba que le gustara estar sujeto a la improvisación. No obstante, tampoco perdía nada por intentarlo y, por otro lado, estaba seguro de que si no lo hacía, el señor Harrison no pararía de insistirle hasta convencerle y no le apetecía tener que justificarse.

—Jeffrey, lo único que quiero que consigamos con esto es que ese cuaderno mágico nos sirva para demostrar que no pasa nada porque ocurran cosas inesperadas e, incluso, puede ser divertido estar sujetos a cierto grado de espontaneidad —le decía, mientras sus ojos trataban de transmitirle confianza y comprensión—. En él vas a poder registrar lo que sucede de manera casi científica, lo que te proporcionará datos irrefutables que te ayuden a desmontar tus miedos.

No se le olvidaban las palabras del señor Harrison, a pesar de que hubiera pasado ya tanto tiempo. ¿Qué sabría él? No tenía ni idea de lo que Jeffrey sentía ni de lo que pasaba por su cabeza. Sin embargo, no podía enfadarse con él. Su intención había sido buena y, para ser honestos, tenía la impresión de que era el único que realmente se había preocupado por él en toda su vida escolar y que había intentado ayudarlo de verdad. El resto de los profesores, lo habían visto como algo incómodo con lo que tenían que bregar

en el día a día, especialmente cuando llegó al instituto. Así que, día tras día, aprendió a hacerse cada vez más invisible.

Por consiguiente, en esos cuadernos que nunca le abandonaban, pues había tenido muchos a lo largo de tantos años, había un montón de historias interesantes que había ido recopilando con el paso del tiempo, historias que para una mente de escritor podrían haberse convertido en algo más que en unas líneas olvidadas en una libreta. No faltaba demasiado para que tuviera que comprar uno nuevo porque ya le quedaban muy pocas páginas, lo cual le angustiaba. Siempre era un momento difícil, porque se enfrentaba a la posibilidad de no poder encontrar otro exactamente igual al que tenía, tan ligero, tan idéntico a todos los demás que poseía. Y eso era sinónimo de cambio, algo que detestaba. Daba igual de que le intentaran convencer de que el cambio podía ser positivo y bueno, porque podría abrirle a un mundo de posibilidades por explorar y descubrir. Le gustaban las cosas tal y como eran y no había discusión posible a ese respecto. No tenía necesidad de justificarse ante nadie y no entendía por qué tantas veces le habían tratado de convencer de lo contrario. No hacía daño a nadie con sus rutinas y él nunca le decía a los demás como debían vivir su vida.

Si alguien se hubiera parado a analizar lo que Jeffrey escribía mucho tiempo después de esa cita con su orientador del instituto, habría encontrado algo muy curioso. En esos cuadernos sólo había historias ajenas, pero nada sobre él mismo. No había sueños, ni proyectos, ni objetivos, ni experiencias vividas. No había ningún “lo que pudo haber sido”. No había reproches. No había decepciones. No había recuerdos. No había anhelos. No había absolutamente nada relacionado personalmente con él. Y, sin embargo, lo había todo. Esas historias a veces eran proyecciones de él mismo visionadas en la piel de otro, externalizadas. Y él ni siquiera era consciente de ello.

No recordaba haber tenido ningún amigo de verdad. Alguna vez había

encontrado algún chico en algún club de aprendizaje sobre astronomía o robótica con el que parecía conectar más, aunque al final habían terminado separándose por alguna discrepancia. La verdad es que siempre había tenido muchas dificultades para relacionarse con los otros, sea quienes fueran esos otros. Daba igual si eran sus padres, que lo amaban incondicionalmente, sus compañeros del colegio y del instituto, sus compañeros de la universidad y, ahora, los del trabajo. Suponía que por eso, en parte, se sentía tan cómodo en su relación con las máquinas. Ellas nunca esperaban nada de él y no le miraban como si fuera una especie extraterrestre que hace y dice cosas extrañas. Todo lo contrario, le entendían muy bien. En parte, por eso, había estudiado una ingeniería informática.

Ahora trabajaba en una corporación bancaria que tenía sucursales por todo el mundo diseñando aplicaciones para el móvil, la página web de la entidad y de sus subsidiarias, reparando los ordenadores de los ineptos que trabajaban con ellos, además de encargarse de temas de ciberseguridad, algo que cada vez parece ser más necesario. Era el trabajo idóneo para él, en el cual apenas tenía que hablar con nadie. Y, además, era muy bueno en ello, casi se diría que demasiado. Y sus cualidades no pasaban desapercibidas. Quizás por ello precisamente abusaban cargándole infinidad de tareas tan diferentes entre ellas que, seguramente, deberían ser ejecutadas por profesionales de distintos departamentos. Posiblemente se aprovechaban de su casi incapacidad para decir no. Mejor hacerlo que enfrentarse a una situación social incómoda.

A pesar de que pueda parecer difícil de creer, Jeffrey era feliz en su trabajo. Al menos, todo lo feliz que había aprendido a ser a lo largo de los años, ya que es improbable que él conociera el concepto de felicidad en toda su extensión. Digamos, entonces, que era el único tipo de dicha que él conocía. Todo estaba sujeto a códigos y sabía qué podía esperar. Solía estar

en contacto con otros ingenieros situados a miles de kilómetros de los que suponía que tendrían muchas cosas en común con él.

Fuera del trabajo, mantenía contacto con aquellos con los que había conocido a través de los juegos en red, su afición favorita. Obviamente, la única relación que mantenían era a través de internet, nunca en persona. Eso implicaría salir de su estrictamente delimitada zona de confort. Y definitivamente no estaba dispuesto a perder lo que tantos años le había costado construir.

Aquel lunes del mes de noviembre, las cosas transcurrían con normalidad y nada parecía fuera de lo habitual en el café de la esquina.

CAPÍTULO 2: Un día como otro cualquiera

Alice preparaba con cuidado el café de Jeffrey. No había nadie más en la cafetería, algo bastante habitual a aquella hora de la mañana. Los clientes solían llegar un poco más tarde, pero él siempre estaba allí puntualmente cada mañana, sólo unos minutos después de que abrieran el local, los precisos para que le diera tiempo a abrir y encender las luces y las máquinas. Era evidente que no era un chico como los demás. Pero a ella le caía bien, le tenía cierto aprecio, pues le recordaba a su hermano pequeño, el cual había muerto siendo niño. Así que Jeffrey despertaba en ella sentimientos contradictorios. Por un lado, le suscitaba ternura y un instinto de protección, de cuidarle para que nadie le hicieran daño. Por otra parte, hacía que se pusiera triste cuando recordaba las circunstancias en las que su hermano había fallecido y lo que le echaba de menos, a pesar del tiempo transcurrido desde el fatal desenlace y de que hubiera sido un niño tan diferente al resto.

—¡Hola, Jeffrey! ¿Qué tal estás hoy? —le preguntó con una enorme y sincera sonrisa cuando se acercó a su mesa a llevarle el café. Alice siempre trataba a los clientes con gran amabilidad. Su forma de actuar transmitía la falsa impresión de que su vida era fácil, pues siempre se mostraba alegre y sonreía con facilidad, como si las preocupaciones ni siquiera rondaran su cabeza. Le gustaba preguntarle a los demás cómo les iban las cosas y les escuchaba con atención. Además, procuraba mostrarse comprensiva y cercana. Desde que trabajaba allí, era un hecho evidente que el bote de las propinas había crecido de manera exponencial. Tanto era así, que las reseñas del local en las distintas plataformas de internet solían destacar la amabilidad de una de las camareras en concreto.

—Bien, Alice. Gracias —contestó Jeffrey lacónicamente y un tanto

ruborizado, ya que su timidez y su conducta inhibida le impedían mantener la mirada de aquella bonita chica y decir lo que realmente le habría gustado.

—¿Has ido a visitar a tus padres este fin de semana?

—No, he estado ocupado —respondió, retirando una vez más la mirada, como si se avergonzara de lo que acababa de decir. Sabía que Alice le reprendería por ello de algún modo, pues no era la primera vez que mantenían esa conversación.

—Ocupado —dijo entrecomillando con sus dedos—. Sí, ya sé como dices. Has estado jugando a alguno de esos juegos en red que te gustan, ¿me equivoco?

—Bueno, ya sabes que nunca viajo el primer fin de semana del mes.

—Sí, lo sé. Es una de tus costumbres —le dijo, entrecomillando nuevamente con un gesto la última palabra. Alice era la única persona que podía hablarle de sus extravagantes, casi excéntricos, hábitos y rituales sin que se sintiera ofendido. Nunca lo hacía para hacerle daño, de eso estaba seguro. —Oye, algún día tienes que dejarme ojear alguno de tus cuadernos. Estoy segura de que escribes historias muy buenas —concluyó, mirando con curiosidad el cuaderno de Jeffrey que reposaba sobre la mesa.

Le guiñó un ojo y le tocó el hombro con suavidad, ante lo que él se sonrojó visiblemente. Sí, también era a la única persona a la que le permitía que le tocara, posiblemente porque ella le gustaba, aunque Jeffrey no se atreviera a reconocerlo. Nunca le había gustado ninguna chica, algo raro en un joven de su edad. Sí había sentido cierta atracción hacia alguna, pero la comunicación con el sexo opuesto le resultaba terriblemente complicada y le ponía muy nervioso. No entendía los juegos de seducción que algunas chicas empleaban y que le habían hecho pasar por situaciones bastante embarazosas. Para ser más fieles a la verdad, no era capaz de entenderse con ellas en ningún aspecto. Siempre le hacían preguntas incómodas y perturbadoras que

hacían que, como mínimo, se ruborizara. A veces, cuando esos comentarios eran delante de otras personas, había estado a punto de sufrir una crisis de ansiedad. Por ello, evitaba cualquier contacto, por mínimo que éste fuera, hasta el punto de no mirar a la gente a los ojos cuando hablaba, algo que perpetuaba su estigmatizada imagen de chico raro con algún tipo de trastorno.

Cuando aún estaba en el instituto, hubo una chica que no paraba de perseguirle. Se llamaba Rose Huxley. Por alguna razón que él no alcanzaba a comprender, a ella le gustaba y no paraba de decirle cosas delante de sus amigas. Era evidente que disfrutaba con ello. Al parecer le encontraba irresistible y se había encaprichado de él. Un día, intentó besarle en los baños. Se había colado detrás de él sin que se diera cuenta y le había arrinconado diciéndole que no le dejaría salir hasta que la besara. Era mayor que él y le atemorizaba. Por suerte, entraron varios chicos a los pocos minutos y, en un despiste que tuvo, Jeffrey se escabulló y pudo escapar de sus garras.

Puede parecer algo trivial, un juego típico de la adolescencia, tan solo devaneos de la edad. Algo incluso adulator para según quién. El surgimiento de la atracción por el sexo opuesto y el intentar que el chico que te gusta te haga caso. No obstante, para alguien que sufre ansiedad social, esto en lugar de parecer una broma, un juego o algo de lo que sentirse orgulloso, puede ser una auténtica pesadilla en la que otra persona decide invadir tu intimidad y someterte a sus deseos.

En aquella ocasión, Jeffrey estuvo muy cerca de sufrir un ataque de pánico, el primero de muchos durante su adolescencia, aunque él ni siquiera lo supiera en aquel momento. Lo que sí percibió es como su respiración se agitaba casi sin control, hasta el punto de hacerle sentir levemente mareado. También percibió como aumentaba su temperatura corporal, hasta hacerle sentir un sudor frío que recorría casi dolorosamente la piel en llamas de su

espalda. La realidad es que, desde aquel instante, siempre vigilaba que no le siguiera nadie cuando se dirigía a algún servicio público, en las escasas ocasiones en las que no le quedaba otro remedio que entrar en uno, algo que procuraba evitar a toda costa.

Como otro día cualquiera, ese lunes de un inusitadamente frío aunque típicamente otoñal mes de noviembre, todo parecía transcurrir con una normalidad absoluta y, por lo tanto, cómoda para Jeffrey. Cuando terminó su café y comprobó que era exactamente la hora de irse, se despidió de Alice y se encaminó hacia la puerta de la cafetería. Justo antes de salir, se giró de nuevo para mirarla una vez más, como intentando apresar una última imagen de ella que le acompañara durante toda la jornada. Era una costumbre que había adquirido recientemente y que le reconfortaba. Ella, que ya sabía de antemano que él se volvería antes de salir, le sonrió y le despidió con la mano desde la barra. Era una chica bonita y muy dulce. Sin apenas ser consciente de ello, cruzó por la cabeza de Jeffrey la idea de si alguna vez sería posible que mantuvieran algún tipo de relación más íntima. Casi inmediatamente, con el frío de la calle azotando con feroz inclemencia su rostro, la idea fue barrida de su mente y volvió a encerrarse en un recóndito lugar de su inconsciente hasta que llegara el momento oportuno de reaparecer.

El local en el que trabajaba Alice se encontraba situado bastante cerca de donde él trabajaba, en la City of London, o lo que es lo mismo, el distrito financiero de la ciudad. Podía ir a pie, pues andando no le suponía más de diez minutos. De hecho, la cafetería tenía un emplazamiento ideal entre su piso y su oficina, la cual se encontraba en la Torre 42, uno de los rascacielos más altos de Londres. Evitaba coger el transporte público, puesto que detestaba las aglomeraciones de gente y, sobre todo, trataba de obviar posibles situaciones sociales incómodas que pudieran desencadenarle una crisis de ansiedad. Si fuera directamente desde su casa al trabajo, tardaría

veinte minutos, así que la cafetería donde Alice servía los cafés estaba exactamente en la mitad de su trayecto. Para Jeffrey era perfecto y esa parada técnica se había convertido no sólo en su rutina, sino en un ritual casi compulsivo que anticipaba que las cosas ese día saldrían como él esperaba.

Como era habitual, llegó a su trabajo con puntualidad británica, y nunca mejor dicho. Tal y como hacía cada mañana, se dirigió hasta su mesa sin apenas cruzar una palabra con sus compañeros, salvo aquellas que fueran estrictamente necesarias por motivos laborales, y se centró en las tareas pendientes. A la misma hora de costumbre, hizo su pausa habitual para el descanso de media mañana y se tomó el desayuno que había preparado y metido en su mochila antes de salir de casa, el cual consistía en algo de fruta, un sándwich y un té que llevaba en el termo.

Volvió a la rutina del trabajo hasta la hora de comer. No había nada fuera de lo corriente. Los mismos problemas de cada día con ligeras y poco significantes variaciones. No entendía cómo la gente podía ser tan torpe con los ordenadores, cuando para él eran como libros abiertos. Claro que, por otra parte, si todos supieran manejarlos como deberían, él se quedaría sin trabajo y tendría que buscarse otra forma de ganarse la vida, así que agradecía aquella bendita ignorancia.

A la una en punto realizó su salida para comer. Todo bajo control. Un día como otro cualquiera, sin apenas diferencias, transcurriendo según lo esperado. Y a las cinco, ni un minuto después, pulsaba el botón del ascensor que le trasladaría a su libertad, hasta el día siguiente en que todo volviese a empezar.

Se dirigió directamente a casa, como era su costumbre. Puede que su vida no le pareciera especialmente interesante a ninguno de sus congéneres pero, ¡qué demonios!, a él le gustaba y era el único que podía tomar decisiones sobre ella. La disfrutaba tal como era, sin sobresaltos, con una

previsibilidad exquisita, con unos patrones repetitivos que le resultaban deliciosos.

Una vez en casa, se conectó a internet a través del ordenador, el cual tenía un encriptado especial para evitar malware o posibles intrusos. Revisó sus correos y mensajes y se dispuso a jugar al “Thunder & lightning”, su juego en línea favorito al que le dedicaba más horas de las que le gustaba reconocerse a sí mismo. Vio que Cyborg95 estaba conectado, lo cual no fue ninguna sorpresa. Era como si sólo viviera para eso, permanentemente conectado, daba igual la hora del día o de la noche. En numerosas ocasiones se había preguntado a qué se dedicaría, aunque ni se le había pasado por la cabeza plantearle a él la cuestión directamente. Prefería continuar con la duda antes que quebrantar esa ley consuetudinaria que habían establecido tácitamente en la que ninguno de los dos hablaba de temas demasiado personales, salvo en contadas ocasiones que, por diversos motivos, habían necesitado uno u otro desahogarse por algo que hubiera ocurrido en algún día concreto. En esos momentos, se levantaba la barrera y hablaban. En cualquier caso, no se hacían preguntas incómodas. Si alguno quería contar algo, lo hacía, sin más.

Nunca se habían visto en persona. Sin embargo, por alguna razón, se sentía especialmente unido a él, pues daba por hecho que era un chico de más o menos su edad, aunque no lo supiera con certeza. Si se paraba a pensarlo dos veces, probablemente habría llegado a la conclusión de que era el mejor amigo que había tenido en la vida, lo cual era bastante triste, ya que el único contacto que mantenían era virtual. Tal vez la principal razón fuera el hecho de que no se conocían en la vida real, puesto que toda situación relacionada con la realidad que implicase contacto social le suponía un mundo inexplorable y tenebroso. Cuando había misiones especiales en equipo, siempre se elegían el uno al otro y juntos eran imparables, lo que alimentaba

su escuálida autoestima. Además, solían frecuentar los mismos blogs y chats, debido a que compartían intereses muy similares.

—¡Hey Cyborg! ¿Qué tal tu día?

—Nada nuevo. ¿Y tú, colega?

—Un día perfectamente rutinario.

—Me alegro por ti. Sé que eso te gusta.

Cyborg era una de las pocas personas en el mundo que sabía que Jeffrey sufría ansiedad social. Con él se sentía libre para hablar, en esas escasas ocasiones en que abrían sus almas porque, por un motivo u otro, cualquiera de los dos lo necesitaba, y contarle lo que experimentaba cuando no le quedaba más remedio que ir en metro, coger un taxi o ir al banco o al supermercado, por ejemplo. Situaciones tan sumamente cotidianas a las que nadie le presta más atención de la necesaria y que para él suponían estar al borde de una crisis nerviosa, con tantas variables imprevisibles que podían irrumpir. Además, suponía que su amigo compartía alguna de estas rarezas puesto que, cuando habían hablado de ello, las respuestas que le daba parecían salidas de su propia mente, no de la de otro ser humano situado en quién sabe qué coordenadas del globo terráqueo. Era agradable contar con un compañero marciano.

—¿Preparado para la batalla? —preguntó Jeffrey, sabiendo de antemano la respuesta, como si no fuese más que una pregunta retórica.

—¿Me tomas el pelo? Ya sabes que sí. Casi vivo para esto. No sé ni como te atreves a preguntarlo, maldito “toca pelotas”.

—¡Vale, vale! No te pongas así. Sólo estaba asegurándome, porque hoy tenemos por aquí a unos cuantos complicados, por si no te has dado cuenta.

—Querrás decir a unos cuantos “come mierdas” que ya me están tocando un poco los huevos —respondió en su tono habitual.

Cyborg tenía esa particular forma de hablar, entre lo chulesco y lo soez.

Como si utilizar ese tipo de expresiones reafirmara su masculinidad. Tal vez fuera una estrategia defensiva, Jeffrey lo desconocía. Lo que estaba claro como el agua era que le gustaba soltar alguna que otra palabra malsonante en mitad de cualquier conversación, viniera o no a cuento. Para Jeffrey, que había sufrido las burlas constantes de sus compañeros en el colegio, Cyborg le parecía casi un súper héroe, un personaje de Marvel con poderes a prueba de cualquier circunstancia, su matón particular que le protegería sin condiciones si alguna vez lo necesitaba. Le insuflaba una seguridad y tal sensación de protección que, a veces, hasta se sentía tentado de averiguar dónde vivía y organizar una quedada para verse las caras con él.

No obstante, solía llegar a la conclusión de que posiblemente eso acabara estropeándolo todo, por mucho que le tentara tener un amigo de carne y hueso por una vez en la vida, y no uno únicamente virtual. Su fobia social le atenazaba y le prevenía de intentar aproximarse a nadie, pues esa tentativa podía terminar en un rechazo y en un escrutinio previo acerca de su personalidad, lo cual no sería capaz de soportar. Suponía que Cyborg se burlaría de él cuando le conociera en persona, habría algo que no le gustaría y le rechazaría de pleno. Se reiría y le ridiculizaría por ser tal como era, sin más, pues no albergaba ninguna duda de que para los demás había algo en él que no estaba bien. Por lo tanto, descartaba la idea y seguía como si tal cosa, es decir, como si ni siquiera se le hubiera pasado por la cabeza, aunque fuera otra forma de autoengaño.

Ese lunes que era como otro cualquiera, no lo fue para Alice. En realidad, no difería demasiado de los otros salvo por algún detalle que comentaremos a continuación. Pero antes, es preciso conocer un poco a la camarera del café de la esquina.

CAPÍTULO 3: La camarera del café de la esquina

Alice había tenido una infancia difícil, dura y desalentadora. Para ser honestos, toda su vida estaba siendo bizantina, como si estuviera abonada a la mala suerte. Parecía increíble que, a pesar de todo lo que había sufrido, mantuviera esa forma de ser. Tal vez lo que a otros debilita hasta el extremo, a ella la había hecho más fuerte. Alice era luchadora y optimista. Seguía convencida de que, algún día en un futuro cercano, las cosas mejorarían para ella. Sencillamente, tenía que seguir confiando y no doblegarse ante la adversidad, por mucho que estuviera tentada de hacerlo en incontables ocasiones y le rondara, de vez en cuando, la idea de rendirse sin resistencias, de soltar amarras para siempre.

Quizás es que hay personas a las que simplemente las persigue el infortunio y están abocadas a transitar por la vida entre penurias y malas pasadas del destino. Sin embargo, en la mayoría de las ocasiones, eso no acababa con su fortaleza y su buen carácter. Era una buena persona, con una sensibilidad extraordinaria, amable, generosa y con un corazón puro, aunque no se le daba demasiado bien elegir las compañías, especialmente en lo referente a sus parejas sentimentales.

Cuando apenas tenía ocho años, su madre les abandonó a ella y a su hermano de cuatro años, el cual había sido diagnosticado poco tiempo antes de una forma de autismo. Alice adoraba al pequeño Charlie, lo había hecho desde el preciso instante en que nació. A pesar de su corta edad cuando su hermano llegó al mundo, ella siempre lo había cuidado y se había encargado de él, tal vez porque sus padres no lo hacían. Su madre estaba siempre quejándose de la mierda de vida que llevaban hasta que conoció a Kurt, un musculado chico de gimnasio corto de entendederas que le prometió el oro y

el moro. Así que sin más, abandonó a sus hijos sin mirar atrás y los dejó con su históricamente negligente padre, el cual, por si fuera poco, cayó en una depresión que agravó su alcoholismo. Nunca más supieron de ella.

Aquello no podía acabar bien para nadie, de eso no cabía la menor duda. Y acabó mal, fatal. El pequeño Charlie murió ahogado en la bañera antes de cumplir los seis años, puesto que su padre se fue a ver la televisión con una botella de whisky mientras el niño se quedaba sólo sin supervisión alguna. Parece difícil morir en una bañera, algo casi imposible, pero la mala suerte, con su cadena de sucesos aleatorios e imprevisibles, también está ahí y no suele proteger precisamente a los más desvalidos. Tal vez fuera lo mejor si se mira desde un macabro, infausto y pesimista punto de vista, pues le evitó una vida de sufrimiento y rechazo. ¿Quién se habría hecho cargo de él? ¿Qué futuro le esperaba? Quizás no sea un consuelo, pero puestos a buscar un motivo para una sinrazón como la muerte de un niño, en su caso, bien podía ser esa una buena excusa para calmar la desazón de aquellos a quienes pudiera importarles. Es decir, básicamente a su hermana, ya que no tenían más familia.

Poco después, Alice fue trasladada a un piso de acogida y su padre no volvió a reclamar verla. Su auto justificación, una con la que trataba de convencerse a sí mismo, era que ver a su hija le recordaría su falta de habilidad como padre y estaba seguro de que le iría mejor sin él. Como si nunca hubiese existido. ¿Es posible tanta crueldad? No es necesaria una reflexión adyacente, es tan sólo una pregunta retórica. La respuesta es simple y unívoca: sí, lo es, es posible eso y mucho más. El ser humano es capaz de cometer los hechos más deleznable y despreciables que podamos imaginar.

Desde aquel preciso instante, aquella bonita niña de mirada inocente se quedó sola en el mundo, sin nadie a quien acudir. Seguramente hay quien podría pensar que eso no difería demasiado de lo que había tenido

anteriormente, y no le faltaría razón. Pero la realidad es que no hay nada que acreciente tanto la sensación de desamparo como el hecho de tener la certeza de que no habrá nadie ahí nunca más para sacarte las castañas del fuego o para algo tan simple como darte un abrazo para consolarte cuando algo se ha torcido. El mensaje es claro: nadie te quiere, a nadie le importas. Apáñatelas como puedas.

Si la primera parte de su infancia había sido difícil, la segunda había sido lo más parecido al infierno que ella a su corta edad podía imaginar. Ahora todo lo recordaba envuelto en una espesa niebla, tal vez porque su cabeza trataba de protegerla de revivir toda la mierda que el pasado le había reservado. Llegó al piso de acogida a la tierna edad de diez años, poco antes de que su cuerpo empezara a cambiar. A pasos agigantados aprendió lo dura que puede llegar a ser la vida y que la crueldad es algo que define a algunos seres humanos, si es que se les puede llamar así cuando precisamente es de humanidad de lo que carecen.

Cuando aquel lunes de noviembre salió del trabajo, se dirigió al piso que solía compartir con su novio, un cuchitril decrepito y lleno de desconchones con dos habitaciones, una sala de estar con cocina americana y un baño. Las paredes debían haber conocido tiempos mejores, porque en aquella época nadie se atrevería a decir que alguna vez habían sido blancas.

Quien no conociera a Alice, no podría comprender que hacía una chica como ella en una relación turbia y destructiva como la que mantenía con Tom, su novio en aquella época. Alice era una joven de veinticuatro años, inteligente, guapa, amable y muy sensible. Una chica que podría aspirar a mantener una relación sentimental con alguien que la valorara y la tratara con respeto. Por el contrario, para ella lo importante había sido saltar de una relación a otra apenas sin pausa para no tener que estar sola y, así, poder fabricarse la ilusión que alguien estaría allí para protegerla. Tal vez porque

nunca tuvo un modelo adulto apropiado de lo que es una relación de pareja, jamás había sabido elegir a ningún hombre que fuera mínimamente adecuado. Su perfil habitual era el del “malote” pasado de vueltas que se cree el gallo del corral. Por lo tanto, siempre se había encontrado envuelta en relaciones dominantes y abusivas, tales como las que había vivido y aprendido en el piso tutelado.

Tom era un maleante de tres al cuarto al que le gustaba trapichear con drogas. Tenía antecedentes de delincuencia juvenil desde la tierna edad de doce años. Cuando Alice le conoció, Tom ya tenía veintiséis. Llevaban juntos más de veinte meses y se había ido a vivir con él casi desde el principio, puesto que su sueldo en la cafetería no le daba para muchas alegrías.

Cuando llegó a casa, Tom para variar no estaba allí. Decidió llamar a su amiga Cindy para quedar a tomar algo con ella y charlar un rato. Cuando estaban juntas, el tiempo volaba. Era la mejor amiga que había tenido jamás, aunque sospechaba que Cindy albergaba otros sentimientos más profundos por ella, lo cual no se había atrevido nunca a declarar. Estuviera en lo cierto o no, su amistad era verdadera y sabía que podía contar con ella en cualquier momento. Solía confesarle las discusiones que tenía con Tom, las cuales eran frecuentes y, con frecuencia también, él se ponía violento, puesto que era su natural forma de relacionarse con todo el mundo. Cindy se encendía y Alice tenía que convencerla para que no hiciera nada, pues era muy capaz de ir en busca de su novio y plantarle cara, lo cual temía por encima de todo por las posibles repercusiones que esto pudiera tener para Cindy.

Aquel día, se tomaron alguna cerveza de más y, cuando Alice volvió a casa, Tom ya estaba allí de un humor de perros, ya que no había podido colocar un alijo tal y como había esperado. Era la excusa perfecta para descargar su ira. Cualquier contratiempo que encontrara, lo pagaba con ella. Alice estaba allí para ser su saco de boxeo. Sin embargo, esta vez había algo

diferente, había una determinación en ella inusual, porque en esta ocasión ella no estaba dispuesta a quedarse quieta y callada sin más.

La discusión fue épica. Hubo gritos y golpes, una vez más. Tom no estaba acostumbrado a que Alice replicara y menos con tal arrojo. Tal vez fuera el efecto del alcohol, aunque no parecía ser la razón principal. Simplemente, había excedido su punto de máxima tolerancia. Poco le importó que le pusiera el ojo morado. Aquel día no iba a callarse. Cindy le proporcionaba esa valentía que tanta veces le era esquiva. Ella nunca parecía tener miedo a nada y se enfrentaba a cualquier tipo de problema de frente, sin miedos. En cambio, Alice parecía transitar por la vida atemorizada, como si necesitara permiso para poder respirar.

Cindy solía decirle que Tom era una persona tóxica y que debía alejarse de él lo antes posible. Habían mantenido largas conversaciones a ese respecto. Sin embargo, las inseguridades de Alice la impedían dar el paso, aunque viera que aquella relación, en la que la violencia estaba presente como si fuera una parte inherente a la misma, no la conducía a ningún sitio.

—No te pongas chula conmigo. Pareces muy valiente hoy. ¿Qué pasa, Alice? ¿Has estado con tu amiga la lesbiana? Esa zorra no hace más que meterte pájaros en la cabeza.

—No te permito que la insultes.

—¿Que no me lo permites? —dijo furioso e incrédulo, a la vez—. No eres más que una mosquita muerta que no vale para otra cosa que para poner cafés.

—Yo al menos sirvo para algo. Y te aseguro que prefiero eso a ser un puto drogata de mierda como tú —le respondió gritando, algo de lo que hasta ella se sorprendió.

—¿Qué me has llamado? —Le preguntó con los ojos enramados e iracundos—. Ni se te ocurra levantarme la voz y mucho menos insultarme,

bruja.

—Se acabó, Tom. Estoy harta de ti. De tus insultos y de cómo me tratas. Tenía que haberte dejado el primer día que me pusiste la mano encima. Me voy de aquí para siempre.

—¡Te irás cuando yo te diga! —le gritó, lleno de furia.

Por suerte para Alice, cuando Tom intentó agarrarla, tropezó con la pata del sofá y se cayó. Posiblemente estaba colocado, por lo que el trompicon era bastante lógico, casi esperable. En un descuido, Alice salió corriendo mientras le oía gritar y maldecir a sus espaldas.

Sin dejar de correr y sin mirar atrás, se dirigió al piso de su amiga. Ya pensaría en otro momento cuándo recogería sus cosas. Notó como las lágrimas resbalaban por su cara, aunque no sabía si eran de rabia, de tristeza o incluso de alegría por saberse liberada de aquel maldito psicópata.

Cuando llegó al piso de Cindy, ésta la recibió con los brazos abiertos. Y por primera vez en mucho tiempo, se sintió segura, querida y comprendida de verdad.

CAPÍTULO 4: El café de la esquina

Martes. Misma hora de todos los días y allí estaba Jeffrey como siempre, puntual, con una precisión milimetrada. Se sorprendió al ver el moratón que visiblemente lucía Alice en la cara. ¿Qué le habría ocurrido? Tal vez se había caído o la habían atacado. Se sintió absolutamente perturbado por ello, de lo que ella se dio cuenta enseguida, puesto que la consternación se dibujó con absoluta transparencia en su rostro.

—¡Eh! No te preocupes por esto, ¿vale? —dijo, intentando tranquilizarle—. No pasa nada, Jeffrey. Esto no es más que un recordatorio de los errores que no puedo volver a cometer. Estoy bien, tranquilo.

Con los ojos muy abiertos y la boca aún expresando una exclamación muda, intentó darle forma a las palabras que le quería decir. Quería reconfortarla y que supiera que podía considerarle un amigo si le necesitaba. Quería que supiera que haría cualquier cosa por ella. Quería abrazarla y cuidarla. Quería decirle tantas cosas... Pero las palabras se embarullaban en su mente y parecían atascarse sin salida. Al final, lo único que pudo decir fue un tímido “lo siento”. No obstante, aunque él no lo supiera, Alice entendió que eso ya era demasiado para él.

Cuando ya llevaba Jeffrey treinta y siete de sus habituales cuarenta y ocho minutos allí, Tom entró por la puerta, aunque él se encontraba totalmente ajeno a lo que eso implicaba. Estaba absorto en su rutina habitual de las mañanas, embebido en su mente, en su mundo interior, en su universo paralelo de fantasía y en su cuaderno. De hecho, más abstraído de lo normal, debido a la turbación que le había provocado aquel torbellino de pensamientos que, minutos antes, no había podido pronunciar en voz alta y que se le habían quedado atascados en la garganta. De pronto, como saliendo

de una ensoñación, se dio cuenta de que alguien estaba gritando en el local. Cuando se giró, vio a un tipo grande, de cerca de metro noventa, aunque bastante delgado. Tenía un aspecto poco saludable y su apariencia, por algún motivo que no conseguía racionalizar, infundía temor. Sus ojos parecían inyectados en sangre por una rabia casi enloquecedora. Cuando procesó toda aquella nueva información, se percató de que él era quien estaba gritando y Alice era su objetivo.

—¿Dónde demonios has estado esta noche? —la inquirió con su rostro amenazante muy cerca de su cara.

—Vete de aquí, Tom. Te dije ayer que se acabó.

—Seguro que has estado con Cindy, ¿a qué sí? Estoy más que harto de esa entrometida. Se va a enterar de lo que es bueno.

—Si no te vas voy a llamar a la policía —respondió, obviando la clara amenaza que acababa de proferir.

Y algo impensable ocurrió. Todas las rutinas, todas las conductas previsibles y meditadas, todos esos movimientos medidos segundo a segundo, pertenecientes a esa cadencia milimetrada en la que Jeffrey transitaba por la vida, se deshicieron en un instante y como un resorte se levantó de su silla para intentar protegerla.

—Déjala en paz —le dijo Jeffrey, con voz temblorosa, mientras se interponía entre los dos. Tom, quien no estaba acostumbrado a que nadie le replicara, le miró con incredulidad mientras le escrutaba con la mirada intentando averiguar quién era y de dónde había salido.

—¿Quién cojones eres tú, pasmao?

—Vete y déjala en paz de una vez —respondió Jeffrey nuevamente, esta vez mirándole directamente a los ojos y mostrando mayor seguridad en sí mismo de la que nunca en su vida había sentido.

—¿Qué dices, mierdecilla? No intentes decirme lo que tengo que hacer.

Y ahora quítate de mi camino si no quieres que te parta la cara. Alice y yo tenemos una conversación pendiente.

—No le hagas nada, Tom —exigió Alice desde detrás.

—Haré lo que me dé la gana. Vale, ya lo entiendo —dijo, retirándose ligeramente hacia atrás—. ¿Qué pasa, nena? ¿Te fuiste ayer de casa por este imbécil? ¿Estáis enrollados?

—No, me fui porque estoy harta de que me utilices de saco de boxeo cuando las cosas no te salen como esperas. Lárgate o llamaré a lo policía.

—No me hagas reír. No vas a llamar a nadie y ahora mismo te vas a venir conmigo —le dijo Tom, al tiempo que intentaba agarrarla sin éxito.

—Te he dicho que no. Lárgate.

—Ya la has oído —dijo Jeffrey, con una fortaleza y un nivel de seguridad en su tono de voz que pensó que era otro el que hablaba.

—Te voy a partir la cara, mequetrefe.

En ese momento, viendo que la situación se ponía cada vez más fea, Alice salió de detrás de Jeffrey y se dirigió a coger su móvil para llamar.

—Te he avisado, Tom. Seguro que vas a tener muchas cosas que contarles. —le advirtió.

—Eres una zorra. Pero esto no se ha acabado aquí. Me voy. Ya te encontraré. Seguro que estás durmiendo en casa de tu amiga la rara. A ver si cuando te vea a solas eres tan valiente. Y tú, payaso, que sepas que me he quedado con tu cara y ya nos veremos. Esto no va a quedar así.

Jeffrey sintió como le temblaban las piernas. Cuando le vio salir, aún se quedó paralizado por unos instantes. ¿Qué había ocurrido? Nunca pensó que pudiera atreverse a algo parecido. Se sentía atemorizado y valiente al mismo tiempo. Era una sensación de lo más extraña, absolutamente desconocida para él, quien se movía en parámetros seguros y constantes. En ese momento, Alice se aproximó a él y le abrazó. Sintió como su cuerpo se estremecía como

no lo había hecho nunca y, sorprendentemente, le resultó una sensación agradable.

—Muchas gracias. No sé qué habría hecho sin ti.

Entonces le besó en la mejilla. Jeffrey sintió como el rubor incendiaba su cara, la cual acostumbraba a ser bastante pálida. Por primera vez en mucho tiempo, no le había molestado que otra persona le hubiera estrechado entre sus brazos, traspasando esa barrera que con tanto empeño se había esforzado en construir. Y ella le había besado. Y no sólo eso. Le había gustado. Eran unos labios cálidos y suaves. Cerró los ojos por un segundo intentando apresar esa sensación para que se quedará con él por el resto de su vida. Sin embargo, el intento fue en vano pues, como todo en la vida, la sensación poco a poco empezó a desvanecerse al tiempo que sus terminales nerviosos se acostumbraban a la realidad.

—De nada —dijo mirándola fijamente a los ojos. Nunca hasta ese momento se había atrevido a hacerlo, a mirarla directamente y con tanta intensidad. Era probablemente la chica más bonita del mundo y allí estaba mirándole a él, como si no hubiera nadie más. Nunca antes había sentido algo así.

Se dirigió hacia su sitio junto a la ventana y se dispuso a escribir en su cuaderno, en el que, rompiendo lo que solía hacer, registró lo sucedido con pelos y señales. Por su parte, Alice se quedó mirándole con una infinita gratitud. Era consciente de lo difícil que debía ser para él hacer algo como aquello, superando todo los miedos que alguien como él padecía ante el contacto humano y las situaciones sociales. Y lo había hecho por ella.

Debido a lo ocurrido, el tiempo había pasado sin que él se percatara. Se sentía agitado y nervioso, el pulso acelerado y el corazón desbocado. No podía pensar con claridad por lo cual, cuando quiso darse cuenta, se había pasado por mucho su hora habitual de abandonar el local.

Salió de allí a todo correr, dirigiendo una última mirada y un fútil adiós a Alice antes de irse. No imaginaba que sería la última vez. En lo único que podía pensar en aquel instante es que toda su rutina del día se había ido al traste. Ahora tendría que enfrentarse a la gente de su trabajo, a sus miradas escrutadoras, pues no le cabía duda de que clavarían sus ojos en él por llegar tan tarde, aunque fuera la primera vez que lo hacía desde que trabajaba allí. Además, tendría que dar una explicación a sus jefes. Una tortura tras otra para él.

¿Qué iba a decir? ¿Cómo iba a explicar lo sucedido? Nadie le creería. Sería mejor usar la típica excusa de que no había sonado el despertador y se había quedado dormido. Algo rápido que no requiriera demasiadas aclaraciones. No solía mentir, no le gustaba hacerlo porque iba en contra de sus códigos. Pero ahora se veía abocado a ello. Sería lo más breve y lo mejor. Además, por lo que había visto a menudo en la oficina, era lo más habitual.

No obstante, cuando llegó al trabajo, ninguna de las terribles situaciones que había previsto se produjeron. Todo ese sufrimiento anticipado fue inútil y no se vio correspondido por momentos incómodos o conductas molestas. Nadie le prestó atención. Todos estaban demasiado ocupados con sus cosas y sus jefes no se molestaron en recriminarle que había llegado tarde. ¿Por qué iban a hacerlo? Era un trabajador modélico, aunque tuviera ese carácter tan excepcional.

Cuando terminó su jornada, pensó en pasarse otra vez por el café de la esquina. Se decía a sí mismo que era sólo para comprobar que Alice estaba bien, pero en su fuero interno una voz le decía que había algo más. Se habían despertado unos sentimientos que estaban ahí desde casi la primera vez que la vio, pero que se había empeñado en esconder para evitar el sufrimiento que el desengaño amoroso acarrea. Esos sentimientos ya no se dejaban someter y se negaban a volver a ocultarse en la guarida de su subconsciente.

Así que modificó su trayecto habitual a la salida del trabajo. Miró por la ventana del local, pero ella ya no estaba allí. Su turno había terminado apenas una hora antes de que Jeffrey pasara por allí. Nada más terminar su jornada, Alice se había dirigido al piso que había compartido hasta el día anterior con Tom para recoger las cosas que se había dejado en él, después de su precipitada huida de la casa el día anterior. Era una hora poco habitual para encontrar a Tom allí y decidió que lo mejor sería aprovecharla. Aún así, a pesar de estar casi segura de que no le vería, estaba tremendamente asustada.

Subió rápido las escaleras que la dirigían a la segunda planta del edificio en el que había residido los últimos meses. Se encaminó hacia la puerta que se encontraba al final del pasillo y abrió con sumo sigilo. Sus sentidos estaban despiertos, alertas a cualquier indicio que le dijera que la casa estaba ocupada en aquel preciso momento. No quería pensar lo que haría Tom si la viera allí, después de haberle plantado cara y haberle dejado tan claro que le dejaba, sin darle la más mínima opción a exponer su opinión.

Notaba los latidos de su corazón acelerados y casi podía oírlos golpetear su pecho con apremio. Notaba su presión en las orejas, como si una fuerza interior se extendiera recordando el peligro. El temblor de sus piernas la impedía avanzar con seguridad y sus manos tiritaban como si estuviera helada de frío.

“Me iré rápido. Sólo necesito unos minutos para recoger mis cosas. Después, todo habrá terminado. No quiero volver a saber nada de él. Tenía que haberlo hecho antes. No sé cómo lo hago pero, al final, siempre me engancho a relaciones tóxicas y venenosas. Estoy harta. Tengo que darle un giro a mi vida, no puedo seguir así. Menuda mierda es todo. A veces pienso que no merece la pena vivir” —pensó, mientras recogía todo lo posible a un ritmo acelerado.

“¿Qué ha sido eso? Creo que alguien ha abierto la puerta. ¡Dios mío!

No puede ser él. Nunca viene por casa tan pronto. Espera. Se oye otra voz. ¿Con quién estará? Espero que no sea ninguno de sus amigos chungos porque, si es así, estoy perdida. Será mejor que me esconda en un armario por si acaso o debajo de la cama. Piensa, Alice, ¿dónde es menos probable que mire? Vale, debajo de la cama. Ahí no hay nada que pueda necesitar. Se acercan. No, por favor, no puede ser. ¿Qué hago aquí? ¿Cómo he llegado a esta situación? Tiene que haber alguna salida. Si hubiera recogido mis cosas ayer, después de que me pegara una vez más, no estaría en esta situación ahora. O quizás no debería haber vuelto a buscarlas, así de simple. En realidad, no tengo nada de valor de lo que no pueda prescindir”.

Mientras estaba debajo de la cama, Alice procuraba contener la respiración, puesto que temía que el más mínimo sonido fuera de lugar pudiera ser detectado por Tom. Sentía como se aceleraba su corazón, oprimiéndole el pecho con un terror casi patológico. La tensión hacía que le entrasen ganas de gritar, a pesar de que sabía que eso era lo último que podía hacer. Su cuerpo permanecía rígido, incapaz de relajarse lo más mínimo. Sus sentidos alerta, intentando captar todo lo que sucedía en la habitación de al lado. El tiempo parecía no avanzar ni un segundo y tenía la sensación de que la situación se alargaba de forma interminable.

“Ya está. Definitivamente, estoy en un buen lío. ¡Maldita sea! Mi única esperanza es que no se hayan percatado de que estoy aquí. Más me vale no hacer el menor ruido. Siempre he procurado mantenerme a salvo, más o menos, como mínimo. Es verdad que no he frecuentado las mejores compañías, pero nada como esto. Yo no quería haber oído nada de lo que acaban de decir. Ni siquiera tenía que estar aquí en este momento. ¿Se puede tener tan mala suerte? Espero que no se den cuenta de mi presencia. Si salgo de ésta, debo arreglármelas para empezar a hacer las cosas bien. Tendré que irme a otro lugar. Pero, ¿cómo lo haré? No tengo dinero. Da igual, ya lo

pensaré más adelante. Tal vez a un pueblo pequeño de Escocia. Esto no puede volver a sucederme. Va siendo hora de aprender, ¿no?”.

Mientras procuraba mantener esa calma tensa pero silenciosa, escuchó la conversación completa entre Tom y su colega. Algo que no debería haber oído, algo que hubiera preferido no saber, algo que la ponía aún más en peligro. Alice se sentía al borde de un ataque de histeria. Sus pensamientos iban a mil por hora.

“¿Habré entendido bien lo que han dicho? Se han cargado a alguien. ¡Joder! Esto es algo muy gordo. No, no puede ser. Tal vez lo he entendido mal. ¡Claro que no! Lo han dicho muy claro y han dicho donde está el cadáver. ¿Por qué han tenido que hablar de ello precisamente en este instante? Más me vale no hacer ni el menor ruido hasta que se vayan, da igual el tiempo que pase”.

“Soy una estúpida. Sabía que no era trigo limpio, pero siempre me han atraído los tipos peligrosos. Pero, aún así... Esto es demasiado, incluso para él. Nunca pensé que podría llegar a hacer algo así. No sé qué hacer. Tengo miedo. Estoy desesperada. Tal vez puedo ir a dormir a casa de Cindy esta noche. No. No puedo acudir a nadie. Además, es demasiado buena conmigo y, si le cuento algo de esto, estaría dispuesta a hacer cualquier cosa por ayudarme. No puedo hacerlo, la pondría en peligro y eso sería muy egoísta por mi parte, con todo lo que ella ha hecho por mí. Ya pensaré algo. Lo primero es salir de aquí sin que me vean. Mañana iré a currar. Más tarde pensaré dónde puedo dormir. Y, cuando llegue el encargado a primera hora, le diré que quiero el finiquito. Con lo que me deben, podré pirarme. Aunque no sea mucho, al menos con lo que me paguen podré comprar un billete de tren o de autobús. Ya se me ocurrirá sobre la marcha qué hacer a continuación”.

Casi cuarenta angustiosos y eternos minutos después, Tom y su amigo

abandonaron el piso. No habían dicho adónde se dirigían o, al menos, Alice no lo había oído. Con la musculatura contraída por la tensión, esperó otros diez minutos agazapada, lo suficiente como para que se hubieran alejado, pero no demasiado por si decidían volver. Se armó de valor, cogió las pocas cosas que había recogido hasta que llegaron y bajó corriendo las escaleras de dos en dos hasta el portal. Una vez allí, se asomó con precaución a la calle para cerciorarse de que ésta estaba despejada. Miró a un lado y a otro un par de veces para cerciorarse. Nada. No parecía haber rastro de ellos. Cuando ya estuvo lo suficientemente segura, salió y se dirigió con paso firme hacia la estación de metro más cercana.

Sin embargo, una vez más, la suerte no estaba de su parte. Tom no estaba lejos de allí. Se había quedado hablando con un conocido que habían encontrado al salir justo en la esquina de la calle de enfrente. Según en el ángulo en el que se encontraba, era difícil que ella pudiera verle. Por el contrario, él la había reconocido perfectamente cargada con una bolsa en la que supuso que llevaría gran parte de sus cosas. No hacía falta ser demasiado listo para darse cuenta de que Alice estaba en el piso cuando había subido con su amigo. Por lo tanto, sin duda habría escuchado la comprometedor conversación que unos minutos antes había mantenido en la vivienda que hasta aquel día habían compartido. Tendría que pensar con calma cómo actuar a continuación. La situación era sumamente compleja y las cosas entre ellos se habían puesto demasiado feas como para simplemente pedirle que mantuviera el pico cerrado. Decidió que, por el momento, no se lo diría a su colega. En cualquier caso, no podía dejarlo correr. Había demasiado en juego.

CAPÍTULO 5: Amanece un nuevo día

Un día más el sol parecía haberse olvidado de Londres. Sin embargo, para Jeffrey, ese día parecía más luminoso que los anteriores. Apenas había podido dormir debido a la excitación de los acontecimientos del día anterior. Cuando llegó a casa, le contó a Cyborg con pelos y señales lo sucedido. No sabía muy bien por qué lo había hecho, pues casi desconocía la necesidad del ser humano de compartir las cosas que le suceden. Simplemente se dejó llevar por la excitación y el impulso que, a pesar de las horas transcurridas, parecían seguir vivos en él.

¿Estaría enamorado de Alice? No había parado de pensar en ella desde el día anterior. En realidad, muchos días se había sorprendido pensando en ella en distintos momentos. Todo esto era nuevo para él. Se sentía muy nervioso y alterado. ¿Qué le diría hoy al llegar? ¿Sería un día como otro cualquiera? No, no podía serlo. El día anterior le había abrazado y le había besado. Y lo que era mejor, a él le había gustado. Él, que tanto había desdeñado el contacto físico, había experimentado una sensación nueva y agradable y ansiaba poder repetirla.

Aquel día, llegó incluso un poco antes de lo habitual. Su corazón estaba agitado y temía que ese ritmo acelerado le provocara una mala pasada, pues le recordaba los síntomas previos a una crisis de ansiedad. La niebla era intensa, casi más de lo habitual. Apenas podías divisar lo que estaba a un metro de distancia. Por eso, no vio hasta que ya estaba muy cerca que el café de la esquina aquel día estaba cerrado a cal y canto. No entendía por qué, si Alice siempre era la encargada de abrir. Su mente asustada trataba de buscar una explicación sencilla y razonable, tratando de eludir los pensamientos agoreros que pugnaban por vencer la batalla. Tal vez se hubiera quedado

dormida. Eso sería lo más lógico.

Estuvo esperando cerca de media hora, hasta que apareció el encargado del café. Sus pies y manos estaban helados. No obstante, lo peor no era eso, sino el vacío que sentía en su corazón. ¿Dónde estaba Alice? ¿Se habría ido sin más o, quizás, le había ocurrido algo? Trató de convencerse de que habría una explicación más sencilla y lógica. Aún así, la incertidumbre le azotaba fuerte y una sensación de abandono le recorría desde la cabeza a los pies.

Cuando el encargado abrió, se disculpó ante él porque la cafetería abriese con retraso. Sabía perfectamente que Jeffrey era un cliente habitual, pues lo había encontrado allí cada vez que había ido a primera hora de la mañana. Gestionaba varias cafeterías de la misma cadena y solía pasar por ésta, al menos, un día entre semana. Precisamente, aquel día era cuando le tocaba, lo cual había sido una suerte para Jeffrey, ya que otros clientes de los habituales habían decidido irse a otra cafetería al encontrarla cerrada.

—Siento el retraso. No sé por qué no ha abierto la camarera habitual. Voy a llamarla a su móvil ahora mismo, a ver si puede darme una explicación. Mientras tanto, dígame que le pongo y no se preocupe de pagar la cuenta. Está usted invitado.

Jeffrey se sentía débil incluso para pedir su café habitual. Estaba triste, profundamente triste, casi desolado, aunque también enfadado, no lo podía negar. Era como si le hubiera traicionado, abandonándole a su suerte justo cuando él se había atrevido a dar un paso adelante tan importante. Se sentó junto a la ventana y se dispuso a ver la gente pasar con mayor interés del que podía recordar, procurando sumergirse en un mundo ajeno que le arrancara la desazón que le carcomía las entrañas.

Se encontraba tan absorto que no se dio cuenta de que había entrado una chica en el local la cual, tras dirigirle unas palabras al encargado, se acercó hasta él. Instintivamente y antes de que ella dijera nada, percibió su

mirada escaneándole.

—¿Eres tú Jeffrey? —le preguntó de forma directa y sin rodeos. Él se sentía incapaz de contestarle. Tenía sus ojos clavados en él de forma intimidatoria y él no se sentía con fuerzas para afrontar aquello—. Pero, ¿qué diablos te pasa? ¿Estás sordo? ¿O es que te ha comido la lengua el gato? Es una pregunta muy sencilla, puedes contestar moviendo la cabeza aunque sea, no voy a morderte.

Jeffrey asintió levemente. Se sentía verdaderamente intimidado por aquella joven de marcados rasgos y apariencia un tanto agresiva. Vestía totalmente de negro y se apreciaban tatuajes por las pocas partes visibles de su cuerpo que se atrevían a asomar más allá de la ropa. Tenía un piercing en la nariz y varios en las orejas, además de un pincho en el labio inferior. Además, llevaba el pelo negro rapado por un lado y largo por el otro, con algunos mechones morados. La sombra de ojos oscura hacía que su mirada pareciera más que penetrante, casi felina. La marea de estereotipos y prejuicios sociales tan arraigados se habían puesto en funcionamiento dentro de él, junto con sus miedos patológicos al contacto social con desconocidos.

—Yo soy Cindy y soy amiga de Alice. No me mires así. Sé perfectamente lo que estás pensando. Primero, que no entiendes cómo es posible que Alice, con su aspecto de muñeca de porcelana o de princesa que parece salida de un cuento de hadas, incluso mejor aún, de *Alicia en el país de las maravillas*, pueda ser mi amiga. Y, segundo, que tengo un nombre muy cursi para las pintas que llevo. Ya ves. Es lo que hay. No lo elegí yo aunque, en cierto sentido, me gusta la controversia que genera. Al menos, nunca deja indiferente.

Jeffrey seguía mirándola fijamente a los ojos, no porque se sintiera seguro de sí mismo sino precisamente por lo contrario, porque se había quedado congelado. Es decir, era como si no se atreviera a dejar de mirarla

por si ello pudiera enfadarla y desatar una reacción insospechada.

—Joder, tío. Mira que eres raro. Deja ya de mirarme con esa cara de “pasmao”. Tengo algo que preguntarte y necesito que espabiles y me contestes, si es que puedes, claro. ¿Estás preparado? —dijo con un tono de evidente condescendencia.

No entendía por qué le trataba así. Empezó a notar como se agitaba su respiración y pensó que podía tener una crisis de ansiedad en cualquier momento. La chica se encontraba a muy poca distancia de él, mirándole inquisitivamente e invadiendo claramente su espacio personal, a pesar de que no le conocía absolutamente de nada. Y encima se mostraba agresiva e intimidatoria con él. Le recordó al episodio que tuvo tanto tiempo atrás con Rose Huxley en los baños del instituto y cómo la estuvo rehuyendo hasta que terminó el bachillerato. Evocar ese recuerdo le hizo sentirse un poco mareado.

—¡Eh! ¡Qué te estoy hablando! ¡Espabila de una vez! Te he preguntado que si estás preparado —insistió, chasqueando los dedos delante de su cara.

Jeffrey tragó saliva, una pesada y espesa masa informe que parecía desgarrarle las paredes de la garganta según bajaba por ella. Sólo quería que le dejase en paz. No había hecho nada que justificara que ella estuviera ahí casi acosándole y tratándole como si fuera un idiota que se merece el menosprecio de los demás. Finalmente, con gran esfuerzo, una voz débil y frágil atinó a dejar escapar de su boca algo parecido a un monosílabo.

—Sí.

—Vale. Pues contéstame, ¿has visto a Alice hoy?

—No.

—¿Viste a Alice ayer por la mañana?

—Sí.

—¿La viste fuera de aquí?

—No.

—¡No tengo que hacerte un interrogatorio completo, joder! Si se te ocurre que debes decirme algo importante, tal vez acabemos más rápido y me pierdas de vista antes. De ti depende —le insistió con evidente mal humor. No parecía una persona amigable y, tal vez debido a ello, él no supo a qué atenerse. El ceño fruncido de la chica no anunciaba que la tempestad fuera a aminorar, sino que resultaba amenazante, como si algo en el centro de su frente estuviera a punto de desgarrarse.

La miró a los ojos pero no añadió nada más. No solía fiarse de la gente y menos de una desconocida que había irrumpido en su vida sin avisar mostrándose hostil y haciéndole un interrogatorio. Además, ¿cómo sabía que era amiga de Alice? ¿Cómo podía estar seguro de que siquiera la conocía y tenía algún tipo de relación con ella? Después del episodio del día anterior, no le apetecía mezclarse con gente de la que podía considerarse, según sus estándares, mala calaña. Había tenido bastantes sobresaltos por una temporada. Y sus prejuicios, esos que todos tenemos y que han sido alimentados durante nuestra trayectoria en la vida, corta o larga, eso da igual, le aconsejaban que se mantuviera alejado de ella.

—Está bien. Ya sigo yo —dijo Cindy con desdén y evidente desaire—. ¿Sabes a qué hora se fue de aquí?

—No.

—Te juro que me desesperas. Me estás haciendo perder un tiempo que puede ser muy valioso. No sé que coño veía Alice para que siempre me hablara de ti. Supongo que le recordabas a su hermano autista —le espetó la joven con brusquedad.

—Yo no soy autista.

—Vaya, ahora sí que dices más de dos palabra seguidas, ¿eh? Pues si no eres autista te aseguro que lo que no eres es ni medio normal. Es igual. Es

tu problema, sea cual sea. A lo que iba. ¿Te contó Alice ayer algo importante? ¿Ocurrió algo fuera de lo normal?

Nuevamente las dudas y una voz interior que le decía que no dijera nada. “No sabes quién es, Jeffrey. No la conoces de nada. No te conviene hablar. ¿Y si lo que quiere es hacerla daño? ¿Y si te equivocas, y si te está engañando y, en realidad, es amiga del tío de ayer?”. No obstante, sin saber muy bien los motivos que le llevaron a hablar, empezó a contarle lo sucedido.

—Ayer vino un tipo a primera hora.

—¿Un tipo? ¿Quién? ¿Te acuerdas de cómo se llamaba? —le preguntó, con cierta ansiedad.

—Sí. Alice le llamó Tom varias veces. Parecía bastante agresivo y tuve que ponerme en medio para que la dejara en paz.

—¿Te acuerdas de lo que dijo?

—Está todo apuntado en mi libreta.

—¿En tu libreta?

Entonces Jeffrey, con movimientos pausados como era habitual en él, le mostró la libreta que llevaba consigo, en la que había redactado todo con minucioso detalle. Era una libreta desgastada ya por el uso y estaban escritas por completo la práctica totalidad de sus hojas por ambas caras.

Cindy leyó lo que ponía y se quedó boquiabierta. “— ¿Dónde demonios has estado esta noche? —Vete de aquí, Tom. Te dije ayer que se acabó. — Seguro que has estado con tu amiga la lesbiana, ¿a qué sí? Estoy más que harto de esa entrometida. Se va a enterar de lo que es bueno... —Si no te vas voy a llamar a la policía. —Déjala en paz. —¿Quién cojones eres tú, “pasmao”? —Vete y déjala en paz de una vez. —¿Qué dices, mierdecilla? No intentes decirme lo que tengo que hacer. Y ahora quítate de mi camino si no quieres que te parta la cara. Alice y yo tenemos una conversación pendiente. —No le hagas nada, Tom. —Haré lo que me dé la gana. ¿Qué pasa, nena?

¿Te fuiste ayer de casa por este imbécil? —No, me fui porque estoy harta de que me utilices de saco de boxeo cuando las cosas no te salen como esperas. Lárgate o llamaré a lo policía. —No me hagas reír. No vas a llamar a nadie y ahora mismo te vas a venir conmigo. —Te he dicho que no. Lárgate. —Ya la has oído. —Te voy a partir la cara, mequetrefe. —Te he avisado, Tom. Seguro que vas a tener muchas cosas que contarles.— Eres una zorra. Pero esto no se ha acabado aquí. Me voy. Ya te encontraré. Seguro que estás durmiendo en casa de tu amiga la rara. A ver si cuando te vea a solas eres tan valiente. Y tú, payaso, que sepas que me he quedado con tu cara y ya nos veremos. Esto no va a quedar así”.

—¿De veras esperas que me crea que apuntaste palabra por palabra lo que dijeron? —le preguntó Cindy sin apenas poder creer lo que veía.

—Sí.

—Joder, tío, eres todavía más raro de lo que me esperaba.

Durante unos segundos, ningunos de los dos dijo nada. Posiblemente cada uno estaba pensando en cosas muy distintas, procesando a su manera lo que estaba pasando. Ella le miraba, interrogándole con los ojos, como si no acabase de entender lo que acababa de ver. Él, por su parte, esquivaba la suya, agachando la cabeza y mostrándose huidizo. Pero, a pesar de ser tan diferentes el uno del otro, a pesar de esa forma de estar en el mundo tan diametralmente opuesta, ambos coincidían en la misma preocupación.

—Ese “hijoputa” le ha hecho algo —señaló Cindy con su típico lenguaje soez—. Ahora ya no me queda ninguna duda. Seguro que la esperó al final del trabajo, la siguió y se cobró la venganza que quería. Pero no se va a librar. Se lo haré pagar. Y tú vas a ayudarme.

Jeffrey la miraba atónito. No sabía qué responder. Le había incluido en su plan sin siquiera preguntarle si él estaba dispuesto o si le parecía buena idea. No le había dado la menor oportunidad de opinar. Había dado por hecho

que la iba a ayudar. A pesar de todo, de lo que le molestaba la situación, de lo incómodo que se sentía junto a esa chica, de lo que odiaba romper sus esquemas de vida, no tenía la menor duda de que haría todo lo necesario para encontrarla.

CAPÍTULO 6: Indicios

Jack Peterson tenía cincuenta años. Se hizo policía en cuanto cumplió los dieciocho años y ya hacía casi quince que era inspector de homicidios. El trabajo no era fácil y le seguía afectando. De hecho, tenía una úlcera en el estómago fruto, según el médico, del estrés y de la aprensión a la que parecía ser adicto. Porque el inspector Peterson no era de esas personas capaz de desconectar del trabajo y, mucho menos, de tomar distancia ante determinados casos. En más de una ocasión, le había afectado poderosamente a su ritmo circadiano, y no sólo porque los turnos de trabajo no respondieran al típico horario de oficina, sino porque, cada vez que podía tomarse un descanso o llegaba a casa para dormir, tenía considerables dificultades para conciliar el sueño.

Era un hombre muy respetado en su departamento, uno de los pesos pesados, porque había resuelto casos difíciles, por lo cual había recibido algunas condecoraciones. Además, era un hombre afable y buen compañero, motivo por el que se había ganado el afecto de sus colegas. No eran pocas las ocasiones en las que otros le pedían asesoramiento en sus casos. De hecho, le habían ofrecido un nuevo puesto como formador de detectives de homicidios. Era un trabajo cómodo, lejos del estrés del trabajo de calle y del horror de los asesinatos en cierta medida. Tendría que viajar por el Reino Unido para visitar distintas academias y demarcaciones, pero las distancias no eran demasiado largas y en raras ocasiones tendría que pernoctar. Sin embargo, finalmente había desechado esa opción por algún motivo que escapaba a su parte meramente racional. Su lado emocional, por el contrario, conocía perfectamente los motivos.

El inspector Peterson era un hombre de férreos valores y un estricto sentido de la justicia. Sentía una pasión irrefrenable por perseguir el crimen, aunque sabía que erradicarlo era una utopía. Además, era un padre de familia

preocupado por el bienestar de sus hijos. Por ello, compaginar su trabajo con la vida familiar había sido siempre un quebradero de cabeza, especialmente cuando tenía casos difíciles que implicaban muchas horas extra. Cada vez que esto sucedía, ello acarreaba discusiones con su mujer, especialmente desde que nació su hijo pequeño, quien requería de una atención y cuidados especiales, así como de estrictas rutinas que como familia procuraban cumplir. A pesar de todo, solía mantener más o menos a raya su horario de trabajo en la mayor parte de los casos, por lo que su vida familiar pasaba por una fase bastante tranquila que muy pronto iba a verse alterada.

El índice de criminalidad en la ciudad había crecido en los últimos años y eso traía de cabeza a todo el departamento. Un buen porcentaje de los delitos pertenecía a muchos casos de violencia de género que terminaban en asesinato y esa situación preocupaba mucho a la sociedad londinense, a pesar de que para el departamento de homicidios no era lo peor. Por lo general, eran casos bastante fáciles de resolver, puesto que los asesinos solían actuar de forma pasional e impulsiva, con lo cual, dejaban un buen número de pistas. Pese a lo impactante que resultaban esos asesinatos por su familiaridad y por resultar tan macabros en algunas ocasiones, a Peterson y a sus compañeros les preocupaban más otro tipo de infracciones que estaban incrementándose en los últimos tiempos y en los que no resultaba ni mucho menos tan fácil detener a los culpables.

Cuando hablaban con otros colegas de distintos distritos o, incluso, de otros países, se habían dado cuenta de que los problemas eran más o menos iguales en todo el territorio. Un resurgimiento de los extremismos que parecían inconcebibles con los tiempos que corren, un incremento en el consumo de estupefacientes, abusos a menores, un crecimiento preocupante de las conductas machistas, así como los nuevos delitos que se cometían a través de la red, para los que la justicia parecía ir siempre un paso por detrás.

Aquella mañana de noviembre, no había salido aún de casa cuando le llamaron de la comisaría para que se acercara a la escena de un posible crimen. Al parecer, un joven que había salido a correr como cada mañana, había visto flotando un cuerpo en el río cerca del famoso Puente de Londres. El hombre decía que le había costado distinguirlo debido a que la niebla era muy espesa pero que, al ver algo raro flotando en el Támesis, se había aproximado para ver lo que era. El susto que se había llevado había sido tan espantoso que había estado a punto de caer al agua él mismo.

—Nancy, querida, tengo que irme —dijo en voz alta desde la planta de abajo apurando el último sorbo de la taza de café—. Me han llamado de la oficina y tengo que acudir a un escenario. Volveré a la hora de siempre.

—De acuerdo, cariño. Espero que tengas un buen día.

—Igualmente. Te quiero.

Poco importaron las buenas intenciones y los buenos deseos. Definitivamente, a pesar de que ninguno de los dos aún pudiera saberlo, no iba a ser un buen día ni tampoco llegaría a casa a la hora de siempre, tal y como él esperaba. Por el contrario, se encontraría trabajando más horas de las que echaba habitualmente en los últimos tiempos, bastante más de las que habían sido necesarias en los últimos delitos que había investigado, pues este caso en particular iba a captar toda su atención.

Cuando llegó al escenario, aún estaban con las labores de rescate del cuerpo, lo cual no era de extrañar, pues había sido uno de los primeros en recibir el aviso. El joven que había llamado a la policía estaba conmocionado y temblaba, debido probablemente a que el sudor de la carrera mañanera ya se le había quedado frío. Algunos agentes le habían facilitado una manta térmica, la cual no parecía hacer mucho efecto en su gélido cuerpo. Un montón de curiosos se arremolinaban en las inmediaciones del puente para intentar averiguar qué había pasado. Era una zona transitada, así que era casi

inevitable que se congregara un considerable número de personas alrededor.

Poco después llegó su compañero, el joven inspector Henry McCallum, un escocés de carácter amigable que había llegado a Londres poco después de cumplir los veinte años y que trabajaba sin descanso. Llevaban un par de años trabajando juntos y, a pesar de la considerable diferencia de edad, próxima a los veinte años, se llevaban muy bien. En algunos momentos, Jack se sentía un poco como si fuera un padre postizo para él, pues se descubría dándole consejos que fácilmente le hubiera dado a un hijo.

—¿Qué pasa, Jack? ¿Qué tenemos por aquí? —preguntó desenfadadamente al acercarse a su compañero.

—Aún no te puedo decir gran cosa. Acaban de sacar el cuerpo del agua. Cuando le eche un vistazo el forense, tendremos más información.

—¿Alguien ha visto algo?

—He hablado con el testigo principal, es decir, con el que llamó por teléfono a emergencias —dijo señalando a un hombre de unos treinta años que vestía ropa de running—, pero dice que había mucha niebla y no parecía que hubiera mucha gente por la calle a esa hora. No ha visto a nadie por los alrededores. Estamos preguntando en los locales cercanos, por si alguien hubiera visto algo sospechoso o hubieran oído algo que les hubiera llamado la atención, pero aún no tenemos nada.

—¿Quién sabe? Tal vez sea un suicidio, lo que no me extrañaría en absoluto. Se acerca la época de la Navidad y el número de suicidios aumenta. Ya sabes como es esto. Es una pena, pero sucede.

—Bueno, aún queda algo más de un mes.

—Sí, lo sé, pero los psicólogos y los psiquiatras dicen que el otoño, al igual que la primavera, son épocas en las que hay un repunte de estos casos. Es un dato a tener en cuenta.

—No adelantemos acontecimientos. Esperemos a ver lo que dicen las

pruebas. Espero que, al menos, el cuerpo no lleve sumergido demasiado tiempo para que el grado de descomposición no sea avanzado.

Unos minutos después, el forense ya había podido determinar que el cuerpo pertenecía a una joven de entre veinte y treinta años. La hija mayor de Peterson tenía veintiuno y estaba en la universidad. Sintió un inevitable malestar al oírlo, pues se le ponían los pelos de punta sólo de pensar que a ella pudiera pasarle algo así. Además, como a cualquier padre, le gustaría poder proteger a sus hijos de cualquier sufrimiento, a pesar de que sabía que éste forma parte de la vida y es, además, una parte necesaria para madurar y crecer como personas. No obstante, cuando son las emociones las que gobiernan, poco importan los argumentos racionales.

Su hijo, por su parte, había llegado casi sin esperarlo mucho tiempo después y tenía doce años en aquel momento. En su caso, el ansia de protección era aún mayor, pues era un niño que sufría un Trastorno Generalizado del Desarrollo, lo que le hacía, a priori, más indefenso ante el mundo. Resultaba muy difícil proporcionarle herramientas y estrategias que le ayudaran a ser autónomo e independiente y que, adicionalmente, le valieran para poder defenderse de aquello o aquellos que pudieran hacerle daño en un momento dado. Katia, por el contrario, era una chica valerosa y muy fuerte, que parecía no arredrarse ante nada, lo que también le preocupaba como padre, ya que no parecía ver los límites y, menos aún, los peligros. Gozaba de una sobre confianza en sus posibilidades que mantenía a sus padres en vilo.

En lo concerniente a su trabajo, el inspector Peterson era consciente de que, desde que tenía hijos, era incluso más sensible a los casos que implicaban niños o jóvenes de corta edad. A pesar de todos los años que llevaba en este trabajo, le seguían quitando el sueño. Sabía que no le quedaba demasiado para la jubilación, unos pocos años más. Aún así, no veía el

momento de que esto llegara. No es que no le gustara su trabajo. Sabía que era para lo que había nacido y se le daba muy bien. Tenía un buen olfato y era un policía juicioso. Sin embargo, tantos años de servicio habían hecho mella en él.

CAPÍTULO 7: Agitación

Por segundo día consecutivo, Jeffrey llegó tarde al trabajo. No obstante, aquel día no le preocupaba lo que pudieran decirle los demás al verle llegar. Tenía otras cosas más importantes en qué pensar.

Antes de salir corriendo de la cafetería para intentar amortizar el máximo número de minutos en su trayecto al trabajo, le dio su número de teléfono a Cindy, la extraña joven que le había abordado y que le había convencido de que era amiga de Alice. No le solía facilitar su número de móvil a casi nadie, así que había hecho una excepción debido a las circunstancias extraordinarias que se habían producido. Se mantendrían en contacto, eso es lo que habían acordado. La chica no le gustaba lo más mínimo. Le parecía la típica abusona que está acostumbrada a que los demás hagan lo que ordena y, si no lo hacen, ella se encarga de que lo pasen mal. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer? Si le había ocurrido algo a Alice, era en la única que probablemente podía confiar para intentar encontrarla.

Habían acordado que le iría a buscar al salir de trabajar y se acercarán juntos al piso de Tom. Tal vez no era una buena idea, pero ninguno de los dos tenía un plan mejor por el momento. Esperarían a verle aparecer y tratarían de averiguar si Alice estaba allí con él. Cómo iban a hacerlo es algo en lo que todavía no habían pensado. En cualquier caso, tendrían que estar atentos al más mínimo indicio. Mientras llegaba la hora, ella intentaría buscar información y pasarse por los lugares que Alice quizás pudiera haber visitado.

Las horas en el trabajo se le hicieron eternas. Su preocupación no paraba de crecer. Su atención era lábil y notaba que no podía concentrarse en lo que hacía, porque su mente divagaba sobre posibles supuestos que podían

haber acontecido. Recordaba las visibles marcas que Alice tenía en la cara el día anterior y se estremecía de terror pensando lo que podía haberle pasado. Tal vez debería haber hecho algo más, en lugar de continuar con su rutinaria vida de todos los días. El día anterior ni siquiera se le había pasado aquella idea por la cabeza. Se sintió estúpido rememorando aquella sensación de valentía que había experimentado, como si realmente hubiera hecho algo glorioso, a pesar de que una vez que el novio de Alice abandonó la cafetería, él se había limitado a sentarse en su mesa para intentar continuar con su día a día. Tal vez podía haberle ofrecido su piso para que se quedase unos días o dinero para que pudiera escapar. Quizás ya fuera demasiado tarde para enmendar aquel error. Y, quizás también, se estaba exigiendo demasiado, teniendo en cuenta sus circunstancias, lo cual no calmaba su malestar.

Cuando estaba revisando los protocolos de seguridad del ordenador de uno de los gestores ejecutivos, oyó unos comentarios que venían del fondo de la sala. Estaban hablando de que habían encontrado a una chica posiblemente ahogada en el Támesis, a la altura de la Torre de Londres. Era un suceso horrible. Al parecer, no habían identificado el cuerpo y se desconocían aún las causas de la muerte, pero se presuponía que era una joven de entre veinte y treinta años. Jeffrey se sobresaltó al oírlo. Notó como su cuerpo temblaba de pies a cabeza, como robándole la energía y dejándole débil y sin fuerzas. ¿Y si aquella chica era Alice? No, no podía ser. Tenía que alejar esa funesta idea de su mente.

—Oye, ¿pero qué haces? ¿Es que estás mal de la cabeza o qué te pasa? ¿Puedes hacer el favor de centrarte un poco, por favor? Mira cómo has puesto todo.

Jeffrey no se había dado cuenta de que toda su atención se había desviado hacia aquellos comentarios de lo que parecía la noticia del día, hasta el punto de que había tirado la taza de café que aquel ejecutivo tenía sobre la

mesa. Por suerte, no había caído ni sobre el teclado ni sobre el ordenador, aunque había manchado un buen número de documentos.

—Lo siento —atisbó a decir con un evidente temblor en su voz.

Trató de recuperar la concentración, aunque ésta le era esquiva. No tenía ni el menor indicio de que fuera Alice la chica de la que hablaban pero, aún así, no se lo podía quitar de la cabeza. Sentía unas ganas terribles de llorar y gritar al mismo tiempo. Necesitaba saber que no era ella.

En cuanto dejó más o menos lista la computadora, sacó su móvil del bolsillo y llamó a Cindy.

—¿Qué pasa? —dijo la chica, sin siquiera decir un hola. Siempre sonaba ruda, como molesta con el resto de la humanidad.

—¿Has visto las noticias? —le preguntó Jeffrey.

—¿Las noticias? ¿Pero qué te piensas, que estoy viendo tranquilamente la televisión? De verdad que no te entiendo. Estoy intentando hacer algo útil, por si no lo sabías.

—Han encontrado el cuerpo de una chica en el río.

—¿Qué? ¿Y han dicho quién es? —preguntó sobresaltada.

—No. Aún no han identificado el cadáver.

Hubo unos segundos de incómodo silencio en los que parecía que ninguno de los dos iba a volver a hablar. Finalmente, Cindy fue quien tomó las riendas de la conversación. Jeffrey estaba paralizado por el miedo.

—Vale, vale. Tranquilicémonos. No tiene por qué ser ella. Nos estamos poniendo paranoicos. Puede ser una simple casualidad. En Londres pasan muchas cosas a diario, así que no sé por qué tenemos que rayarnos la cabeza antes de tiempo. De todos modos, ya estás saliendo del trabajo con cualquier excusa. No podemos perder tiempo.

—¡No puedo salir del trabajo sin más! ¡Me despedirían!

—Pues finge que estás enfermo. No puedes soltarme una bomba como

ésta y luego decirme que no puedes salir del trabajo.

—No puedo hacer eso. Yo no miento. Nunca he puesto una excusa. No sé hacerlo. Seguro que me lo notan —reveló con un tono de voz que confirmaba lo que estaba diciendo.

—Un tío tan raro como tú seguro que se pone nervioso y está al borde de una crisis nerviosa simplemente con pensar en escaquearse del trabajo, así que tranquilo que no vas a tener que disimular. Seguro que piensan que estás enfermo de verdad. Yo estoy vigilando el piso de Tom, a ver si ese cretino sale en algún momento y puedo colarme a echar un vistazo.

—Habíamos quedado en que iríamos cuando yo saliera del trabajo.

—Muy bien, ¿y esperas que me disculpe? Pues no lo voy a hacer. No puedo estar esperando a que tú estés disponible. Mueve ese culo blanco y ven cuanto antes, porque ya no puede tardar demasiado en irse. Aunque como es un vago de mierda seguro que se pasa el puto día en el sofá, el maldito desgraciado. En cuanto salga, aunque sea sólo a por tabaco, entramos.

—¡Pero eso es ilegal! —dijo alarmado entre susurros, puesto que intentaba no alzar la voz para no llamar la atención.

—¿No me digas, lumbreras? Joder, eres más lerdo aún de lo que pareces. Te mando la dirección por un mensaje y espero a que llegues. Te doy unos minutos. Aunque parezca poco probable, igual me sirves de ayuda. Date prisa y no me hagas perder más tiempo. Cuelgo.

Y colgó. Dejó a Jeffrey con un montón de interrogantes y de preguntas que no tuvo oportunidad de hacer, así como un montón de palabras que no pudo pronunciar. Le dejó, además, hecho un saco de nervios, temblando de pies a cabeza. Creía que estaba a punto de marearse y perder el conocimiento. Sólo con pensar en salir del trabajo antes de tiempo y tener que ir a explicar una mentira, se agitó el ritmo de su respiración. Sentía su frente perlada de sudor.

—¿Estás bien, tío? —le preguntó George, el responsable de los técnicos de seguridad cuando pasó a su lado y le vio. —Jo, macho, espero que no te moleste que te lo diga, pero tienes muy mal aspecto. ¿Necesitas ayuda?

Jeffrey sentía su corazón desbocado y sus ojos a punto de salirse de sus órbitas. Ni siquiera había tenido que abrir la boca. Sólo pensar en mentir ya le había puesto de los nervios. Cindy tenía razón. Sólo le conocía de unos minutos en la cafetería y ya parecía saberlo todo de él. Pero, entonces, ¿cómo iba a servirle de ayuda si se echaba a temblar por algo sin importancia como pensar simplemente en simular que estaba enfermo para salir antes del trabajo? Pensó que era un completo inútil que sólo serviría de estorbo. Todas sus inseguridades, pasadas y presentes, parecieron aflorar para robarle la ya de por sí escasa confianza en sí mismo. Aún así, debía intentarlo. Si no hacía un mínimo esfuerzo, nunca se lo perdonaría.

—No me encuentro bien. Creo que necesito ir al médico —declaró con voz temblorosa.

—Claro, hombre. No te preocupes. Y será mejor que te quedes en casa hasta que te encuentres mejor. Si quieres te llevo a algún sitio. Tal vez puedo acercarte al médico o donde tú me digas.

—No, no hace falta.

—¿Estás seguro? Porque cualquiera diría que estás a punto de desmayarte.

—Sí, seguro.

—Vale. Como quieras. Recupérate, tío.

—Gracias.

Y salió de la oficina, incapaz de controlar su agitación interior.

CAPÍTULO 8: Temeridades necesarias

Unos minutos después, abandonaba el edificio y se dirigía a Hackney, el barrio en el que vivía Tom, siguiendo las indicaciones que le había dado Cindy. Aunque lo detestaba, no tuvo más remedio que coger el transporte público para llegar hasta allí. De lo contrario, habría tardado una eternidad.

El trayecto le pareció insufrible. El autobús iba abarrotado y, si ya de por sí había poco aire dentro, a él le pareció que estaba a punto de agotarse. Cuando por fin bajó en la parada correspondiente, tomó varias bocanadas de aire como si fuera un pez que trata de respirar fuera del agua.

—Llegas tarde —le dijo Cindy en cuanto le vio.

—He venido lo antes que he podido.

—Pues más vale que estés más espabilado desde ahora. Tom ha salido de su piso hace casi diez minutos y no sé cuánto tardará en volver. He estado a punto de entrar sin ti.

—No podemos colarnos en su casa. Es un delito.

—Muy bien, “don remilgos”. ¿Qué propones, entonces? —Le miró durante unos segundos esperando una respuesta que, viendo la expresión de su cara, estaba convencida de que no iba a llegar. —Ya me lo imaginaba. Pues mientras te empeñas en cumplir la ley, yo voy a hacer algo útil por mi amiga. A saber si le ha hecho algo ese malnacido. Al menos, avísame si vuelve. Supongo que recordarás cómo es después de que ayer estuvo a punto de partirte la cara.

Cindy salió con paso decidido sin decir una palabra más. Estaba claro que con ella no había lugar para la discusión cuando se le metía algo en la cabeza. Cuando Jeffrey se percató de que, una vez más, le había dejado con la boca abierta y sin opción a respuesta, se puso en movimiento unos cuantos

pasos por detrás de ella, por lo que tuvo que apresurarse para darle alcance.

Estaba ya casi en el portal de acceso cuando llegó a su altura. Apenas tenía tiempo ni siquiera para pensar en las consecuencias. Subió corriendo las escaleras detrás de ella. Era evidente que había estado anteriormente allí, pues se dirigió directamente al piso sin titubear siquiera. Jeffrey no tenía ni idea de qué podían encontrar allí, ni siquiera sabía qué estaban buscando. Notaba el miedo apoderándose de él y una angustia que no paraba de crecer en su interior. Cuando pararon delante de la puerta, Cindy sacó una ganzúa.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó atónito, con esa capacidad que tenía de sorprenderse casi por cualquier cosa que no estuviera dentro de lo que él consideraba lógico.

—¿A ti que te parece? Desde luego esto no lo uso para limarme las uñas.

—¡Es allanamiento de morada!

—Sí, ya lo sé. Por si no lo recuerdas, no hace ni cinco minutos que me has dicho que era un delito. Por si aún no te has dado cuenta, me importa bien poco. Además, no creo que un yonqui de mierda vaya a denunciarnos. Seguramente no le apetecerá que la pasma venga por aquí para comprobar qué le han robado. Así que, si no vas a decir nada útil, más vale que te calles y me dejes concentrarme.

Un instante después, la puerta estaba abierta. Dentro reinaba el caos. El desorden se extendía hasta el último rincón. ¿Cómo podía haber vivido Alice allí? Era un piso miserable y mugriento, con muebles muy viejos y las paredes descoloridas. No es que Jeffrey viviese en un palacio, pero desde luego su apartamento tenía mucha mejor pinta que aquel cuchitril.

El ambiente estaba bastante cargado, hasta el punto de que parecía haberse colado la niebla en el interior de la vivienda. Era evidente que alguien había estado fumando bastante ahí dentro. De hecho, había varios

cigarros mal apagados en un cenicero.

—Le he visto salir con un colega. Es un tío repugnante que suele ir con él. Aún no entiendo qué hacía Alice mezclada con esta gente —dijo Cindy—. Cada vez que lo pienso siento una rabia que me cuesta controlar, ¿sabes? Supongo que cuando has tenido una vida tan jodida como la suya, cualquier tipo que te hace caso parece una buena opción, aunque parezca increíble.

—¿A qué te refieres? —preguntó Jeffrey.

—Es una larga historia. Luego te la contaré. Ahora vamos a husmear un poco por aquí a ver si encontramos algo de utilidad. No podemos perder tiempo charlando como si estuviéramos en una cafetería.

—¿Qué estamos buscando?

—Joder, no te enteras de nada. Cualquier cosa. Su cartera, su móvil, ropa, alguna nota... También hay que ver si hay ropa ensangrentada, restos de sangre o algo así. Yo que sé, no soy del puto CSI. Es sólo que, si le ha hecho algo, cosa que aún no sabemos, seguro que ha dejado algún rastro el muy estúpido. No es Albert Einstein precisamente, ya sabes como te digo.

Jeffrey no acababa de comprender qué hacían allí. No creía que pudieran encontrar nada útil y, si así fuera, no podrían entregárselo a la policía después de haber entrado ilegalmente en el piso de otro hombre, aunque éste fuera un camello. Ni siquiera estaban buscando nada en concreto. Era un disparate. Además, consideraba que estaban corriendo riesgos innecesarios. En su breve encuentro con Tom en la cafetería el día anterior, desde luego le había parecido de todo menos amigable. Si les encontraba allí, no sabía de lo que sería capaz y él no se veía con fuerzas para enfrentarse a un matón por segundo día consecutivo, especialmente cuando era algo que no había hecho en toda su vida.

Mientras seguía paralizado dándole vueltas a todo aquello, Cindy no paraba de abrir puertas de armarios y cajones buscando frenéticamente alguna

pista. Era una chica con una energía que la hacía parecer incansable. Además, era decidida, aunque no pensaba demasiado en los riesgos que entrañaban las cosas, lo que la hacía parecer bastante impulsiva en la mayoría de las ocasiones.

—¿Piensas quedarte ahí parado todo el rato? Me miras con cara de palurdo. Joder, podías echar un cable.

Así que se unió a la búsqueda. Levantó cojines en el sofá, miró por el suelo debajo de la cama, de la mesa, miró detrás de la televisión e incluso de la nevera.

—¡Maldita sea! —oyó decir a Cindy—. Tenemos que salir de aquí cuanto antes. Acabo de ver al capullo ese por la ventana y no tardará mucho en entrar.

Agarró a Jeffrey del brazo y lo arrastró fuera del piso hasta el estrecho hueco de la escalera. Era un rincón angosto, oculto a simple vista, que les permitía ver si alguien entraba sin ser vistos. Se encontraban el uno muy cerca del otro, lo cual agobiaba sobremanera a Jeffrey. La situación en sí ya era tensa pero, ahora encima, tenía a Cindy a escasos centímetros de su cara, invadiendo clarísimamente su espacio personal. Ella se percató de que él la miraba con los ojos muy abiertos, con visible tensión. Cuando finalmente Tom entró en el piso sin percatarse de su presencia, Cindy puso un brazo para impedirle salir.

—Eres un chico muy guapo, Jeffrey James, ¿lo sabías? Seguro que tenías mucho éxito en el instituto —dijo acercándose a él un poco más y acariciando su boca con sus dedos. —Ahora entiendo que Alice hablara tanto de ti, aunque siempre decía que era porque le recordabas a su hermano, porque él era autista como tú.

—Yo no soy autista —respondió casi en un susurro. Notaba como su corazón latía desbocado y como su respiración cada vez era más agitada.

Puede que a la chica la situación le resultara excitante o divertida, pero para él era un auténtico calvario. Sentía que estaba a punto de sufrir una crisis de ansiedad y no se le ocurría forma humana de escapar.— ¿En serio te interpusiste entre Tom y Alice el otro día en la cafetería? Vaya, Jeffrey James, me sorprendes con tu valentía.

Jeffrey no sabía cómo responder a eso. ¿Era acaso un cumplido o era sarcasmo? Nunca se le había dado bien adivinar las intenciones de la gente. Suponía que, en parte por ello, habían dado por hecho cuando estaba en el colegio que tenía síndrome de Asperger. De pronto se dio cuenta de un detalle que le hizo desconfiar.

—¿Cómo sabes mi segundo nombre? —le preguntó, sin terminar de adivinar sus intenciones.

—Cariño, lo sé todo sobre ti —le respondió, dejándole desconcertado—. De hecho, tu nombre completo es Jeffrey James Williams.

Entonces, tras observar su reacción, la chica se echó a reír.

—De verdad que nunca había conocido a nadie tan ingenuo. Tendrías que haberte visto la cara. No seas tonto, hombre. Lo pone en la portada de tu diario. Lo he visto cuando me lo has dejado leer en la cafetería. Y tranquilo, no sé mucho más sobre ti, sólo lo que me cuenta Alice.

Tenía razón. Jeffrey se sintió estúpido. Le había enseñado lo que había escrito, así que lo había visto a la perfección.

—Entonces, ¿qué te parece si jugamos un poco, ya que estamos aquí, en esta situación tan excitante? —continuó diciéndole Cindy, mientras acercaba sus labios a los suyos.

De pronto se oyó un ruido en la escalera y, aprovechando la distracción, Jeffrey se escabulló lo más rápido que pudo sin percatarse de la sonrisa burlona que se había dibujado en el rostro de la joven. Salió del edificio sin mirar atrás.

CAPÍTULO 9: Huida

—Oye, no corras. Vale, vale, me he pasado. Lo siento. No volverá a ocurrir, ¿de acuerdo? —gritaba Cindy, ya en la calle.

Jeffrey continuaba con su ritmo acelerado intentando huir de aquella situación que le ahogaba. Iba tan rápido y tan agitado, que tropezó en un par de ocasiones y a punto estuvo de perder el equilibrio y dar con sus huesos en el asfalto. Le costaba respirar con normalidad, no sólo por el efecto de la carrera, si no también por la ansiedad. ¿Por qué la gente se empeñaba en hacerle pasar malos ratos? Por eso rehuía el contacto social. Esto reafirmaba su creencia de que no te puedes fiar de nadie. Estaba más que harto de que los demás se sintieran con derecho de divertirse a costa de lo que le sucedía. Tener ansiedad social no es ninguna broma. Si no lo padeces, no tienes ni la menor idea de lo que se sufre. Y a él lo que le resultaba incomprensible es que el resto no pudieran entenderlo.

El aire frío de la calle le sentó bien. Notó como le refrescaba su cara y bajaba la temperatura global de su cuerpo, el cual parecía estar al borde de la combustión espontánea. El mareo que sentía parecía disiparse poco a poco. ¿Cómo se había metido en aquello? No podía ni creerlo. Había hecho un esfuerzo considerable, enfrentándose a cosas que le daban pánico, saliendo de su zona de confort para ir en busca de pistas al piso de un drogadicto potencialmente peligroso. Y así se lo estaba pagando aquella chica que había conocido tan sólo unas horas antes y que le había convencido de que era amiga de Alice y que tenía que ayudarla a buscarla. ¿Y si todo era mentira? ¿Y si sólo estaba divirtiéndose? Algunas personas pueden llegar a ser muy crueles. Y Jeffrey no sabía qué pensar en aquel momento.

Por fin, después de una larga carrera, más larga de lo que su deficiente

condición física le habría permitido en otras circunstancias, Cindy llegó a su altura y le agarró del brazo. Jeffrey se zafó una vez más. No obstante, ella no se iba a rendir con tanta facilidad, así que le sujetó otra vez. El joven ni siquiera hizo el intento de mirarla a la cara. En su cabeza sólo había lugar para un pensamiento, quería alejarse de allí cuanto antes y olvidar que la había conocido. Entonces ella se situó delante de él, impidiéndole el paso.

—Oye, espera. Lo siento, de veras.

—No vuelvas a hacer algo así —dijo con los ojos desorbitados. Aún notaba el pulso acelerado y la respiración agitada. Necesitaba que esa conversación concluyera cuanto antes para volver a su tranquila vida de siempre, si es que aún cabía esa posibilidad que últimamente parecía tan lejana.

—Era una broma. No te lo tomes así.

—¿Una broma? ¿Esto es lo que tú entiendes por una broma? Pues no ha tenido ninguna gracia —aseveró con firmeza.

—¿Pero qué coño te pasa? Venga, ya. Parecía una situación excitante, nada más. Con todos esos nervios y ese miedo a que nos viera, no sé, pensé que podía ser divertido. Y tú estabas tan cerca con esos ojitos azules tan monos que tienes. Podíamos haber echado el polvo de nuestra vida. Seguro que a cualquier tío le hubiera gustado. Dicen que el riesgo intensifica el placer. Y eres un chico guapo, Jeffrey. Pensaba que a lo mejor te apetecía, ya sabes...

—¡Estás loca! ¿Lo sabes? No sé que hago aquí contigo, no sé por qué he accedido a tus descabelladas propuestas. Yo no debería estar aquí.

—Jeffrey, en serio. Lo siento, ¿vale? Me he portado mal, lo entiendo. Supongo que no te gusta que te toquen y esas cosas. Y me he aprovechado. Alice siempre me dice que no sé medir las situaciones y que me extralimito. Supongo que tiene razón. No volverá a pasar, puedes creerme.

No supo qué decir. No le apetecía hablar más. Aquella desconocida se había metido en su vida sin avisar y le estaba trastornando. Y no tenía ningún derecho a hacerlo. No le conocía de nada y le había involucrado en algo en lo que él no había pedido participar. Decidió que lo mejor era callar y seguir adelante. A veces, el silencio es la mejor respuesta posible.

—Pero, ¿dónde vas? —preguntó ella, caminando otra vez a su altura. Notaba que no había recuperado totalmente el resuello, lo cual no era más que un síntoma inequívoco de su falta de deporte.

—Me voy a casa.

—Te he pedido disculpas, ¿no vas a decirme nada?

—Sí, que no quiero volver a verte.

—¿Cómo puedes ser tan rencoroso? Ha sido una broma, ¿vale? Te he dicho que no volverá a pasar.

—Y yo no te creo. Olvídame.

—No puedo. En serio, necesito tu ayuda. Me he comportado como un estúpida pero tienes que ayudarme a encontrar a mi amiga. Tengo miedo de que le haya ocurrido algo terrible.

—No puedo ayudarte. Lo siento.

—Claro que puedes. Puedes hackear el móvil de Tom. Seguro que para alguien que trabaja en ciberseguridad es pan comido.

—Ya he sobrepasado el límite de delitos que pensaba cometer en mi vida gracias a ti. Lo siento, no cuentes conmigo.

—¿No te importa Alice? ¿Te vas a quedar parado sin saber nada cuando es posible que le haya ocurrido algo malo? —preguntó una vez más, plantándose otra vez delante de él y cortándole el paso —Ella siempre responde al teléfono cuando la llamó. Todos los días hablamos, aunque sea un minuto. Y no sé nada de ella desde ayer. No contesta las llamadas, no lee los mensajes. Tengo un mal presentimiento. Tienes que ayudarme, te lo

suplico.

—Lo pensaré. Ahora necesito estar solo y perderte de vista por un rato, a ser posible, una vida entera.

CAPÍTULO 10: Vuelta a una calma relativa

Se fue andando hasta casa, lo cual le llevó más de una hora. Fue un paseo absolutamente reparador. Transitó por calles de la ciudad que estaban casi desiertas y aquella soledad le reconfortó. No podía soportar subirse otra vez al transporte público y sentirse rodeado de desconocidos que le robaban el oxígeno, eso sí que lo tenía claro. Había sido una jornada larga e intensa y, por encima de todo, caótica, algo que detestaba con todas sus fuerzas. Necesitaba reencontrarse con su rutina y la seguridad que ella le daba. Necesitaba aquella maravillosa calma relativa en medio del caos de la gran ciudad.

Llegó a casa tarde. Vio que tenía varios mensajes de Cindy en su móvil, pero no se molestó ni siquiera en leerlos. Tenía que alejarse de ella lo más posible y olvidar que había irrumpido en su vida como un tornado que arrasa con todo sin preguntar. Apenas había comido en todo el día. Se sentía un tanto desfallecido, como si sus piernas estuvieran a punto de fallar, reclamando su descanso y su dosis de la energía que debía ser repuesta. Se dio una ducha rápida, se preparó un sándwich y se conectó, dispuesto a sumergirse en una realidad virtual en la que se sentía cómodo, una realidad a la que le encantaría trasladarse de forma definitiva, ya que cada vez la entendía más como su hábitat natural.

—¿Dónde has estado, compañero marciano? Tú que eres de rutinas tan estrictas conectándote a esa hora tan inusual. Es realmente inquietante.

Ahí estaba como casi siempre. Era lo más parecido a la lealtad que Jeffrey conocía. Hacía mucho que Cyborg no le llamaba así y le hizo gracia, pues solía ser Jeffrey quien usaba el término “marciano” para hablar con su colega. Echaba de menos a su amigo virtual que parecía comprenderle tan

bien, aunque tal vez sólo fueran imaginaciones suyas, sencillamente una percepción distorsionada pero necesaria del concepto de amistad por los beneficios que le proporcionaba al cubrir las carencias de su día a día.

—Corriendo una aventura —le respondió.

—¿Tú? No te creo. Venga ya, eres un tío de rutinas. No intentes convencerme de que has estado por ahí en plan Indiana Jones. Ya hace tiempo que nos conocemos. Si te sales de lo establecido, te cuelgas como un Windows.

—Pues créetelo.

—Si intentas impresionarme, te aseguro que lo has conseguido.

—No te mentiría en algo así. Llevo dos días de locos. Estoy a punto de “petar”. Si no te importa, preferiría hablar de otra cosa. O mejor aún, jugar hasta perder el sentido y así no tendré que pensar en lo que no quiero.

—Tú mandas. Comencemos.

Mientras hablaban, se le pasó por la cabeza que tal vez él no pudiera hackear el móvil o el ordenador de Tom, si es que tenía, pero conocía a alguien que no tendría ningún problema en hacerlo: Cyborg. Sabía o, mejor dicho, intuía que se movía por algunas de las capas oscuras de la red, aunque no lo sabía con certeza, ya que nunca se lo había dicho abiertamente.

En cualquier caso, tendría que madurar un poco más la idea y esperar a ver cómo avanzaban las cosas. No convenía precipitarse. Las prisas no suelen conducir a nada bueno. De hecho, la falta de reflexión era lo que había provocado el desastre de aquel día. Definitivamente no iba a volver a caer en el mismo error. Tal vez, Alice apareciera al día siguiente en la cafetería y todo volviera a la normalidad. El principio de la navaja de Ockham dice algo así como que, en igualdad de condiciones, la explicación más sencilla suele ser la más probable. Igual que las cosas se habían puesto patas arriba de la noche a la mañana, también podían volver a su ser a la misma velocidad.

Tenía que haber una explicación simple para aquella locura.

Si no era así, entonces maduraría la forma de pedir la colaboración de su amigo virtual. Intuía o, más bien sabía, que era un maestro manejándose en capas de la red que pocos conocían y, aunque no lo hubiera reconocido nunca abiertamente, tenía cada vez más claro que era un hacker, lo cual no dejaba de ser una ironía, teniendo en cuenta que Jeffrey trabajaba como técnico de ciberseguridad. ¿Acaso no dicen que los polos opuestos se atraen? Tal vez fuera eso.

En ese momento se dio cuenta de lo poco que sabía de Cyborg, el cual, todo sea dicho de paso, no tenía un nick nada original. Algún día también le tenía que preguntar acerca de eso, por cierto. Tal vez era que simplemente no quería llamar la atención y pasar desapercibido, con lo cual un nombre tan simple como Cyborg cumplía a la perfección con ese objetivo.

No era el momento de pensar en eso. Había otras cosas más importantes. ¿Qué ocurriría si no quería ayudarlo? Era un tema delicado. Jeffrey nunca había hackeado a nadie. No es que no fuera capaz, pues tenía elevados conocimientos, como resulta obvio por su perfil profesional. Para empezar, simple y llanamente, eso iba en contra de sus principios morales, los cuales le parecían insoslayables, muy a pesar de lo que había hecho aquella misma tarde. Por otro lado, era inexperto y, aunque resultaba evidente que Tom no era ningún lumbreras, no podía arriesgarse a meter la pata y que le pillase o, como mínimo, se diera cuenta de que alguien estaba intentando acceder a sus dispositivos.

Había demasiadas cosas en qué pensar, pero estaba cansado y su mente le pedía desconexión de la realidad. Necesitaba navegar por aguas conocidas que le hicieran sentirse cómodo y que le proporcionaran esa sensación de pertenencia que todos necesitamos. Se zambulló en el juego en red hasta que el Jeffrey real casi desapareció.

CAPÍTULO 11: Averiguaciones

Jueves. El inspector Peterson esperaba nervioso desde el día anterior los resultados de la autopsia. La jornada se había alargado más de lo previsto siguiendo las líneas de investigación habituales. Las conversaciones con los potenciales testigos, que eran muchos, no habían llevado a ningún sitio. Por el puente de Londres pasan infinidad de vehículos y viandantes durante el día, aunque por la noche solía estar casi desierto en todos los sentidos, ya que no se veía ni un alma por allí, por lo que resultaba complejo encontrar a alguien que hubiera visto algo mínimamente sospechoso. Además, estaba la posibilidad, por remota que fuera, de que la chica hubiera sido arrojada en otro sitio y la corriente la hubiera arrastrado hasta allí. El río llevaba una buena crecida ese año, así que no era algo tan disparatado. Y, finalmente, estaba la opción del suicidio, algo que todavía no podían descartar hasta que el médico forense le dijese algo.

De hecho, los casos de suicidio habían ido incrementándose de manera espectacular en los últimos años. Era algo sobrecogedor y, en muchas ocasiones, había hablado del tema con su mujer. Había leído mucho sobre ello, pues le costaba creer que la gente pudiera ser tan infeliz para llegar hasta el extremo de renunciar a todo. En algunos estudios hablaban de que, entre algunas de las causas apuntadas, están el elevado nivel de estrés al que la mayor parte de la población se ve sometida, la escasa conciliación de la vida familiar y laboral, el incremento de familias desestructuradas y con relaciones altamente disfuncionales, así como una sociedad predominantemente tecnológica y egocéntrica que ha olvidado los valores del grupo a favor de una individualidad aplastante.

Al margen de las preocupaciones típicas del caso, estaba el tema de la

niebla, la cuál había sido densa e intensa desde horas muy tempranas de la madrugada. De hecho, hacía ya varios días que esa maldita niebla no levantaba y eso le ponía de mal humor. Era británico, nacido en Londres, de hecho. Sin embargo, nunca había llegado a acostumbrarse al terrible clima de su país natal. En ocasiones soñaba con una jubilación en una soleada playa española, tal y como sabía que hacían muchos compatriotas suyos. No obstante, cuando pensaba en ello, lo veía lejano, por una parte, y ciertamente improbable, por otra, puesto que estaba el asunto de su hijo y los tratamientos que seguía. No tenía muy claro si le resultaría sencillo adaptarse a un ambiente tan diferente o si le sería siquiera beneficioso.

Pero ahora no era el momento de pensar en eso. Tenían un cadáver de una joven cuya edad estaba probablemente entre los veinte y los treinta años y no sabrían mucho más hasta que el doctor Anderson terminara la autopsia, ya que la joven no llevaba encima ningún documento identificativo.

Mientras esperaba imbuido en sus pensamientos, miraba a Henry por el cristal de su despacho. Siempre parecía bastante despreocupado. Jack Peterson envidiaba eso, aunque sabía que en realidad era una máscara porque Henry era un policía avezado que lo daba todo en su búsqueda de la verdad. Sin lugar a dudas, le gustaba su trabajo y era bueno en lo que hacía, a pesar de su juventud. Por su parte, Jack se preocupaba demasiado. Era consciente de que ciertos casos le absorbían la energía. Éste podía ser uno, considerando la edad de la chica tan próxima a la de su propia hija. No atinaba a imaginarse el dolor que podría sentir cualquier padre cuando respondiera a la fatídica llamada. Tal vez por ello, se convenció de que sería mejor ir en persona a visitarle. Nadie se merecía enterarse por teléfono de que su hija había muerto a una edad tan temprana y de forma inesperada.

Una vez que obtuvieron los datos de identificación gracias a las huellas de la víctima, indagó en los expedientes para intentar localizar a sus

familiares, pues imaginaba que estarían desesperados buscándola, aunque no habían tenido ningún aviso de desaparición en las últimas veinticuatro horas. Tal vez aún no habían tenido tiempo de echarla de menos. Podía haber mil razones para ello: quizás la chica estaba de vacaciones en Londres, o quizás la familia residiera en otra parte del país y no estuvieran en contacto a diario o quién sabe que multitud de motivos habría.

Le desagradó averiguar que la joven había sido separada de su padre a una temprana edad. Leyó el expediente en el que figuraba la historia de la chica y de su hermano menor y cómo éste había fallecido por la negligencia del padre después de que su mujer le abandonase. Sintió una rabia inexplicable. ¿Cómo era alguien capaz de tener hijos y no atenderles? Él daría su vida por los suyos. No había nada más importante para él. Por eso, a pesar de los años de servicio y de haber visto cosas terribles en su trabajo, continuaba siendo incapaz de aislar su parte emocional. Seguía asombrándole la vileza del ser humano.

Se dijo a sí mismo que debía soslayar esos sentimientos y que, fuera lo que fuera lo que hubiese ocurrido en el pasado, debía comunicárselo en persona. Tal vez hubiera un deje de rencor en todo ello, puesto que en el fondo de su alma y sin que fuera consciente de ello, quería ver en primera persona la reacción de un padre que abandona a sus hijos, que no les había tratado como debían y que, debido a su negligencia, había logrado que su estirpe se extinguiera. Sí, definitivamente, necesitaba mirarle a los ojos cuando le diera la noticia.

Buscó información relativa al padre. Vivía en un barrio de mala muerte. Había sido detenido en innumerables ocasiones por su estado de embriaguez y las conductas protagonizadas debido a ello y, al parecer, también debido a su mal carácter. Los prejuicios asolaron su mente, unidos al desprecio que le hizo sentir el hecho de que ese hombre había sido negligente en el cuidado de

sus hijos. No se paró a intentar entender su historia, si es que podía entenderse en algún sentido. Se dejó llevar por la emoción, por la rabia, por la frustración. Anotó la dirección en su libreta y se dispuso a salir.

—Henry, coge el abrigo —le llamó desde el despacho.

—¿Por qué? ¿Dónde vamos?

—Nos vamos a comunicar una defunción.

CAPÍTULO 12: Cindy

Cuando vio a Jeffrey alejarse a tanta velocidad y con tanto desasosiego, se sintió realmente mal. ¿Por qué se comportaba así? No acababa de entender por qué algunas veces hacía cosas tan estúpidas. Sabía, por lo que le había contado Alice, que no era un chico como los demás, que tenía ciertas particularidades que le hacían un tanto diferente y que resultaba obvio que tenía ciertos problemas con todo lo tocante a relaciones sociales. Y le había dado igual, hasta que ya era demasiado tarde. Había visto sus debilidades y sus miedos y había atacado directamente donde sabía que más le dolería. Había sido cruel de forma gratuita.

Ahora se arrepentía porque no se le ocurría otra persona que pudiera ayudarle en ese tema. Y, por el momento, había quedado claro que él no quería saber nada de ella. Tendría que intentar enmendar su error de algún modo. No parecía mala persona y supuso que no le costaría demasiado. Decidió que no quería pensar mucho sobre aquello porque sabía que pensar a veces duele. Cindy no solía ser muy reflexiva. Actuaba siguiendo rápidas decisiones y no miraba atrás. Sin embargo, esta vez le costó sacarse ciertas cosas de la cabeza.

En realidad, ella tampoco era una persona común con un pasado fácil ni agradable. La historia de Cindy también era triste como la de Alice. Hay personas que, simplemente, parecen dispuestas a encontrarse, como si sus desdichas se convirtieran en un pegamento especial que las mantiene unidas, una truculenta ley de la atracción que junta almas desdichadas. De hecho, se habían conocido en el centro de acogida después de acabar allí por circunstancias parecidas y, a la vez, muy diferentes. Compartían progenitores negligentes, aunque las relaciones paterno filiales habían sido muy diferentes

en un caso y en otro.

Se hicieron amigas desde el principio, aunque les llevó tiempo poder estar juntas y compartir actividades, es decir, cimentar su amistad. Cindy se pasaba mucho tiempo castigada porque presentaba alteraciones importantes en su conducta. Mostraba ciertas tendencias delictivas, aunque no había llegado al centro por ello. En cualquier caso, si hubiera sido por su comportamiento, la habrían trasladado a un centro de menores. Pero era una niña que necesitaba ser protegida, puesto que había sufrido los abusos de su padre desde edad muy temprana, aunque la historia tardó bastante en descubrirse, por lo que estuvo sometida a las vejaciones paternas desde muy pequeña.

Había llegado a asimilar que eso era lo normal en una relación padre — hija, pues no conocía otra cosa. Sin embargo, algo en su interior, sin que ella fuera consciente de ello, se rebelaba, como así mostraba su conducta.

Siendo adolescente, había tratado en numerosas ocasiones de conseguir cosas a cambio de favores sexuales. Sentía poco respeto por su cuerpo y menos por sí misma, así que lo utilizaba como moneda de cambio. Lo peor era cuando trataba de conseguir dinero para poder costearse algunas sustancias. Los educadores del centro trabajaron duro con ella, pues era una niña muy dañada y eran conscientes de que estaba en una situación de alto riesgo.

Alice lo cambió todo. Cuando llegó al centro, Cindy vio en ella algo que le despertó un instinto de protección. Parecía una niña muy frágil, con su piel tan blanca y tan delgada. En su memoria quedó grabada la imagen del día que llegó envuelta en una manta, con su cara de asustada y tiritando de miedo o de frío, no sabría precisarlo. En cuanto la vio entrar en la casa de acogida con sus pocas pertenencias acompañada por uno de los educadores, se acercó a hablar con ella y le preguntó su nombre. En su mirada parecía haber

agradecimiento, como si el simple gesto de acercarse hasta ella ya le pareciera algo de un valor incalculable. Se convirtieron en inseparables casi desde le principio, a pesar de que no tenían mucho en común en lo que a intereses o aficiones se trataba. Eran realmente distintas, pero las diferencias, lejos de separarlas, parecían unir las más y más. Cindy era un cuatro años mayor que Alice y se prometió a sí misma que la protegería de todos los males, lo cual estaba muy lejos de su alcance. Para ella era la hermana que nunca había tenido, era su familia. Y había sido así desde entonces, aunque ni mucho menos pudo garantizar su integridad física o psicológica pues no era más que otra niña indefensa y abandonada.

Ese instinto de protección había traspasado la barrera de los años. Por eso, sentía una inmensa frustración y rabia en su interior al no saber siquiera si le había ocurrido algo. Muchas veces le había sugerido que compartieran piso desde que el brazo protector del Estado las había alejado de su ala. Sin embargo, Alice había ido saltando de una relación a otra casi sin pausa, aunque sus elecciones de pareja dejaban mucho que desear, al menos según el criterio de Cindy. Era incapaz de entender porque lo hacía, porque no vivía su vida de forma independiente. No necesitaba estar con ningún hombre que la hiciera sentirse segura. Ella valía demasiado para estar con cualquiera. Una y mil veces se lo había repetido sin éxito. Ahora se temía lo peor. Tal vez Tom hubiera ido demasiado lejos.

El hecho de no poder contactar con ella, la estaba haciendo perder el control.

CAPÍTULO 13: Insensibilidad

A Henry no se le escapó que a su compañero le pasaba algo. Como mínimo, estaba de mal humor, aunque estaba seguro de que era más que eso. Era un hombre afable al que le gustaba conversar, especialmente le gustaba darle esa clase de consejos paternalistas que te dan las personas que te aprecian y que, por el hecho de que tienen más años que tú, creen que están en disposición de decirte como debes hacer las cosas. No obstante, el inspector McCallum se lo agradecía, pues apreciaba mucho a Peterson a nivel personal, además de admirar su valía como detective. En cierta medida, podría decirse que era un mentor para él.

Jack apenas había hablado desde que se habían subido al coche y mantenía un rictus serio, con las mandíbulas apretadas al borde del bruxismo. Sus manos se aferraban al volante como si eso fuera algún tipo de salvaguarda que ahuyenta los problemas. Tal era la fuerza con la que lo apretaba, que la piel de los nudillos se clareaba. En realidad, todos esos síntomas físicos no era más que un reflejo de la tensión y la batalla que se debatía en su interior, aunque eso aún Henry no lo sabía.

- Jack, ¿te encuentras bien?
- Claro —respondió con el ceño fruncido y apretado.
- Henry dudó si seguir. Su compañero no parecía tener muchas ganas de hablar. No obstante, pensó que peor sería dejarlo estar. Al fin y al cabo, como mucho podría decirle algún exabrupto, lo cual era poco probable viniendo de Jack.
- Sinceramente, no lo parece. Y sabes que no te lo digo para fastidiarte. Pero no puedes negarme que hay algo que te ronda la cabeza, porque no eres el de siempre.

- Lo sé, pero no te preocupes, estoy bien.
- De acuerdo. Aún así, ya sabes que si algo en lo que te pueda ayudar, aquí me tienes.
- Gracias, chico —respondió, con una sonrisa más forzada de lo que le hubiera gustado expresar.

Tardaron poco más de diez minutos desde estas últimas palabras hasta llegar a la casa del señor Evans. Jonah Evans era el padre de Alice y continuaba viviendo en la misma casa en la que su pequeño tuvo el accidente en la bañera que le costó la vida, un bajo con acceso desde la calle. El edificio era bastante antiguo y se veía muy descuidado. Estaba en un barrio cuyas condiciones habían ido empeorando progresivamente en los últimos tiempos. Supusieron que el estado de su casa no sería mucho mejor, y no se equivocaron.

Llamaron en varias ocasiones a la puerta, primero al timbre y después dieron algunos golpes por si no lo había escuchado, ya que se oía el ruido de una televisión con el volumen muy alto. Al cabo de varios minutos de insistencia, apareció en el umbral un hombre con un aspecto bastante decrepito para la edad que tenía, alrededor de los cincuenta años. Tenía la piel de un color cetrino, posiblemente por un abuso continuado de la ingesta de alcohol, lo que se confirmó en cuanto empezó a hablar. Estaba excesivamente delgado y olía a tabaco de liar. Su mirada era vidriosa e inconsistente, como si estuviera afectado de algún grado de nistagmo. Asomó la cara por el resquicio que quedaba al abrir la puerta con la cadena echada.

—¿Quiénes son ustedes y qué quieren? —dijo en tono desagradable.

Viendo la expresión de la cara de su compañero, Henry se adelantó para contestar para evitar una posible confrontación antes siquiera de iniciar la conversación.

—Sentimos las molestias. Somos inspectores de homicidios de

Scotland Yard y nos gustaría hablar con usted unos minutos, si no le importa.

—Lo siento, no tengo nada que contarle a la pasma, así que ya se pueden ir por donde han venido.

—En realidad, venimos a hablar con usted en relación a su hija, Alice Evans —continuó en tono amable el inspector McCallum.

—No me interesa. Hace muchos años que no sé nada de ella.

—Si no nos deja pasar, tendrá que acompañarnos a comisaría, así que usted elige —señaló con rotundidad y en un tono árido el inspector Peterson, lo que dejó perplejo a su compañero ya que no había motivos para decir algo así. Únicamente estaban allí para informarle del fallecimiento de su hija. Con los datos que tenían hasta ese momento, en ningún caso podían considerarle persona de interés en la investigación, por lo que la insinuación de llevarle a comisaría si no cooperaba era infundada. En cualquier caso, la amenaza surtió efecto, porque Jonah Evans abrió la puerta con suma docilidad.

Cuando el señor Evans les dio la espalda y se dirigió hacia la sala de estar, Henry agarró a Jack por la muñeca para dirigirle unas palabras antes de pasar al interior de la casa.

—¿Qué haces? —preguntó Peterson.

—Jack, déjame esto a mí, ¿de acuerdo?

—Sé lo que tengo que hacer.

—No lo dudo, pero algo te pasa y creo que es mejor que me dejes tomar la iniciativa.

Jack se zafó y se adentró sin añadir ni una palabra más. Henry tuvo malas vibraciones. Su compañero no era el mismo de todos los días, estaba más nervioso y tenso de lo que era habitual en él y mucho menos comunicativo además, pues era un hombre que le encantaba conversar y siempre tenía algo interesante que contar, excepto aquel día.

—Señor Evans, mi nombre es Henry McCallum y mi compañero es el

inspector Peterson. Como le he comentado antes, quisiéramos hacerle unas preguntas en relación a su hija.

—Y yo ya les he dicho que no tengo nada que decirles porque no sé nada de ella desde hace mucho tiempo.

—¿No han hablado recientemente, ni la ha visto o han mantenido algún tipo de contacto, aunque fuera por mensaje, correo electrónico o lo que fuera?

—¿Es que está sordo o se lo hace?

—¡Sea más respetuoso, señor Evans! —espetó en un tono de voz alto el inspector Peterson—. Mi compañero le ha hecho unas preguntas en relación a su hija, debería mostrar más interés, pues usted es la única familia que hemos encontrado y se supone que siendo su padre debería preocuparle, si es que tiene un mínimo de humanidad.

—Jack, está bien, déjame seguir.

—Déjeme que yo decida lo que me importa o no —respondió el padre de Alice—. Se presentan aquí sin previo aviso y se supone que tengo que escuchar lo que tienen que decir y contarles mi vida, ¿no? Pues entérense de una vez, no quiero nada con la poli, no me interesa nada de lo que tengan que contarme.

—Está bien, pues ya que le importa tan poco le diré que hemos encontrado el cuerpo de su hija flotando en el Támesis, ¿satisfecho?

—¡Jack, para!

—Muy bien, pues gracias por la información. Ahora ya pueden irse —respondió sin apenas inmutarse Jonah Evans.

El padre de Alice no mostraba ni la menor emoción. Mantuvo la mirada del inspector Peterson, como si fuera un duelo o un reto en el que el primero que aparta los ojos pierde algo intangible, un duelo absurdo que no lleva a ninguna parte. Sus glóbulos oculares lucían un tono cirrótico, posiblemente de tantos años entregado al alcohol.

—¿Qué clase de monstruo es usted? ¿Cómo no puede afectarle que su hija esté muerta?

—Oiga, no venga a darme lecciones de moral, ¿vale? Hace muchos años que la perdí de vista como para que me sorprenda que le haya pasado algo malo. Ni siquiera sabía que estaba viva, ¿por qué iba a inquietarme?

—Usted es un desalmado. Si tuviera el más mínimo sentimiento, no se quedaría ahí tan tranquilo sentado en el sofá. Como mínimo, debería preocuparse de las exequias de su hija.

—No venga a darme lecciones, inspector, se lo repito. Y mucho menos a cargarme con gastos que yo no he provocado. Estoy seco, ¿vale? No tengo dinero para pagar su funeral o lo que sea. Que se haga cargo el estado. Por mí pueden incinerarla y esparcir sus cenizas o lo que crean que deben hacer. No es mi problema. Y ahora, si no les importa, ya que han terminado lo que tenía que hacer, les rogaría que se marcharan.

Peterson estaba fuera de sí. No podía creer que hubiera alguien capaz de tal insensibilidad. Era cruel no querer a un hijo. Era ilegítimo no cuidarles o protegerles porque eso va implícito en el hecho de ser padres. Los hijos no tienen elección, pero los padres sí eligen serlo, con todo lo que ello conlleva. Henry se percató de que su compañero estaba a punto de perder el control, así que le agarró por el brazo y buscando su mirada le dijo:

—Jack, será mejor que nos vayamos. No tenemos nada más que hacer aquí.

CAPÍTULO 14: Sospechas

Henry estaba consternado por el derrotero por el que había transcurrido la visita. El señor Evans era despreciable, casi no le quedaban dudas al respecto, pero ellos eran profesionales y no podían dejarse llevar por sus emociones. Sabía que Jack era un hombre al que le afectaban con asiduidad los casos más de lo que era de esperar en un inspector de homicidios con una trayectoria tan larga como la suya. Era un hombre con una sensibilidad especial, tal vez incrementada después del diagnóstico de su hijo, como le habían comentado algunos compañeros que llevaban en el cuerpo más que él. Aún así, lo que había sucedido no era propio de él.

La tensión de sus brazos al volante era tan obvia, que parecían encontrarse paralizados en un doloroso espasmo, como si fueran el fruto de una rigidez espástica. Esas señales le indicaban con claridad que no era buen momento para hablar del tema. No obstante, no quería dejarlo estar sin más, viendo como Jack rumiaba una y otra vez pensamientos a todas luces poco nutritivos. Intentó relajar un poco el ambiente.

—¿Qué te parece si cuando acabemos el turno nos acercamos a la taberna de Charlie y vemos el partido del Manchester?

—No me apetece, la verdad. Pero te lo agradezco. Además, le dije a mi mujer que llegaría pronto.

—Vamos, Jack. Un par de cervezas como mucho y te vas a casa.

—¡Te he dicho que no me apetece! —respondió de manera un tanto cortante.

—Vale, hombre. ¡Vaya humos! Sólo trataba de ser amable y que terminásemos bien el día. No es necesario que contestes así.

—Lo siento. Es verdad. Creo que he sonado un poco borde.

—¿Un poco sólo? Has sonado como un auténtico capullo.

—Es que no estoy de humor, Henry.

—Sí, lo he notado. De hecho, creo que este caso te afecta más de lo habitual. No pensaba decirte nada al respecto, pero creo que la situación de hoy se te ha ido un poco de las manos. Y eso no es propio de ti.

Peterson suspiró y permaneció callado durante unos segundos, reflexionando sobre lo que había ocurrido, repasando en su mente cada una de las palabras de la conversación, con la mirada casi perdida en el horizonte.

—Supongo que sí. Me debo estar haciendo mayor porque las cosas cada vez me afectan más. Ese hombre ha conseguido sacarme de mis casillas. ¿Cómo puede no afectarle ni lo más mínimo que su hija haya muerto? Eso es algo inhumano. Me da igual que haya pasado años sin saber de ella. Es su padre, al fin y al cabo. Además, la culpa fue suya por ser un padre negligente. Se supone que debía cuidar de sus pequeños, no destrozarles la vida. Él es el que se desentendió de la chica. Es normal que ella no quisiera volver a verle. A saber lo que tuvo que pasar la criatura.

—Sí, lo sé. Es descorazonador. Supongo que no todo el mundo está hecho para tener hijos.

El silencio se instaló por unos instantes dentro del coche, interrumpido únicamente por los ruidos del motor. Parecía una réplica de lo que ocurría en su cabeza, con su cerebro carburando sin parar.

—Algo me huele mal. Tal vez esté implicado y por eso se muestra tan indiferente. Creo que intenta despistarnos. Desde luego no ha sido ninguna sorpresa para él, ni el menor atisbo de que fuese algo inesperado, quizás porque ya lo sabía antes de que llegáramos.

—No sé, Jack, tal vez eso sea un poco rebuscado.

—Puede ser. Pero, aún así, no ha habido ninguna reacción en él, eso no me lo puedes negar. Cuando algo te sorprende, reaccionas de forma

inconsciente, tu musculatura facial te delata, es casi inevitable. Es una reacción visceral, inmediata. Unas pupilas que se dilatan, las cejas que suben, la boca que se abre. Ya sabes, algo, por poco que sea. Él se ha mostrado impasible. Ni siquiera le ha interesado saber qué le ha sucedido a su hija. En cualquier caso, no perdemos nada por investigarle. Seguro que esconde algo. Este hombre no está limpio, lo sé.

—No lo conviertas en algo personal, ¿vale?

—No lo hago, Henry —dijo con cierto enfado—. Es una línea de investigación como otra cualquiera. Te agradecería que no cuestionaras mi profesionalidad.

—No lo hago, nunca lo haría. Pero habéis tenido un enfrentamiento y no quiero que eso implique cierta animosidad que te nuble el juicio. No es habitual que tú actúes como lo has hecho hoy.

—Esa chica merece que mantengamos abiertas todas las líneas de investigación. No deberíamos descartar a nadie. Además, ya sabes que la mayoría de los asesinatos son cometidos por personas cercanas a la víctima o, como mínimo, gente que la conocía. ¿Tú acaso piensas que es trigo limpio?

—No lo sé. Lo único que sé es que hemos venido a informarle de la muerte de su hija y tú ahora te propones investigarle por ese motivo y cualquier otro que se te cruce por la cabeza, aunque nada tenga que ver con el caso.

—¿Qué propones entonces?

—Que vayamos paso a paso sin dejarnos cegar por nuestras emociones, nada más. Averiguar si tenía novio y hablar con él. Tenemos que buscar amigos a los que soliese ver, quién fue la última persona que la vio con vida, etc. Es decir, lo de siempre. Una rutina bien cimentada en pasos establecidos con lógica y siguiendo pruebas, no sólo corazonadas.

Jack decidió que investigaría al padre de la chica por su cuenta. Sentía

ciertamente una animosidad creciente hacia aquel hombre que parecía carecer de escrúpulos y sentimientos. No le importaba las horas que tuviera que echar aquel día. Cuando terminaran el turno, volvería al barrio a por más información. Tal vez alguien en los alrededores podría contarle algo sobre él. Por otro lado, investigaría sus antecedentes por si tenía causas pendientes o había estado involucrado alguna vez en algún asunto sucio, aunque no hubiera llegado a más. Si hubo sospechas que recayeron sobre él, eso sería suficiente para remover lo que hiciera falta. La idea de que su compañero tenía razón le pasó por la mente pero, de manera instantánea, relegó ese pensamiento a lo más recóndito de su cerebro.

Anotó en su cabeza que debía llamar a su mujer en cuanto llegase a la oficina para avisarla de que posiblemente llegaría mucho más tarde de lo que le había prometido.

CAPÍTULO 15: Complicaciones familiares

Se le olvidó. Se había repetido un millar de veces que debía llamar a su mujer. Se lo dijo mentalmente una y otra vez como un mantra para anegar su cerebro con el mensaje y, de ese modo, lograr que en el momento oportuno saltase la alarma que le hiciera coger el teléfono y llamar a casa. Pero se le pasó. No hubo alarma ni señal que le recordara lo importante que era que no se olvidase de telefonar a Nancy. Cuando se dio cuenta, era demasiado tarde y ya iba de camino.

Mientras tanto, las horas habían pasado deprisa. Es lo que tiene fluir con lo que haces, que parece que el tiempo no pasa, pero en realidad vuela. Había regresado a la oficina con Henry. No habían hablado mucho más en el camino de vuelta, algo realmente poco corriente entre ellos, pues normalmente un tema iba enlazado a otro sin descanso, especialmente cuando tenían un caso entre manos. Sin embargo, con este asunto de la chica muerta en el río se había levantado una barrera invisible entre ellos.

En la oficina estuvieron decidiendo los pasos que darían a continuación. No tenía dirección conocida de la chica desde que abandonó la casa de acogida en la que había pasado parte de su infancia. Averiguaron donde trabajaba, algo que fue relativamente sencillo, así que era el siguiente paso a seguir. Posiblemente la empresa pudiera facilitarles el domicilio. Estuvieron revisando archivos y posibles informaciones relativas al historial de Alice y, cuando llegó la hora, Henry se marchó a casa.

Fue en ese momento cuando Jack se puso en marcha. Lo primero que hizo fue dirigirse al barrio donde residía el señor Evans para hablar con los vecinos. Debido a lo avanzado del día, no le daría mucho tiempo para entrevistarlos a todos, pero al menos sería un avance. Después, podría

investigar los antecedentes del padre tranquilamente sin sentir el aliento de su compañero en la espalda.

Lo que no imaginaba es que iba a resultar tan productiva la tarde. Las dos primeras puertas a las que llamó se encontró con personas poco dispuestas a colaborar con la policía, de esas que repiten como una letanía “yo no sé nada, yo no he visto nada” a cualquier pregunta que se les hace, con gesto de molestia y de pocos amigos además. Detrás de la tercera puerta había una anciana amable y con ganas de hablar que le comentó que Jonah Evans era un vecino difícil de tratar, pero no tenía información referida con el asunto que él investigaba. En otras seis viviendas no hubo respuesta alguna.

Con la cuarta puerta creyó haber dado en toda la diana. Jack había llamado primero a los vecinos de las casas contiguas, tanto de su mismo edificio como de los bajos adyacentes. Eran construcciones de tan solo tres alturas con dos apartamentos por planta. Posteriormente, había empezado a preguntar en la acera de enfrente. En la vivienda en cuestión residía una mujer de unos cuarenta años que tenía tres hijos. Era evidente que la relación con el señor Evans no era buena, por lo que había que poner en cuarentena sus palabras, ya que era una obviedad que entre ellas se colaba la animadversión que sentía por su vecino. Según daba a entender, él había sido grosero en alguna ocasión con sus hijos.

—Ese amargado no entiende que son niños y que tienen que jugar. Parece que todo le molesta y aprovecha la mínima ocasión para despotricar. He tenido que enfrentarme a él en más de una ocasión. Si viviera mi marido las cosas no serían así, eso se lo aseguro.

—Lo entiendo, señora Sullivan, pero no es eso lo que le he preguntado.

—Sí, es verdad. Sin embargo, pensé que tal vez como policía le interesaría conocer que ese hombre no tiene una conducta demasiado cívica. Desde luego, le aseguro que no es un buen vecino.

—Y respecto a lo que le he preguntado, ¿tiene algo que decirme? — insistió el inspector Peterson armándose de toda la paciencia que pudo.

—Sí, eso es lo que le iba a decir a continuación. Es un hombre que nunca recibe visitas, lo cual no es de extrañar porque es insoportable. Cuando le digo nunca, créame que es nunca. Jamás he visto a nadie acercarse a su casa. Pero ayer, casualmente, me asomé a la puerta para decirle a los chicos que entrasen a merendar cuando vi a una chica joven que se acercaba hasta su casa y llamaba al timbre.

—¿Pudo verle la cara? Si es así, tal vez podría enseñarle una foto para ver si es la chica que estamos buscando.

—Para serle sincera, no la vi muy bien. Era una chica delgada, con el pelo rubio y la piel muy blanca. No podría decirle mucho más.

—¿Se parece a esta de aquí? —le dijo mostrándole una imagen.

—No lo podría asegurar, lo siento. Me encantaría serle de más ayuda.

—No se preocupe. En realidad, sí me ha sido de ayuda. En cualquier caso, le agradezco su tiempo y atención.

—¿Es la chica de las noticias? ¿La que han encontrado ahogada en el Támesis?

—Me temo que sí.

—¿Creen que ha sido ese malnacido el que se la ha cargado?

—Lo siento, pero no puedo decirle nada más acerca de la investigación.

—Si le digo la verdad, no me extrañaría. Es un hombre malhumorado y puede ser bastante violento en ocasiones.

—Tengo que marcharme. Gracias.

El testimonio había abierto una rendija por la que se podría colar. Algo con lo que tirar del hilo. Si hubiera identificado a la chica habría sido infinitamente mejor, pero al menos ahora podría hacerle creer en la siguiente conversación que mantuvieran que estaban al tanto de que su hija había ido a

visitarle. Lo que menos le importaba en aquel momento es que fuera verdad o no. Tenía una corazonada y estaba dispuesto a seguirla.

Regresó a casa bastante tarde, después de pasarse previamente por la oficina a repasar lo que tenían sobre el caso hasta el momento, lo cual no era demasiado. Perdió la noción del tiempo, así de sencilla. Nancy estaba visiblemente enfadada. Su rictus serio era inequívoco cuando le vio entrar por la puerta.

—Lo siento, cariño. He estado liado.

—¿Tan liado como para no dedicar un minuto a llamarme por teléfono? No me vengas con esas, Jack. Hemos pasado por esto antes y sabes que detesto las excusas.

—No es una excusa. Pensé en llamarte y se me pasó. Sabes que por nada del mundo querría que te enfadaras conmigo.

—Hemos hablado esto muchas veces y siempre es lo mismo. Lo peor de todo es que te había creído y pensaba que había quedado atrás la época en la que llegabas a las tantas sin decir una sola palabra o en las que ni siquiera aparecías hasta la mañana siguiente, sin importarte lo más mínimo si estaba preocupada por ti o no.

—Claro que todo eso quedó atrás, créeme.

—¿Puedes hacerte una idea de lo difícil que ha sido hacerle entender a tu hijo los motivos por los que no llegabas a casa a la hora que él esperaba? ¿Te haces una idea de cómo se ha puesto? Si, al menos, hubieras llamado y hubieras hablado con él, habría sido mucho más sencillo. Pero no, tenías el móvil apagado.

—Lo siento muchísimo, tienes que creerme, Nancy. Me quedé sin batería y ni siquiera me he dado cuenta hasta ahora que lo has dicho. Ya sabes como soy con esos cacharros.

—No lo sé, Jack. No sé si creerte. Supongo que tienes entre manos uno

de esos casos que acaban obsesionándote, uno de esos que absorben toda tu energía hasta no dejar cabida para nada más, ni siquiera tu familia.

—Es un caso difícil. Verás, la víctima es una...

—¡No quiero saberlo! —le cortó —No me apetece hablar del tema, no quiero que, sea lo que sea, lo que te mantiene lejos de tu familia, atraviese el umbral de nuestra casa. Jack, tus casos se quedan fuera, ¿está claro?

—De acuerdo.

—Si aún te apetece cenar, tienes algo en la nevera. Y, por favor, no despiertes a tu hijo. Ni te imaginas lo que me ha costado tranquilizarle y conseguir que se quedara dormido.

CAPÍTULO 16: Shock

Al día siguiente, Jeffrey se despertó temprano, a pesar de que había estado jugando en red hasta altas horas de la madrugada. Había tenido un sueño inquieto, intranquilo, agitado y, sobre todo, entrecortado. La preocupación no le había dejado descansar. Y ahí estaba, tumbado en la cama, mirando al techo y procurando poner orden en su pensamiento, algo que le estaba costando demasiado.

Estaba de mal humor, eso era innegable. No sabía si se debía a la falta de sueño o a los sucesos acontecidos los últimos días, los cuales habían trastornado su rutinaria tranquilidad. Y eso lo detestaba. Se sentía en cierta medida perdido, navegando en medio de un océano de incertidumbres con una balsa esquelética. ¿Por qué tenía que haberse visto envuelto en aquella marea de acontecimientos?

Definitivamente Cindy no le gustaba. Le hacía sentir como un estúpido. Además, era descarada, polémica, conflictiva y desagradable. Parecía regocijarse con sus problemas de relación social y disfrutaba llevándole al límite, como si pretendiese poner a prueba su resistencia. El único motivo por el que la había soportado era porque compartían la misma preocupación por Alice. No obstante, trataba de convencerse todavía de que todo sería una sucesión de coincidencias y de que habría una explicación sencilla que había provocado un revuelo que no merecía. Su cerebro analítico trataba de encontrar dicha explicación, como si al reescribir la serie de comandos adecuada el problema se desvaneciese. Anhelaba intensamente que Alice regresara a la cafetería para saber que estaba bien, aunque únicamente lo hiciera para despedirse.

Inocentemente, en el fondo de su ser, seguía creyendo que todo volvería a ser como siempre y la normalidad que había conocido y amado retornaría

como si nunca se hubiese ido. Se aferraba a esa idea como un náufrago se aferraría a lo primero que viera flotando en medio del mar, como si aquel objeto desconocido pudiera constituir la última oportunidad para la supervivencia.

Fue a la cafetería a la hora de siempre, aunque nervioso. Una cosa es lo que uno desea y otra muy diferente lo que la realidad te devuelve, pues casi nunca es un espejo amable y generoso. La decepción se dibujó visiblemente en su rostro cuando vio aparecer nuevamente al encargado desde detrás del mostrador. Entonces, su humor de perros pareció empeorar. Éste le saludó con amabilidad y por toda respuesta lo único que obtuvo fue una especie de gruñido que, desde luego, no se merecía. Jeffrey se sentó abatido en su mesa favorita, con el ceño aún visiblemente fruncido, y sacó su cuaderno dispuesto a abstraerse de la realidad circundante. Aquella mañana necesitaba más que nunca desaparecer en ese universo de hojas en blanco. Cuando le llevó el café a su mesa, se dio cuenta de que ni siquiera le apetecía tomárselo. Estaba triste, hundido, decepcionado y atemorizado por si se convertía en realidad que a Alice le hubiera ocurrido algo horrible.

El inspector Peterson entró poco después en la cafetería acompañado de Henry McCallum, su compañero. Jeffrey no se había dado cuenta de que habían entrado en la cafetería, pues estaba absorto en sus pensamientos con la mirada perdida más allá de lo que sucedía fuera de la ventana. Posiblemente, no se habría llegado a percatar de su presencia aquel día si no hubiera sido porque el encargado de la cafetería les había dicho que era un cliente habitual que solía ir por allí todos los días a primera hora de la mañana y ellos mostraron entonces interés en conversar con él por si podía ofrecerles algún dato de utilidad.

—Sinceramente, no creo que pueda serles de mucha ayuda porque el chico suele estar a lo suyo, no sé si me entienden. Como si estuviera en otro

mundo o algo por el estilo. No suele hablar mucho, la verdad. Nunca le he visto venir con nadie, aunque tampoco vengo a diario. Ustedes sabrán si necesitan hablar con él.

—Gracias. Sí, le haremos algunas preguntas. Tal vez él haya observado o visto algo raro en los últimos días. No perdemos nada por preguntar —dijo Jack Peterson.

Jeffrey se sobresaltó cuando oyó que alguien le hablaba. No se había dado cuenta de que se habían acercado hasta su mesa, pues estaba absorto mirando por la ventana. Pasado el sobresalto inicial, dirigió su mirada a los hombres que estaban frente a él y que parecían estar diciéndole algo. No podía ocultar una mirada interrogante y, a la vez, desconcertada.

—Buenos días, señor. Soy el inspector Jack Peterson y éste es mi compañero Henry McCallum —dijo, al tiempo que le mostraba su placa—. Lamento interrumpirle pero, si no tiene inconveniente, quisiéramos hacerle algunas preguntas. El señor Thomas dice que es usted un cliente habitual de la cafetería. Le agradeceríamos enormemente que nos dedicara unos minutos.

Jeffrey no contestó. Parecía haberse quedado mudo. Le miró con ojos un tanto desorbitados y con el rostro pálido como la pared. Su desconcierto, lejos de desaparecer había ido en aumento, al igual que su inquietud y su nerviosismo. Por un instante, creyó que estaban ahí en relación a su allanamiento de la tarde anterior en el piso de Tom. Notó como se le aceleraba el pulso y como le temblaban las piernas. Por suerte para él, estaba sentado.

—Oiga, ¿entiende lo que le digo, muchacho?

Jeffrey asintió sin producir ni el más mínimo sonido.

—¿Le importa decirnos su nombre, por favor?

—Jeffrey Williams.

—Bien, señor Williams. ¿Ha visto usted recientemente a esta joven?

El inspector Peterson le mostró una foto de archivo de Alice, puesto que en la de la autopsia era prácticamente irreconocible. Jeffrey se alteró visiblemente. Su cara se tensó y los ojos parecieron llenarse de lágrimas. Sin darse cuenta, estaba apretando los puños.

—No.

—¿Está seguro?

—Sí.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio?

—Hace dos días.

—¿Notó algo extraño en su conducta?

—No.

A los dos inspectores les llamó poderosamente la atención el hecho de que el joven rehuyera continuamente su mirada. Daba la impresión de que trataba de esconder algo. Sin embargo, él simplemente estaba asustado y respondía de forma mecánica a lo que le preguntaban porque el miedo le mantenía atenazado.

—Oye —dijo Henry McCallum, tomando el relevo después de haber permanecido callado hasta ese momento —, ¿no te importa si te tuteo, verdad? Es que eres muy joven para hablarte de usted. No sé, se me hace raro.

—Claro.

—Escucha, Jeffrey. No pasa nada, ¿vale?. Puedes contárnoslo. Sólo estamos haciendo unas cuantas preguntas. No hemos venido a detener a nadie. ¿Entiendes lo que quiero decir? —le preguntó acercándose a él y mirándole fijamente a los ojos.

Jeffrey no dijo nada, ya que no sabía qué era lo que esperaban que contestara.

—Muy bien, chico. Te diré cómo va esto. Si no quieres hablar ahora, no

pasa nada. Lo entiendo. No mola eso de hablar con polis. Sin embargo, cuanto antes lo hagas será mejor, porque si no, tendremos que volver mañana o ir a tu trabajo o a tu casa hasta que hables con nosotros y eso es mucho peor, ¿me sigues?

—Sí.

—Me alegro. Porque no creo que te vaya a gustar estar todo el día con este caballero y conmigo pegados a tus talones.

—Basta ya, Henry. Sentimos las molestias, señor Williams —concluyó Jack Peterson.

Entonces Jeffrey se dio cuenta de que en ningún momento le habían explicado los motivos por los cuales le preguntaban por ella. Su nerviosismo le había impedido pedir aclaración alguna. Hasta ese momento, al menos.

—¿Por qué me preguntan por Alice? —dijo antes de que se marcharan.

Los inspectores se miraron y por un segundo dudaron si responder. Al fin y al cabo, no era familiar de la chica, así que no tenían por qué darle ninguna información.

—Por favor, respóndanme. ¿Le ha pasado algo? —insistió Jeffrey bastante alarmado.

Peterson se conmovió con la reacción del joven. Parecía sinceramente preocupado por la chica. Tal vez fuera una estratagema, aunque parecía sincero. No obstante, había algo más. Jeffrey le recordaba en cierta medida a su hijo en la forma de comunicarse, en esa rigidez en los gestos, en ese estar ausente cuando se acercaron hasta su mesa para hablar con él, como si su cuerpo estuviera en este mundo pero su mente habitara otro universo paralelo. Además, la reacción podría proporcionarles cierta información. Peterson vio como su compañero le hacía una seña de negación, a la cual él no hizo caso, pues ya había decidido responderle.

—Creo que no te hemos dicho que somos del departamento de

homicidios. Hallamos ayer por la mañana su cuerpo sin vida en el Támesis.

La cara de Jeffrey se contracturó en un gesto de espanto y sintió como sus ojos se colmaban de lágrimas hasta que, de repente, ya no había nada. Había perdido el conocimiento.

CAPÍTULO 16: Ansiedad social

—Jeffrey, entiendo que las relaciones sociales pueden parecer absolutamente aterradoras en algunos momentos. Pero me gustaría que me creyeras cuando te digo que también pueden ser placenteras.

Le escrutaba con la mirada mientras hablaba con él. Aprovechaba para estudiar sus gestos y reacciones, para intentar descifrar lo que fuera que pasaba por aquella brillante cabeza en esos momentos. Era una pena que un chico como él, con esas capacidades tan excelentes, tuviera tales dificultades para relacionarse con los demás.

Sabía que, cuando era más pequeño, le habían diagnosticado lo que antiguamente solía conocerse como síndrome de Asperger, una modalidad de autismo más leve que las clásicas y con unas particularidades un tanto diferentes. Hasta cierto punto, podía haber sido comprensible buscar dentro de el espectro de los trastornos generalizados del desarrollo aquello que le pasaba al joven que tenía sentado al otro lado de la mesa. Era innegable el deterioro cualitativo en la interacción social así como los patrones estereotipados y restringidos en cuanto a comportamientos, actividades e intereses. No obstante, no había en él preocupaciones intensas acerca de algún tema concreto, excepto en lo relacionado con su seguridad personal, ya que había sido blanco de mofas en incontables ocasiones, por lo que, en cierto modo, había una justificación. Tampoco mostraba la verborrea unidireccional, ni la restricción de la prosodia, es decir, del volumen, del tono o el ritmo en su forma de hablar. No podía hablarse de ningún grado de torpeza física como las que presentan algunos sujetos con tal diagnóstico, aunque estos rasgos no siempre están presentes ni son indispensables para el diagnóstico.

El señor Harrison había estado revisando bibliografía al respecto porque estaba convencido de que Jeffrey, aunque pudiera presentar algunos rasgos en lo que se refería a sus habilidades sociales, no cumplía con los criterios más comunes. Si bien es cierto que el síndrome de Asperger se manifiesta de diferente forma en cada individuo, también lo es que todos tienen en común las dificultades para la interacción social, alteraciones de los patrones de comunicación verbal y no—verbal y cierta inflexibilidad cognitiva y comportamental, entre otras cosas. Aspectos que estaban presentes en su alumno.

Sin embargo, había algo que Jeffrey sí tenía, aunque no fuera evidente, y que la mayoría de las personas con dicho síndrome carecen. No era otra cosa que la empatía y la sensibilidad hacia otros que pudieran parecerles más débiles que él. No era algo fácilmente reconocible, sólo podía observarse si uno estaba muy pendiente de él, tal y como le sucedía al orientador de su instituto. En numerosas ocasiones en las que le observó, pudo ver cómo Jeffrey se acercaba a ayudar a niños que se hubieran incorporado recientemente al instituto y que estuvieran solos o a otros con los que algún abusón se metiera o, incluso, con alguno que tuviera algún tipo de discapacidad para ayudarles. Mostraba una gran sensibilidad que era digna de admiración en alguien como él que había padecido tanto a lo largo de su escolaridad.

Tampoco era un chico ingenuo o crédulo. Más bien al contrario, parecía tener siempre la alerta disparada, como si contara con cien ojos vigilando cualquier situación imprevista que se pudiese presentar en cualquier instante. Sus intereses eran variados, aunque todos se englobaban dentro del ámbito científico. Especialmente se observaba que aquel chico mostraba mayor motivación hacia todo aquello relacionado con la tecnología, la cual parecía en ocasiones algo así como un refugio para él.

Sí que existían rutinas rígidas en él y estaba obsesionado con el control, pero todo ello parecía asociado a los miedos que había ido desarrollando por un historial de abusos en el colegio por parte de otros compañeros. Además, no tenía conductas motrices estereotipadas o repetitivas y, según había comentado con sus profesores del colegio del que procedía, nunca habían observado que las tuviera. Tampoco tenía dificultades para captar el sarcasmo o entender todo aquellos que no fuera literal, pues era perfectamente capaz de detectar cuando alguien utilizaba la ironía. Sí era cierto que rehuía la mirada del otro, pero probablemente ello estaba motivado por inseguridades profundas que llevaba acarreado mucho tiempo.

Cuanto más le conocía, más convencido estaba de que aquel diagnóstico era de lo más desafortunado y no encajaba con el joven que tenía frente a él. Había conocido varios casos de diferentes edades que respondían a un trastorno de ansiedad social y cada vez estaba más convencido de que Jeffrey encajaba mejor en la descripción de dicho trastorno.

Jeffrey era un chico con un miedo intenso, persistente y crónico a ser juzgado, avergonzado, humillado o hacer el ridículo. Y era un miedo patológico. Lo pasaba fatal cuando tenía que responder a alguna pregunta de un profesor en clase o exponer algún trabajo, puesto que le aterrorizaba equivocarse y sentirse juzgado o evaluado por ello. Detestaba las fiestas o reuniones sociales, así como encontrarse de forma inesperada con conocidos. Se sentía escrutado por los demás y sufría un miedo tan intenso, que llegaba a sufrir ansiedad anticipatoria sólo con pensar en ese tipo de situaciones. Obviamente, todo ello estaba afectando claramente a su desarrollo, pues permanecía aislado y sin contacto social alguno la mayor parte del tiempo.

El señor Harrison tuvo que intervenir en situaciones que fueron verdaderamente graves para Jeffrey, situaciones normales para cualquier chico pero que a él, según la situación, le provocaban desde un leve rubor,

típico en cualquier adolescente, hasta temblores, palpitaciones, náuseas e, incluso, algún ataque de pánico que estuvo a punto de hacerle perder la consciencia.

Estaba casi seguro que sufría del subtipo de fobia social generalizada puesto que eran múltiples situaciones las que temía, y no sólo algunas concretas y específicas. Hablar en público, acudir a reuniones o charlas informativas, ir a fiestas, iniciar o mantener una conversación, comer o beber en público o utilizar un lavabo público, por poner algunos ejemplos, eran situaciones que evitaba a toda costa, aunque no siempre estaba en sus manos hacerlo.

Después de muchas y largas conversaciones, Jeffrey le confesó que, entre otras cosas, tenía miedo a bloquearse mentalmente o tartamudear, lo que originaría que se burlaran de él. De pequeño había sufrido disfemia y, aunque la había superado, ese miedo le perseguía como si fuera un vergonzosa tara que hubiera que ocultar. Le horrorizaba que le juzgaran o le criticaran, porque creía que siempre le evaluaban de manera negativa. Además, a su cabeza siempre acudían pensamientos negativos del tipo “voy a hacer el ridículo”, “quedaré bloqueado y no sabré que decir”, “seguro que no les interesa mi opinión”, “no puedo, no soy capaz”, “¿para qué intentarlo si voy a fracasar y todos se reirán de mí?” y otros similares. Solía sentirse observado y pensaba que los demás lo veían como alguien débil y raro, así que tendía a aislarse de todos.

Al orientador le preocupaba que el chico pudiese empezar a tomar alcohol o algún tipo de ansiolítico por su cuenta para intentar suavizar estas sensaciones, pues era una conducta de evitación frecuente en casos así. Además, podía ser una forma de intentar aliviar sus miedos y adquirir una falsa sensación de seguridad. Realmente estaba muy preocupado por él, pues además era un blanco fácil para los abusones.

Por las reuniones que había mantenido con la familia, había deducido que había sido un niño excesivamente sobreprotegido. Los padres se preocupaban verdaderamente de él y era evidente el sufrimiento que les provocaba esta situación. Sin embargo, en lugar de buscar salidas y soluciones óptimas, creían que tal vez era lo mejor sacarle del instituto. No acababan de ver que la situación se repetiría allá donde fuera.

Les recomendó en diversas ocasiones que acudiesen a hablar con algún especialista para trabajar psicoterapia familiar, pero no logró que comprendiesen que el problema que tenía su hijo no era simple timidez, sino un trastorno tipificado como fobia social.

Muchos años después, las cosas no habían mejorado demasiado para Jeffrey y, aunque había situaciones que las llevaba algo mejor, especialmente en su trabajo en el que sentía cierta seguridad y confianza en sí mismo debido a su buen hacer como informático, la realidad era que su trastorno le impedía llevar una vida como a cualquiera de sus congéneres.

Y a pesar de toda esa carga personal a la que no se puede llamar precisamente bagaje, Jeffrey estaba en medio de una situación de difícil afrontamiento para cualquiera. Acababa de descubrir que había perdido a la única persona con la que había conseguido establecer algún tipo de vínculo personal desde que se instalara en Londres poco después de conseguir su actual empleo. Gran parte de su rutina de cada mañana se había alterado dramáticamente, sobre todo teniendo en cuenta lo que le atemorizaban los cambios. La vida le estaba poniendo a prueba una vez más.

CAPÍTULO 17: Sorpresas y mentiras.

No tenían demasiado por el momento. En cierto modo, estaban en un punto muerto. Conocían dónde trabajaba la chica pero aún no habían dado ni con su lugar de residencia ni con amigos o pareja que pudieran haber pasado con ella las últimas horas. La dirección que había dado en el trabajo y que constaba en los registros oficiales no correspondía al domicilio actual, algo que ya habían comprobado. Les sorprendía que no hubieran acudido ningún familiar o amigo interesándose por ella al no haber sabido nada de ella en los últimos días. Tal vez tuvieran que replantearse compartir los datos de la joven con los medios de comunicación.

De pronto, cuando estaba a punto de sacarse un café de la máquina que había junto a la recepción de la comisaría, Jack Peterson se sorprendió al ver quien acababa de entrar por la puerta. Por un momento, pensó que su vista cansada le estaba engañando. Nunca imaginó que fuera capaz de dar ese paso, después de lo que sucedió la última vez que se encontraron. Jeffrey, un tanto demacrado, estaba preguntándole por él a un policía que estaba cerca del mostrador de la entrada. Inmediatamente, salió a su encuentro.

—Señor Williams, soy Peterson. Supongo que me recuerda —atinó a decir, viendo la indescriptible expresión de rostro del joven—. He oído que preguntaba por mí hace un instante, así que supongo que obviamente me recuerda y sabe quien soy —añadió frotándose la nuca con la mano izquierda, sintiéndose un poco torpe por el último comentario.

—Sí —respondió Jeffrey de forma lacónica, con los ojos como platos y con una incuestionable desconfianza reflejada en la mirada. Las manos le sudaban profusamente. Sentía los nervios atenazando su estómago. Por un momento, sintió que podía desvanecerse otra vez y notó un sudor frío que le recorría la espalda.

—Pase a mi despacho y hablemos tranquilamente. Venga por aquí.

Jeffrey siguió obedientemente al inspector Peterson hasta su despacho, el cual se encontraba en la planta de arriba al final del pasillo. Por el camino, el inspector trataba de sacar sin éxito algún tema de conversación banal e insustancial para rebajar la tensión, pero el joven sólo respondía con monosílabos.

—Si no recuerdo mal, tu nombre es Jeffrey, ¿verdad?

—Sí.

—Muy bien. Yo soy Jack. No tienes que llamarme inspector, ni señor Peterson ni nada por el estilo. Mejor nos tuteamos y así será mucho más fácil, ¿de acuerdo?

—Como quiera.

—Como quieras, mejor.

—Vale.

—Cuéntame, Jeffrey, en qué puedo ayudarte.

—Ayer cuando estuvieron en la cafetería no les conté algo que tal vez pueda ser útil. El último día que vi a Alice... —dijo con dificultad, como si tragar saliva fuera un ejercicio propio de una prueba de Iron Man.

—Tranquilo, Jeffrey. Tómame el tiempo que necesites. ¿Te apetece tomar algo? ¿Agua, un refresco, un café?

—Una coca cola, por favor.

Jack pensó que darle ese tiempo hasta que le llevara el refresco le daría tiempo para tranquilizarse, aunque fuera mínimamente, pues era evidente su desasosiego. Aquel chico despertaba en él unos sentimientos que le costaba definir. Era como si hiciera aflorar en él cierta ternura, un instinto de protección que le resultaba inexplicable teniendo en cuenta que era la segunda vez que lo veía. De hecho, el día que habían hablado con él en la cafetería, le había molestado la forma en la que Henry se había dirigido a él y, debido a ello, había sido el propio Jack quien había tomado el control de la

conversación en aquel momento.

—Bueno, Jeffrey, aquí tienes. Cuando estés preparado puedes contarme todo lo que consideres que puede resultarnos útil. Tómate el tiempo que necesites. Quiero que te sientas cómodo, dentro de lo cómodo que entiendo que uno se pueda sentir en una comisaría, ¿de acuerdo?

—Lo intentaré.

Cuando hubo terminado de relatar todo lo acontecido aquel día en la cafetería, el inspector le dio su tarjeta y le pidió que se mantuvieran en contacto. Además, le solicitó información relativa a cómo localizarle en caso de que necesitasen volver a hablar con él durante el transcurso de la investigación.

Se acababa de abrir una nueva línea que debían seguir. Conocía el nombre y la dirección del novio de la chica, aunque evidentemente Jeffrey no le había contado nada acerca de que hubieran irrumpido él y Cindy en su casa sin autorización. De hecho, tampoco le había hablado de Cindy por miedo a la reacción que pudiera tener ella. Peterson acudió a hablar con Henry inmediatamente para informarle de las últimas novedades, aunque le ocultó deliberadamente sus averiguaciones de la última noche. Pensó que no era buena idea por el momento que supiera que había actuado a sus espaldas.

Por su parte, al salir de la comisaría, aunque no le apetecía lo más mínimo, Jeffrey llamó por teléfono a Cindy. Pensaba que debía contarle que había hablado con la policía antes de que pudiera enterarse de otro modo y, sobre todo, que merecía conocer la verdad, aunque fuera una tan dura como aquella. Al fin y al cabo, ella era la mejor amiga de Alice, la persona que más la había conocido y la que había compartido más experiencias con ella.

—Me alegro de que no te hayas muerto y vuelvas a estar en contacto. Pensaba que ya no te importaba un mierda lo que pudiera haberle sucedido a Alice.

—Está muerta —respondió sin pensarlo ni siquiera.

—¿Qué?

—Es la chica que apareció el otro día en el río.

Al otro lado de la línea se hizo el silencio, roto solo por unos inconfundibles sollozos.

—¿Y no se te ha ocurrido una manera mejor de decírmelo? Eres un insensible y un desalmado. Maldito seas, Jeffrey. ¡Maldito seas tú y toda tu familia! —dijo Cindy con frustración y rabia.

—Espera. Hay algo más. He estado hablando con la policía.

—¿Qué? ¿Estás loco o que te pasa?

—No les he contado que estuvimos en el piso de Tom.

—Sólo me faltaba que lo hubieras hecho y encima me metieras ahora en problemas. No quiero líos con la pasma, te enteras. ¡Mierda, mierda y mierda! Ha sido el cerdo ese, estoy segura. Se la ha cargado —dijo desolada—. Pues no se va a ir de rositas. Voy a descubrir lo que ha hecho y le voy a cubrir de mierda hasta el cuello, me cueste lo que me cueste.

—Cuenta conmigo.

—¿Qué?

—Que cuentes conmigo —dijo con un tono de voz firme y decidido—. Conozco a alguien que puede ayudarnos y hackear todos sus dispositivos. Dame un par de horas para hablar con mi amigo y dime a qué hora podemos vernos.

—No te doy un par de horas. Nos vemos ahora mismo. No podemos perder ni un minuto. No voy a asustar a tu colega, tranquilo.

—Está bien. Te mando mi dirección y te espero en mi casa.

Incluso él mismo se sintió sorprendido por lo que acababa de hacer. Había abierto las puertas de su casa a una desconocida, la había invitado a entrar en su refugio infranqueable. Apenas podía reconocerse a sí mismo en

ese hombre con iniciativas y tomando decisiones sin apenas mostrar vacilación.

Se fue lo más rápido que pudo hasta su casa. En cuanto llegó, contactó con Cyborg, el cual le respondió al instante. Le puso al día de todo lo sucedido y le pidió ayuda, el cual no dudó en dársela sin reservas. Una vez más, Jeffrey se sorprendió a sí mismo escribiendo unas palabras que nunca pensó que podrían salir de su teclado.

—Si estuvieras en Londres podríamos quedar y hacer esto juntos.

—Estoy en Londres. Vivo aquí. Puedo estar en tu casa en menos de veinte minutos. Sí, antes de que digas nada, sé dónde vives.

Durante unos segundos, los puntos suspensivos parpadeaban en la pantalla. Jeffrey se había quedado paralizado. ¿Sabía dónde vivía? ¿Había dicho que estaba sólo a unos 20 minutos de distancia y que se presentaría en su casa en un rato? Estaba derribando barreras que nunca imaginó que nadie traspasaría.

—Te espero.

—Me llevó mi ordenador. Hasta ahora.

¿Qué más sabría sobre él? Tal vez todo. Era un hacker, así que no se habría limitado a chatear sin más. Posiblemente se habría asegurado antes de establecer contacto y habría investigado a quien tenía al otro lado de la pantalla. ¡Qué ingenuo había sido! Él no había hecho nada por el estilo. Mientras estaba perdido en estas cavilaciones, sonó el timbre de la puerta. No habían pasado ni cinco minutos. Debía ser Cindy.

—Adelante.

Ella tenía la cara descompuesta de tanto llorar. Se le abrazó y Jeffrey sintió que le faltaba el aire porque literalmente parecía que se lo estaban robando. Aquello estaba totalmente fuera de su zona de confort y de todo ese universo de ficticia seguridad que había creado a su alrededor, el cual se

estaba desvaneciendo a un ritmo vertiginoso debido a las últimas decisiones que había tomado. Y, a pesar de todo, por primera vez en su vida, se abandonó a un abrazo reconfortante. Descubrió que la cercanía de otro ser humano puede ser reparador y no temible, que consuela y alimenta, que un simple abrazo tiene el poder de recomponer un corazón roto y llenarlo de fuerza y energía.

Compartían el mismo dolor, aunque su historia con Alice fuera diametralmente opuesta y tuviera escasos puntos en común, salvo que para ambos había sido una persona que habían sentido que se preocupaba por ellos y hacía todo lo posible por hacer que se sintieran bien. El apremio del momento, no les dio opción de poner en palabras todo aquello que tanto necesitaban decir. Tendrían que postergarlo para un momento posterior.

Una vez más sonó el timbre. Esta vez era el interfono, lo cual le hizo preguntarse cómo había subido Cindy hasta su piso en lugar de llamarle desde el portal. Posiblemente habría coincidido con algún vecino que entraba o salía, aunque le parecía difícil que la hubieran permitido pasar sin más, teniendo en cuenta lo desconfiados que parecían la mayoría de los que vivían en el edificio, aunque puede que eso sólo fueran elucubraciones suyas. Cuando descolgó y preguntó quién era, le dio la impresión que contestaba una voz de mujer.

—Cyborg es un buen colega. No le conozco en persona, pero estoy seguro de que es un tío del que te puedes fiar. Y, por lo que yo sé, no hay dispositivo que se le resista.

—¿Cyborg? ¿Pero qué nombre tan cutre es ese? —preguntó Cindy.

—El mío. Bueno en realidad me llamo Lindsey. Encantada de conoceros.

CAPÍTULO 18: Momento de actuar

Jeffrey no podía creer lo que tenía ante sus ojos. Esa chica era la viva imagen de Alice. Tenían un parecido asombroso. Por unos segundos, pensó que estaba teniendo una alucinación. No obstante, no era eso lo que más le había asombrado, lo que realmente le había dejado en shock había sido descubrir que Cyborg, su supuesto amigo virtual y que él suponía incondicional, era una chica. Había dado por sentado que, cada vez que se sentaba frente al ordenador y entablaba conversación con su compañero de juegos y batallas online, lo hacía con alguien similar a él. Tal vez no era más que la necesidad de encontrar un fiel reflejo de sí mismo en alguien ajeno que le ayudase a sobrellevar su día a día. O, tal vez, simplemente era una proyección de lo que había echado en falta desde la infancia. En cualquier caso, nunca se le había pasado por la cabeza que su amigo fuera en realidad una chica.

Sus esquemas mentales estaban sufriendo un reajuste. Lo supuestamente conocido, ya no lo era. Las reglas y rutinas que había instalado en su vida con ahínco y a las que se aferraba de forma incondicional, habían desaparecido de un plumazo. De pronto, se encontraba en su casa con dos personas a las que realmente no conocía y en las que estaba poniendo su confianza por primera vez en su vida, abriéndoles la puerta de su fortaleza.

—Jeffrey, soy yo. Puedes creerme. Supuse que te sorprenderías, pero nunca pensé que tanto. ¿Sabes? En más de una ocasión estuve tentada de proponerte que nos viéramos, especialmente después de saber que vivíamos tan relativamente cerca, teniendo en cuenta de que podíamos estar cada uno en un extremo del mundo. Sin embargo, al final siempre lo desechara porque me daba miedo que me alejases de tu vida. Y eres un jugador endiabladamente bueno como para dejarte escapar por una tontería —dijo

Lindsay con una dulce sonrisa.

—Si estás esperando que reaccione pronto, más vale que rebajes tus expectativas. A este tío le cuesta un huevo —apuntó Cindy.

—No pasa nada. Puedo darle el tiempo que necesite.

Jeffrey no sabía cómo reaccionar. No encontraba palabras. No se sentía capaz de describir lo que pasaba por su cabeza, pues ni siquiera lo sabía con certeza. Los pensamientos simplemente se arremolinaban en su interior sin forma de dejarlos salir.

—Me parece muy bien, si no fuera porque un cabronazo integral se ha cargado a mi mejor amiga. No sé vosotros, pero a mí me hierve la sangre y si os vais a dedicar a contemplaros el uno al otro, yo mejor me voy e intento hacer algo por mi misma. Sinceramente, no tengo tiempo que perder.

—Tienes razón. Tenemos trabajo que hacer —dijo Lindsay, mirando a Jeffrey e intentando adivinar qué estaría pasando en su mente.

Se sentaron en el salón con varios ordenadores. Dos de los que disponía Jeffrey más el que había traído Lindsay. Cindy podía ayudarles poco en el aspecto técnico, aunque tenía información valiosa, puesto que era la única que conocía de Tom el número de teléfono y su dirección de correo electrónico, además de los datos digitales de Alice que también serían necesarios. De hecho, conocía incluso la mayor parte de sus contraseñas, algo que les dejó estupefactos, puesto que tanto Jeffrey como Linday eran muy celosos y precavidos en todo lo relativo a sus datos personales. Tal vez era defecto profesional.

—No sé por qué os sorprendéis. Éramos como hermanas. Nos hemos pasado gran parte de nuestra jodida vida protegiéndonos la una a la otra. Como comprenderéis, no iba a manganarle dinero de la cuenta ni nada por el estilo.

Se pusieron manos a la obra sin perder un instante. Cindy no paraba de

dar vueltas por el salón mordiéndose las uñas sin parar, mientras veía como Jeffrey y Lindsay se mimetizaban con sus ordenadores y tecleaban a un ritmo infernal. De vez en cuando, parecía quedarse paralizada, con la mente en otra parte. Eran momentos en los que le asaltaban recuerdos de Alice. Ella que pensaba que era incapaz de llorar después de lo que había pasado en su vida y de haberse hecho el firme propósito de no dejarse vencer por nada ni por nadie, asistía indefensa al hecho de que sus lágrimas se escapaban de sus ojos sin la menor capacidad de control por su parte. Estaba desecha, era un juguete roto sin piezas de repuesto.

Desde que la abandonaron siendo una niña, nunca había sentido la pérdida de un ser querido. No era capaz de imaginar lo que podía doler, no podía ni siquiera intuir que es comparable al dolor que produce un cuchillo desgarrando la carne viva. Lo que experimentaba en aquel momento era indescriptible, como si le hubieran abierto el pecho y se lo hubieran vaciado, dejándole un hueco yermo, un páramo interior desolador en el que sólo podría crecer la rabia.

En los últimos años se había construido una coraza y no había establecido vínculos afectivos con nadie, salvo con su amiga recién fallecida, y hacía mucho tiempo ya de aquello. Se había dicho a sí misma que no merecía la pena querer a nadie porque la gente siempre acaba por abandonarte o decepcionarte. Su visión del ser humano era devastadora y no se planteaba la posibilidad de abrirle la puerta de su corazón a nadie más. Tal vez por ello, la forma de tratar a los otros podía parecer tan despectiva en muchas ocasiones. Se había entrenado en el incierto arte de la autodefensa psicológica a través del ataque personal a otros. Probablemente debido a todas esas cicatrices que lucía su alma se comportaba con Jeffrey de aquella manera, atacando a sus puntos débiles de forma directa, a pesar de que algo en su interior le decía que estaba equivocada y que aquel chico no se lo

merecía porque ya cargaba con lo suyo.

La impotencia la gobernaba. Le asaltaban unos pensamientos oscuros y unos deseos de venganza casi irreprimibles. Empezó a pensar que lo menos importante es que Tom fuera culpable o no, pues ya era culpable de haberle amargado la vida y haberla tratado como si fuera una propiedad suya, alguien a quien pisar o, simplemente, una compañera de conveniencia. Eso no podía quedarse como si nada. Necesitaba ser redimido.

CAPÍTULO 19: Prosigue la investigación

Desde que habían descubierto quién era el novio de Alice, la investigación había dado un giro. Era un conocido camello que había estado detenido en diversas ocasiones por distintos delitos, entre otros por violencia doméstica unos años antes cuando estaba con otra pareja. Se había convertido en el principal sospechoso. Localizarle no sería demasiado difícil, pues solía moverse siempre por los mismos tugurios y las mismas zonas de la ciudad.

Mandaron a una patrulla a por él. Mientras tanto, estuvieron realizando averiguaciones respecto a los últimos movimientos del sujeto en los tiempos más recientes, es decir, en lo relativo a sus detenciones e investigaciones abiertas en las que figurase como sospechoso.

Tal y como esperaban, no tardaron demasiado en localizarle. En menos de dos horas estaba sentado en la mesa de la sala de interrogatorios. Antes de hablar con él y debido a que le habían confiscado las cosas que llevaba encima, tuvieron tiempo de revisar su móvil. Por otra parte, había agentes registrando su piso a conciencia por si encontraban algún indicio relacionado con la muerte de la joven.

—Hacía ya tiempo que no te veía por aquí, Tom. Y yo que pensaba que ya no te metías en líos. ¡Qué decepción me he llevado! —dijo Henry con evidente sarcasmo.

—¡Qué te jodan, McCallum!

—Oye, oye. No se habla así a los viejos amigos. ¿Pero qué te hecho yo? Deberían haberte educado mejor, Tom. No creo que a tu madre le gustase oírte hablar así.

—No he hecho nada, así que ya me estáis soltando, maderos de mierda.

—Bueno, siento comunicarte que eso lo decidiremos nosotros. Tú aquí

estás para hacer lo que te digamos y, si no te gusta, habértelo pensado mejor antes de meterte en líos.

Peterson asistía impertérrito al interrogatorio. Habían decidido dejarlo en manos de Henry, puesto que ya conocía al sujeto de la breve etapa en la que estuvo en narcóticos. Le había interrogado en varias ocasiones, así que sabía como sacarle de sus casillas para hacer que cantara hasta la Traviata de Verdi.

—Háblame un poco de esa novia tuya tan guapa.

—¿Qué novia?

—Ya sabes, la camarera rubia.

—No sé de qué me hablas.

—¿Que no sabes de qué te hablo? Está sí que es buena, porque tengo entendido que vivíais juntos desde hace tiempo.

—He dicho que no sé de que me hablas, ¿estás sordo?

—Muy bien. Entonces te enseñaré la foto de la autopsia y las marcas de los moretones que le dejaste la última vez que la pegaste, antes de golpearla en la cabeza al día siguiente y tirarla al río para intentar que se hundiera su cuerpo y nadie lo encontrase.

Tom se levantó como un resorte de la silla, espantado al ver la fotografía de Alice sobre la mesa. Su cara se había transformado y había palidecido varios tonos al verla. La soberbia y el desdén que había mostrado hasta hacía un instante, habían desaparecido de golpe.

—¡Joder! ¡¡Yo no he hecho nada!! ¡Lo juro!

—¿Sabes qué? No te creo. Tenemos un testigo que afirma que entraste en la cafetería donde ella trabajaba y la amenazaste. Además, aquel día la chica lucía un feo moretón alrededor del ojo izquierdo y tú eres diestro, así que me cuadra perfectamente, especialmente teniendo en cuenta tu historia de violencia en tus relaciones de pareja. Tom, seamos honestos, la violencia

hacia las mujeres no es nada nuevo para ti.

—¡¡No intentes cargarme esto!! Yo no la maté, que quede claro. Tuvimos una pelea, eso es verdad, pero la muy zorra se marchó aquella noche. Luego volvió a por sus cosas cuando yo no estaba en casa y no he vuelto a saber de ella. La llamé un par de veces y no contestó.

—Doce veces. La llamaste doce veces, eso no es un par. Y es verdad que no contestó. Pero has omitido otro pequeño detalle sin importancia y son los mensajes amenazadores que le dejaste.

—No iba en serio.

—“¿Ahora no coges el teléfono, Alice? Sé lo que has oído cuando has ido a por tus cosas. Te he visto salir del piso. ¿Te crees que no sé dónde estás? Pues lo sé, has ido a esconderte donde vas siempre, a casa de esa amiga tuya. Más vale que no te vayas de la lengua o te cierro tu linda boquita para siempre”. ¿Quieres que continúe con los demás?

—¡¡Te digo que yo no la he matado!!

—Permítenos que mi compañero y yo tengamos dudas, unas dudas más que razonable. No nos engañemos, Tom, eres un tío violento e irascible. Sea lo que sea lo que oyó la chica, te sacó de tus casillas que lo hiciera y que, además, te abandonara, dos motivos más que suficientes para que te cabrearas.

—Sí, claro que me cabreó. Es una perra, ¿vale? Pero no la he visto desde ese día, lo juro. Tienes que creerme —dijo con cierta desesperación.

—¿Y a su amiga tampoco le has hecho nada? Porque se ve que le tienes ganas. ¿Cómo se llama?

—No sé, tiene un nombre tan cursi que me dan ganas de vomitar cada vez que lo oigo. Lucie o Cindy, algo parecido. Sí, eso, Cindy. Esa bollera no es trigo limpio. A o lo mejor deberías investigarla a ella.

—Muy bien. Escríbenos su dirección en este papel y nos pasaremos a

verla.

Tom escribió con letra temblorosa. Seguía alterado. Le costaba fijar la mirada y le daban pequeños espasmos que agitaban levemente su cuerpo, como quien tiene escalofríos. Tenía la frente perlada de sudor y parecía no haber dormido demasiado en los últimos días. En líneas generales, podía decirse que estaba en un estado deplorable.

—Muy bien. Buen chico. Aún así, aunque agradecemos tu colaboración, debes saber que eres nuestro principal sospechoso, no te voy a mentir. Y ahora mismo, como ya supondrás, están registrando tu piso. Seguro que algo encontramos, relacionado con la chica o con otra cosa, no tengo la menor duda. ¿Te apetece añadir algo que pueda rebajar tu condena por mostrarte colaborador?

—¡Que te jodan, McCallum! Quiero un abogado.

—Te va a hacer falta, desde luego.

Lo dejaron solo en la sala de interrogatorios. Por el cristal unidireccional observaban su conducta errática, inestable, nerviosa. Estaba visiblemente inquieto y había empezado a sudar copiosamente, bien podía ser por el miedo, por la culpa o simplemente porque estuviera con el mono.

—¿Qué opinas? —le preguntó McCallum a Peterson.

—Que puede ser perfectamente el que haya asesinado a la chica. Encaja perfectamente, no lo voy a negar. Es violento, inestable y los delitos forman parte de su día a día. Aún así, parece que se ha sobresaltado demasiado cuando ha visto la foto de la autopsia.

—Sí, pero tú mismo lo has dicho. Es inestable. Sus reacciones pueden estar motivadas por mil razones: porque no lo ha hecho, porque no esperaba que nos hubiéramos enterado tan pronto, porque la foto ha herido su sensibilidad... —dijo Henry con sorna.

—Esa sí es buena. Este desgraciado no conoce lo que es la sensibilidad.

—Eso creo yo. Y por eso pienso que es un candidato perfecto a cometer el asesinato. Además, la chica debió descubrir algo que no debía y la amenazó. Tenemos que investigar qué es lo que averiguó. No creo que se conformara con que se hubiera largado del piso y ya está. Si sabía algo que no debía, seguro que fue a buscarla para asegurarse que no se fuera de la lengua.

—No lo sé. Es posible. Tenemos que localizar a la tal Cindy y hablar con ella. Tal vez sepa algo que pueda ser de utilidad.

—Bueno, al menos tenemos su dirección, si es que nos la ha dado correctamente, porque en el estado en el que se encuentra no sé si son muy fiables los datos que nos ha dado. Si la dirección es correcta, no será muy difícil localizarla porque seguro que en algún momento tendrá que pasar por su casa.

De pronto, alguien llamó a la puerta.

—Menos mal que os encuentro. Chicos, tengo algo para vosotros —dijo el recepcionista de la comisaría al asomarse a la sala contigua a la de interrogatorios—. Será mejor que vengáis un momento. Hay alguien que quiere hablar con vosotros.

CAPÍTULO 20: Noche de chivatazos

La jornada fue de lo más extraña. Se sucedieron una serie de acontecimientos que, aunque todos ellos guardaban cierta relación, podían simplemente no haberse producido y alargar la investigación aún por unos días o, a saber, por cuánto tiempo más. A veces las cosas son así, simplemente se desencadenan sin esperarlo.

El primero de ellos estaba ya aguardándoles. La madre de Alice esperaba sentada en una butaca en una sala próxima a la entrada de la comisaría. El parecido con la joven fallecida era indiscutible. Peterson siempre pensaba que la peor parte de su trabajo era la comunicación con las familias. Nunca era capaz de encontrar las palabras que hicieran más suave lo que tenía que decir, tal vez porque esas palabras simplemente no existían.

—Señora Evans, buenos días somos los inspectores Peterson y McCallum.

—No me llame señora Evans. Hace mucho que no utilizo ese apellido. Pueden llamarme Mary —contestó en un tono gris, como apagado. Era una mujer que sin duda debió haber sido guapa cuando era más joven y a la que la vida, tal vez, no la había tratado como ella esperaba cuando aún era una chica soñadora

—Como usted quiera, Mary. Cuéntenos en qué podemos ayudarla.

—He venido para ver a mi hija. He visto en la televisión que había aparecido muerta en el Támesis.

—En realidad, no se ha difundido aún la identidad de la joven hallada a los medios puesto que...

—Llega usted tarde, inspector —le cortó en mitad de la frase —, lo han dicho hace un rato en la televisión. He visto la foto de mi hija en la prensa y

que su novio podía estar implicado. Así que le ruego que no haga que las cosas sean más difíciles de lo que ya son.

Ambos estaban estupefactos. No entendían cómo podía haber llegado esa información a los medios, cuando sólo la conocían ellos. Tal vez podría haberse filtrado la identidad de la chica, pero lo del novio era inconcebible.

—Le ruego que nos disculpe, pues no entendemos de dónde puede proceder la filtración.

—Quiero ver a mi hija.

—Escuche, Mary. No se lo recomiendo. Es mejor que recuerde a su hija tal y como era, no en las condiciones en las que está ahora.

—Señor Peterson, abandoné a mis hijos cuando eran unos niños. Me fui sin mirar atrás y les dejé con un malnacido. Éste es mi castigo por haber sido una mala madre. Nunca he tenido el valor de volver a hablar con mi hija y ahora es demasiado tarde. Alice era una chica fuerte, de eso estoy segura, así que si cabe la sospecha de que se pueda haber suicidado, ya pueden olvidarlo. Y si necesitan un sospechoso, no descarten a su padre. He ido a verle antes de venir aquí y, aunque niega haberla visto en años, estaba nervioso y se ha puesto furioso en cuanto le he sacado el tema. Al fin y al cabo, ya mató a nuestro hijo, a pesar de que obviamente yo soy tan culpable como él por haberles abandonado.

—De acuerdo, no se preocupe. Lo investigaremos.

—Gracias. Si no les importa, me gustaría estar al tanto de los avances que surjan en la investigación.

—Le informaremos a su debido tiempo de lo que vayamos averiguando dentro de lo que esté en nuestras manos. Comprenderá que puede que haya cosas que no podamos compartir hasta que se cierre el caso.

Sin tiempo apenas de despedirse de la madre de Alice, a los inspectores le llegó un nuevo aviso por parte del policía que hacía las funciones de

repcionista de la comisaría. Al parecer, había llamado una mujer diciendo que había visto a la chica de las noticias por su barrio la noche antes de la mañana en la que apareció muerta en el río. Había dejado su dirección y un número de teléfono para que los inspectores encargados del caso contactaran con ella lo antes posible y así poderles informar de lo que había visto. Al parecer, había transmitido cierta urgencia, instando repetidamente a quien le había respondido al teléfono a que contactaran con ella lo antes posible. No había querido decir nada más hasta que hablase con los inspectores que llevaban el caso porque temía que desecharan la información de la que disponía sin más antes de hacérselo llegar a ellos. En cuanto Peterson vio las señas que había facilitado la mujer, se dio cuenta de que era una de las vecinas del señor Evans con los que había intentado sin éxito hablar.

—Henry, creo que antes de que llamemos por teléfono o vayamos a visitarla, debo decirte algo. Después de que fuéramos a la casa del padre de la chica el otro día, volví otra vez unas horas más tarde para interrogar a los vecinos de su calle. Solo conseguí que un par de ellos colaborasen con cierto interés. Los demás con los que conseguir hablar se mostraron reacios y el resto ni siquiera abrieron la puerta, quizás porque no estaban en casa. He reconocido la dirección que ha dejado la persona que ha llamado y es una de las viviendas vecinas a las del padre de la chica. No te lo había dicho por cómo reaccionaste el otro día. Tenía una corazonada y debía seguirla. Entiendo que no hice bien y posiblemente sea Tom el culpable, pero no debemos descartar esta línea de investigación todavía.

—Ya me imaginaba que no te habrías conformado sin más. Jack, a veces eres como un perro con un hueso. Cuando se te mete algo en la cabeza no paras hasta llegar al fondo.

—Bueno, en este caso, aún no había ido a más, aunque debo decirte que otra de las vecinas con las que hablé dijo haber visto a una chica parecida a la

víctima. Intenté no darle demasiada credibilidad porque era evidente que sentía hostilidad hacia el padre de la chica y podía estar aprovechando la ocasión para meterle en problemas con la poli.

—Bien, pues tendremos que averiguar qué tiene que contarnos la persona que ha llamado.

—Disculpen otra vez, inspectores —volvió a interrumpirles el recepcionista —, pero es que ha llegado algo a través del correo interno que tal vez les interese echarle un vistazo. Es en relación al joven que tienen en la sala de interrogatorios. ¿Quieren que se lo pase ya o es mal momento?

—No, está bien. Cuanto antes mejor —dijo Peterson.

—¿Pero qué está pasando hoy? De repente todo el mundo tiene algo que contarnos —se sorprendió el inspector McCallum.

—Sí, desde luego es de lo más extraño.

—Habrá que analizar todo con cuidado. Hay gente que está tan aburrida que se entretiene interfiriendo en nuestro trabajo y luego se sienten como auténticos héroes. A veces, el exceso de información es peor que la falta de ella.

—Y otras veces, nos dan informaciones tan valiosas que nos ayudan a cerrar un caso.

—Confío en que todo esto vaya en esa segunda línea. Si no es así, vamos a perder un tiempo muy valioso.

CAPÍTULO 21: No me preguntes por qué

Las cosas, a veces, simplemente son como son. El ser humano intenta buscar explicaciones a todo; razones, motivos, justificaciones que nos ayuden a entenderlo todo. Sin embargo no siempre es fácil encontrar dicha explicación. A veces es esquivada, a veces es difícil de entender y, otras veces, simplemente no existe. Y esto último suele ser lo más difícil de comprender.

Jeffrey había sido un chico en cierta medida complicado toda su vida, en cuanto que era alguien poco convencional, ajeno a los estándares sociales. Había estado condenado a una vida de soledad, sin amigos, sin gente que pudiera comprenderle. Había llegado a adaptarse a esa situación, incluso a acomodarse a ella. De pronto, un terrible suceso había hecho que aparecieran en su vida dos personas de carne y hueso con las que podría contar cuando las necesitara. Almas perdidas como él aunque de manera diferente, almas gemelas en ciertos sentidos. Almas entretejidas por un destino caprichoso. Ellos aún no lo sabían. Él aún no podía ni sospecharlo. Sin embargo, Lindsay y Cindy se convertirían en sus amigas para siempre. Es el filo hilo del destino que, en ocasiones, une vidas que viajaban en líneas paralelas y parecían condenadas a no encontrarse jamás. Un hombro en el que llorar, un refugio al que acudir en la tempestad. Una compañía grata, agradable y comprensiva. Extrañas relaciones nacidas en extrañas circunstancias.

La investigación avanzó rápido desde aquel momento en el cual tantas noticias aparecieron casi al unísono en la comisaría, agolpándose hasta casi bloquear los sentidos. Es lo que tiene la sobreinformación, que satura. Los inspectores llamaron a la vecina que había contactado con la comisaría con cierta información relativa a que había visto a la chica en su vecindario el día antes de su muerte. La intención inicial era concertar por teléfono una cita

con ella y acudir a entrevistarla en su casa para contrastar los datos que proporcionara y ver qué había de verdad en todo ello. Sin embargo, no hubo tiempo. Al parecer, el hijo de la dueña de la casa había sido quien había visto a la joven aparecer por la calle. Esto había hecho que se entretuviese más para entrar en casa, lo que hizo que la madre saliera a buscarle para que entrase. Posiblemente nunca se habrían fijado en ella, pero aquel día los dos prestaron mucha atención, cada uno por motivos diferentes y se fijaron hacia dónde se dirigía aquella chica. En el barrio se conocían todos. Aquella joven rubia de mirada clara y andar indeciso era una desconocida. El señor Evans no tenía buena fama entre los vecinos. Tenía carácter agrio, solía beber, y se mostraba agresivo con bastante facilidad. Le sorprendió que aquella muchacha visitara la casa. Él no solía recibir ninguna visita. Recordaban haberla visto entrar en la casa pero no la vieron salir. En cualquier caso, reconocieron que no había prestado mayor atención a aquella circunstancia el resto del día, con lo cual no podían asegurar si la chica había llegado a irse o no. La alarma saltó cuando vieron su foto en las noticias. Madre e hijo estaban conmocionados por ello.

Los inspectores sin duda volvían a tener aquella línea de investigación abierta, pues dos testigos presenciales situaban ahora a la víctima en la casa de su padre pocas horas antes de su fallecimiento.

—Deben darse prisa —dijo la mujer—. Le he visto cargar cosas en su furgoneta. Tal vez se esté preparando para irse del barrio. Puedo entretenerle si quieren, aunque ese hombre me da un poco de miedo, no lo voy a negar.

—No se preocupe. Nosotros nos encargamos.

Jack Peterson y Henry McCallum se dirigieron junto con dos patrullas a la casa con una orden de registro para investigar si había rastros de la presencia de la chica dentro de la vivienda. Tal y como había dicho la mujer, no les sorprendió ver que el señor Evans se preparaba para abandonar la casa

con cierta urgencia.

—Buenos días, señor. ¿Nos recuerda? Seguro que sí porque no hace mucho que nos hemos visto. ¿Tiene unos minutos? Venimos a hablar con usted otra vez. Supongo que no le pillamos en mal momento.

—Déjenme en paz. Ya les dije todo lo que sabía el otro día.

—No, en realidad no nos dijo usted nada. Más bien al contrario, se mostró muy poco comunicativo —apostilló el inspector Peterson.

—Traemos una orden de registro —dijo Henry.

—Les he dicho que me dejen tranquilo.

—Eso no va a ser posible.

—Muy bien. Hagan lo que les plazca. Da igual lo que yo diga. Ustedes siempre hacen lo que quieren. A mí me da igual. Yo tengo cosas que hacer.

—Sí, en eso estoy de acuerdo, tiene cosas que hacer porque ahora mismo se viene con nosotros a comisaría. Puede venir por las buenas o por las malas, usted elige.

En aquel momento, al sentirse acorralado, intentó torpemente huir. Salió corriendo hacia la furgoneta procurando esquivar sin éxito a los agentes, los cuales le cortaban el paso. La situación en otro contexto podría haber resultado hasta cómica, puesto que su estado de embriaguez le hizo trastabillar hasta caer literalmente en los brazos de los policías, logrando justo el objetivo contrario al que perseguía.

Lo metieron en el coche patrulla esposado. Mientras los agentes realizaban el registro de la casa dirigidos por el inspector McCallum. Peterson se acercó a hablar con él. Trató de templar sus nervios haciendo algunas respiraciones hondas. No podía perder el control, “no ante esa escoria”, pensaba para sus adentros. No tenían nada aún. Tal vez no encontrasen nada. Por muy desorganizado que fuera, había tenido tiempo de sobra para eliminar pruebas. Debía ser profesional y no dejar que sus

sentimientos le nublasen el juicio.

—Tal vez éste sea un buen momento para que hables, Jonah.

—No me tuteé. No creo haberle dicho que puede hacerlo.

—No creo que eso sea importante ahora, así que no intentes ganar tiempo con distracciones estúpidas. Sabes que vamos a encontrar algo que te inculpará porque no eres tan listo como para haber eliminado todas las pruebas y nosotros somos muy buenos en nuestro trabajo. Tal vez si confieras ahora pueda haber algún atenuante que rebaje tu condena.

Jack esperó unos instantes para ver si respondía. Notaba como otra vez el pulso se le volvía a acelerar. Pensaba en su hija, en lo difícil que era verla crecer sabiendo que no podía protegerla de todo lo que había ahí fuera. Pensaba también en su propio hijo, tan vulnerable. No alcanzaba a entender cómo podía ser aquel hombre tan frío e insensible.

—Te estoy dando una salida o, al menos, una oportunidad. Y te aseguro que no me caes nada bien. Pero creo que tu hija se merece al menos esto por tu parte, que reconozcas lo que has hecho y que te arrepientas de ello. A los hijos hay que cuidarlos y tú nunca lo hiciste. Al menos, haz algo bien por una vez en tu vida.

Nada. Más silencio. La mirada perdida, como si la conversación no fuera con él. Decidió probar otra baza.

—Tu ex mujer ha venido a vernos. Ella está convencida de que has sido tú.

Por fin, un destello, un impulso. Los dientes que se aprietan, el ceño que se frunce. La rabia dibujándose en su rostro.

—Dice que la has matado igual que mataste a vuestro hijo.

Y de pronto, el estallido. El alcohol no ayuda a inhibirse, más bien hace lo contrario. El autocontrol y el estado de embriaguez no se llevan bien porque son enemigos irreconciliables. El alcoholismo de años y años enturbia

los sentidos, disfraza las emociones, anestesia los sentimientos y, en ocasiones, suelta la lengua.

—¡Maldita perra! Ella se fue y me dejó solo con esos críos y un montón de problemas. Cuando las cosas nos iban bien y mi empresa ganaba pasta, ella tan contenta, encantada de la vida. Pero llegó la crisis y todo se fue al garete. ¿Qué hizo ella? Se piró. ¿Y yo soy el mal padre? Yo nunca quise tener hijos, lo estropean todo. Pero ahí me los dejó. Se los podía haber llevado. Pero no, desapareció, como si se la hubiera tragado la tierra. ¡A ella es a la que tenía que haber matado!

—Jefe, hemos encontrado algo —dijo uno de los policías blandiendo algo dentro de una bolsa de pruebas. Jack se fijó en lo que había dentro y comprendió que ya no hacía falta mucho más para encerrarle de por vida.

—Te pillé —dijo.

Y cerró de un portazo la puerta del coche patrulla.

CAPÍTULO 22: Cerrando círculos

La casa era un hervidero de pruebas: huellas de la joven, señales de forcejeo, salpicaduras de sangre y objetos personales de los que no se había molestado en deshacerse. Incomprensible. Era como si en el fondo quisiera que lo atrapasen para terminar con su infierno particular.

Había sido el padre, sin lugar a dudas. Alice había acudido a pedirle ayuda porque tenía miedo de su novio y quería huir. Sólo necesitaba unos pavos para salir del paso, después se buscaría la vida. No sabía a quién pedirle ayuda y, a pesar de los años separados, pensó que su padre le tendería su mano. Él se negó, dijo que no era asunto suyo. Empezó la discusión y la cosa acabó mal. La golpeó en la cabeza en el lóbulo temporal con un sujetador de libros de acero, la prueba que blandía en la mano el policía dentro de la bolsa de pruebas. Al caer al suelo después de recibir aquel primer impacto, Alice se golpeó en el lóbulo occipital y ahí se acabó todo. Hemorragia cerebral masiva. Esperó a que cayera la noche y trasladó el cuerpo en la furgoneta, en la que también hallaron restos de sangre. La había lanzado al río en el área más próxima a su casa y la corriente la había arrastrado. Era evidente que no había pensado demasiado en las consecuencias y no se había tomado demasiadas molestias a la hora de deshacerse del cuerpo.

Jonah Evans era un hombre roto desde hacía tiempo, solo, amargado, enfadado con el mundo. Cuando empezaron sus problemas económicos, la relación de pareja se deterioró a una velocidad infernal y las discusiones y las agresiones verbales se volvieron algo habitual, hasta que su mujer les abandonó. Nunca había superado aquello. Era conservador a su manera y pensaba que un matrimonio debería estar siempre junto. No concebía el divorcio como una opción, por muy mal que fueran las cosas. No había sido jamás capaz de reconocer que sus conatos de violencia la empujaron en cierto

modo a irse de casa.

En medio de aquella terrible situación, había dos niños indefensos en los que dos adultos egoístas no habían pensado. Se habían convertido en una carga para el padre, por lo que nunca se había ocupado de ellos debidamente. Que le retirasen su custodia casi había sido un alivio, si no fuera porque había conllevado la sensación de haber fracasado en una faceta más de su vida. El hecho de que su hija volviera tantos años después a buscar su ayuda, sencillamente le había sacado de sus casillas.

—Era una egoísta, siempre supo dónde vivía y jamás vino a verme. ¿Y ahora quería que la ayudase? Quería pasta. Eso es lo único que le interesa a los hijos. Son buitres que sólo buscan su propio interés. No era mi problema que tuviera líos con su novio y que éste la pegara. Debía haberla matado hace tiempo y ahora no estaría en esta situación.

Peterson no pudo continuar en la sala de interrogatorios. En su fuero interno sabía que, antes o después, iba a perder el control, por lo que decidió que, en ese caso, una retirada a tiempo era una victoria. Al fin y al cabo, ya tenían al asesino y las pruebas no dejaban abierto ni un resquicio de duda.

Decidió llamar al joven con el que habló en la cafetería y que le facilitó la información relativa al novio de la chica. En realidad, no tenía motivos para hacerlo, no había justificación alguna, salvo una razón puramente humanitaria. Ese chico había sufrido la pérdida de Alice, alguien que para él era una persona importante a su manera, tan importante como para perder el conocimiento en el momento de enterarse de que había fallecido.

—Señor Williams, soy Jack Peterson. Hablamos hace unos días en la cafetería y ayer mismo en comisaría, supongo que me recuerda. Me gustaría que nos viéramos. Tengo información que sé que va a interesarle. ¿Podría pasarse por comisaría en algún momento y así le pongo al día de todo con detalle?

—Sí. Puedo estar ahí en menos de una hora.

—Perfecto. Pregunté por mí en la entrada. Dejaré aviso de que le estoy esperando. Ya sabe donde está mi despacho.

Nada más colgar el teléfono, Jeffrey habló con Lindsay y con Cindy. Su relación se estaba estrechando, haciéndose cada vez más intensa y cercana, pese al poco tiempo que había transcurrido. Tal vez las circunstancias lo habían querido así. En cualquier otra situación, posiblemente no habrían llegado a cruzar sus caminos. Les contó la conversación que acababa de tener con el inspector encargado del caso y les dijo con determinación que pensaba ir a hablar con él, les gustara la idea o no. Jeffrey estaba afianzando su personalidad a un ritmo fulgurante. Con ellas se sentía capaz de hablar sin vacilaciones.

—Ha dicho que tiene información que sabe que va a interesarme. Voy a ir, así que no tratéis de disuadirme.

—No sé si es buena idea, a lo mejor ha averiguado que hemos tenido algo que ver en el chivatazo de Tom y nos busca problemas —dijo Cindy—. Yo ya he tenido algún problemilla con la pasma en el pasado y, sinceramente, prefiero estar lejos de ellos.

—La verdad es que me da igual si es buena idea o no. Puedes mantenerte al margen, por mi no hay problema. Quiero terminar con todo esto cuanto antes y seguir con mi vida, en la medida que eso pueda ser posible.

—Yo te acompaño —señaló Lindsay.

—Muy bien. Tú, Cindy, puedes esperarnos en mi piso hasta que volvamos. O, si lo prefieres, te llamo por teléfono.

—¡Joder! ¡Vaaaaaale! Yo también voy, pero me quedo en la calle esperando. Me dan alergia las comisarías.

—Como tú quieras.

Se encaminaron hacia la central de policía. Los tres formaban un grupo un tanto peculiar. Incluso a simple vista era fácil imaginar que aquellos tres personajes tenían poco que ver los unos con los otros. Y, aún así, había surgido un vínculo entre ellos más fuerte de lo que hubieran podido imaginar.

Cuando llegaron, Jeffrey entró sólo en la comisaría. No sentía miedo, no había ansiedad. Percibía cierta calma en su interior, al menos, una calma relativa considerando la tormenta emocional que había vivido en los últimos días. No obstante, sentía más seguridad en sí mismo de la que había sentido nunca. Se acercó al mostrador y, mirando a los ojos directamente al recepcionista, preguntó por el inspector Peterson.

—¡Ah, sí! Me ha dicho que esperaba a un joven. Williams, ¿verdad?

—Sí, soy Jeffrey Williams —dijo mostrándole el DNI—. No necesito que me indique, sé donde está su despacho. Gracias.

Cuando llegó a la altura del despacho de Jack Peterson, llamó a la puerta. Una voz desde el interior le dijo que pasara. El inspector miraba por la ventana. Su chaqueta colgaba del respaldo de su silla. En cuanto Jeffrey entró, se giró para recibirle con una expresión afable.

—¿Qué tal chico? ¿Cómo te van las cosas? —Preguntó en tono cordial.

—No demasiado bien, teniendo en cuenta los sucesos de los últimos días.

—Lo imagino. ¿Tú y la chica, quiero decir, Alice, tenéis una relación muy estrecha?

—En realidad, no demasiado. Aún así, para mí era alguien importante.

—Claro. Bueno, por si no te lo he dicho ya, siento mucho tu pérdida.

—Gracias, inspector.

—Jack, ¿recuerdas? Habíamos quedado en tutearnos.

—Vale. ¿Para qué me has llamado, Jack?

—Verás, las cosas se han resuelto con cierta celeridad y ya tenemos

bajo custodia al asesino. El caso está cerrado. No sé si has visto algo en las noticias o en internet o donde sea que tú consultes la información.

—No. No he visto nada.

—Fue su padre quien la asesinó. La joven tenía miedo de su novio y, según parece, estaba pensando en huir. Acudió a su padre buscando ayuda, aunque llevaba años sin saber de él. Sin embargo, lejos de ayudarla, parece que se pelearon y la golpeó en la cabeza. Cuando cayó al suelo, se volvió a golpear y el forense ha dictaminado que la causa de la muerte había sido una hemorragia cerebral masiva. El resto, ya te lo imaginarás. Para deshacerse del cadáver, el padre la tiró al río y a la mañana siguiente apareció a la altura del puente de Londres.

Jeffrey estaba absolutamente consternado. No tenía palabras. Su corazón asolado por el dolor no entendía como un padre podía hacer algo similar. Pensaba en el suyo, siempre tan preocupado por él, siempre pendiente desde que era muy pequeño de que no le faltase de nada.

—Siento darte estas malas noticias, pero quería que te enterases por mí. Ya sé que no nos conocemos demasiado, pero nos ayudaste con la investigación y quería agradecértelo.

—No creo que les haya ayudado en realidad. Lo que yo les dije no tenía nada que ver con lo que le sucedió.

—En realidad, sí. De hecho, su novio fue el desencadenante para que ella quisiera irse. Y, por cierto, quiero que sepas que va a pasar una larga temporada a la sombra, tanta que no sé si verá algún día la luz del sol. Nos llegó un soplo relativo a un tío que había muerto por una sobredosis de cristal en mal estado. Quienes le habían pasado la droga era Tom y otro amigo suyo, los cuales enterraron el cadáver de forma chapucera en un descampado. Así que él tampoco se va de rositas, espero que te sirva de consuelo.

—Gracias, inspector.

—¿Sabes una cosa? Quién nos mandó el chivatazo lo hizo colándose en el sistema interno de la policía, así que supongo que debe ser muy bueno con los ordenadores. Nos mandó pruebas bastante fidedignas. ¿Sabes tú algo de esto?

—Lo siento, inspector, creo que en eso no puedo ayudarle.

—Ya, claro. Me lo imaginaba. En cualquier caso, gracias —dijo remarcando la última palabra—. Puedes marcharte cuando quieras. He visto que hay dos chicas esperándote ahí abajo.

Jeffrey se preparaba ya para irse, cuando de pronto una nueva pregunta cruzó por su cabeza.

—Jack, ¿por qué me has contado todo esto?

—Supongo que porque me caes bien y porque no me gusta dejar cosas abiertas. Es bueno cerrar los círculos, ¿no crees?

—Sí, lo creo. Pero hay algo más, aunque no me lo quieras decir.

—No le des más vueltas, ¿vale? Trata de ser feliz, Jeffrey. A veces, la vida puede ser difícil, pero también es tremendamente bonita. Créeme, chico. No la desaproveches por tus miedos o por tus inseguridades. Hay muchas cosas que merecen la pena, sólo hay que levantar la cabeza y mirar en derredor. Nada más. No te retengo por más tiempo. Si necesitas alguna vez algo, no dudes en contactar conmigo. Y, si no te importa, me gustaría llamarte de vez en cuando para ver cómo te van las cosas. Incluso, podemos tomarnos un café y charlar un rato, si te apetece. Aquí encontrarás un amigo para lo que necesites, que no te quepa la menor duda.

—Gracias, Jack.

Jeffrey salió del despacho un tanto confundido. Se giró una última vez antes de cerrar la puerta y ahí estaba el inspector Peterson mirándole con una expresión paternal y una sonrisa amable.

Casi parecía una contradicción que el que posiblemente fuera uno de los

sucesos más traumáticos de su vida estuviera dejándole un reguero de amistades por el camino, algo totalmente nuevo para él.

CAPÍTULO 22: La vida empieza aquí y ahora

Todo cambió para Jeffrey, Cindy y Lindsay. Su amistad germinó con fuertes raíces que crearon vínculos que parecían indestructibles. Quizás es que las relaciones nacidas del dolor tienen ese pegamento especial, ¿quién sabe? Desde luego ellos tres eran una muestra de ello.

Los tres se veían muy a menudo. Compartían diversiones y buenos ratos, pero también preocupaciones y desvelos. Cindy y Jeffrey hablaban en alguna ocasión de su dolor por la pérdida de Alice, especialmente en el caso de Cindy, pues ella había compartido parte de su infancia con Alice y había sido como una hermana para ella. Al fin y al cabo, era incuestionable que ella era la que más había perdido en esa desoladora circunstancia.

Poco a poco, sin apenas darse cuenta, la relación entre Lindsay y Jeffrey avanzó en nuevas direcciones. Cindy temió que la abandonarían, que sería un estorbo para ellos, y esa posibilidad la aterrorizaba, ya que los dos eran lo más parecido que tenía a una familia. Por primera vez, había bajado la guardia, ya que se sentía segura y protegida. No tenía que hacerse la fuerte, no lo necesitaba. Siempre podía contar con ellos para que la escucharan y, si necesitaba ayuda, no dudaba en llamarles. Les costó convencerla de que seguirían ahí para siempre. Es lo que tienen los fantasmas del pasado, que a veces acuden a aterrorizarnos.

Un día como otro cualquiera mucho tiempo después de que se hubiera cerrado la investigación, quedaron para comer los tres juntos en una cafetería del centro. Los derroteros de la conversación les acabaron arrastrando, una vez más, hacia aquellos fatídicos días.

—¿Sigues quedando con el madero?

—Sí, nos mantenemos en contacto. Alguna vez ha venido a verme a la oficina, nos llamamos por teléfono y tomamos café de vez en cuando. La novedad es que me ha invitado a cenar a su casa el próximo fin de semana,

algo que se me había olvidado contaros, por cierto. Es un hombre muy agradable, aunque ya sé que para ti, Cindy, el simple hecho de que sea poli hace que no le des la más mínima posibilidad.

—Supongo. Aunque debe ser un tío muy majo si ha conseguido que un tío tan raro como tú se abra y quede con él.

—Sí que lo es, sí —contestó Jeffrey sonriendo.

—Se portó guay durante la investigación.

—Sí. Es un gran profesional, además de una excelente persona.

—No termino de entender por qué razón Alice no vino a pedirme ayuda. Sabía que podía contar conmigo sin reservas —comentó una Cindy taciturna.

—Tal vez no quería causarte problemas.

—Ella sabía que no me asustaban los problemas.

—Es posible, pero también has dicho siempre que la una a la otra solíais protegeros. Tal vez pensó que en aquella situación podría ponerte en peligro —señaló Lindsay.

—Es posible, tiene sentido.

Cindy se quedó pensativa durante unos segundos, con las manos debajo de sus muslos, balanceándose ligeramente sobre la silla, como si hubiera viajado a un lugar muy lejano dentro de sí. Su semblante se había entristecido.

—¿No os parece que es una ironía que haya muerto igual que su hermano? —preguntó con la mirada un tanto perdida—. Bueno, en realidad no ha muerto igual, pero ha terminado en el agua como él y por culpa de su padre.

—Ya, no tiene ningún sentido. Qué historia tan triste —dijo Lindsay.

—Sí que lo es —asintió Cindy—. La vida es como una perra rabiosa y demente que nos arrastra a propósito por un camino de espinas que nos llena

de cicatrices. Menuda mierda es todo.

—Sí, la vida puede ser una mierda. Pero como me dijo Jack Peterson en una ocasión, también puede ser maravillosa. Yo pensaba que me pasaría toda mi vida solo, sin nadie, salvo mis padres, a quien le importase si estoy vivo o muerto. Creía que no merecía la pena tener amigos porque la gente siempre acaba tratándote mal. Y, sin embargo, aquí me tienes. Creo que nunca había sido tan feliz. Para ser totalmente sincero, creo que ni siquiera sabía qué significaba ser feliz. Y tú, Cindy, sabes que estamos y estaremos a tu lado siempre que nos necesites. Y no me puedes negar que las cosas te van bien ahora. Hasta tienes un buen trabajo.

—Sí, gracias a la mano mágica de Lindsay con los ordenadores. No sé si alguna vez descubrirán que nunca hice esa entrevista con recursos humanos.

—Si lo descubren, no tienes nada más que decírmelo y ya se me ocurrirá algo —respondió la joven guiñándole un ojo.

—Sinceramente —añadió Jeffrey—, yo ya he empezado a creer lo que me dijo Jack porque tiene razón, aunque haya momentos muy amargos y duros, si te enfrentas a tus miedos, al final descubres que la vida puede ser realmente maravillosa.